

LOS TARASCOS.

NOTAS HISTÓRICAS, ÉTNICAS Y ANTROPOLÓGICAS

POR EL DR. NICOLÁS LEÓN.

SEGUNDA PARTE.

Etnografía precolombina.

Al Lector:

La 1.^a parte de este estudio etno-antropológico (*Historia primitiva, descubrimiento y conquista*) se publicó en el Vol. I, 2.^a Época, del «Boletín» de este Museo.

Extinguida actualmente esa publicación, las 2.^a, 3.^a y 4.^a partes se darán á luz en estos «Anales;» comprenderán ellas: 2.^a la *Etnografía precolombina*; 3.^a *Etnografía de los tarascos post-cortesianos y actuales*, y 4.^a *Antropología prehispánica y actual*.

Si las circunstancias se mostraren propicias se dará como complemento de todo este estudio un «*Aparato bibliográfico para la historia general de Michoacán,*» y por vez primera se pondrán en manos de la generalidad algunos documentos inéditos de gran importancia para la historia de esa tan poco conocida región de nuestro territorio nacional.

*
*
*

La etnografía precolombina de los michoacanos ó tarascos presenta las mismas dificultades en su estudio que la historia primitiva de ellos: falta de documentos, confusiones y contradicciones.

Necesario es distinguir, en este punto, á los *primitivos pobladores* del lago de Pátzcuaro y sus pueblos adyacentes, de los *chichimecas tarascos*.

Á estos mismos hay que irlos siguiendo en las transformaciones que en sus costumbres experimentaron á proporción que se mezclaron con los isleños, fueron ensanchando su poderío y asimilándose la civilización de los pueblos vencidos por ellos.

Aquellos eran pueblos agricultores y sedentarios; sembraban maíz, chile, frijol y comían pescado, que condimentaban de varios modos, y fabricaban pulque.

Sus templos eran grandiosas construcciones piramidales de piedra, revestidas algunas veces con mezcla formada de arena y cal. Como anexos á ellos tenían casas de baños y juegos de pelota.

Su gobierno estaba constituido por un jefe ó señor que á la vez era el sumo sacerdote de su religión, con un consejo de ministros de ella y oficiales distinguidos del gremio militar.

Sus armas ofensivas eran la flecha, la porra y la lanza, constituyendo las defensivas, rodela de madera y sayos acolchados con algodón.

Tocante á este punto la «Relación de Tantzítaro» (1) dice: «Fueles preguntado con que armas peleauan en aquel tiempo y dixeron que con arcos y flechas y rrodelas, y que no usauan yerua entre ellos: y que como se llamauan las armas que trayan: dixeron que á los arcos llaman *canicuqua* y á la flecha *pitacua* y á la rrodela *atapo*.»

Parece que la poligamia era permitida solamente á los señores, y que el común de la nación era monógamo.

Sus habilidades industriales consistían en la elaboración de tejidos hechos con algodón y fibra de maguey y adornados con plumas de las hermosísimas aves que tanto abundaban en esa región.

Fabricaban objetos de oro, plata y cobre; éste parece que lo utilizaban también en instrumentos agrícolas y guerreros.

Los que vivían en el lago eran navegantes y pescadores.

De sus dioses y culto sabemos que la deidad más antigua y ge-

neralmente venerada era la diosa *Xaratanga*, y su templo principal estaba ubicado en *Tzintzuntzan*.

Parece que bajo este nombre veneraban á la luna y le tributaban ofrendas de los frutos y mieses por ellos cultivados, asegurando que aquélla las había traído á la tierra.

En *Pichátaro* recibía culto el dios *Manohuapa* (el hijo único significa el nombre en lengua tarasca), hijo de la antedicha y *Turépeme Xungápeti*.

Acuitze catapeme, que como lo indica su nombre se representaba en forma de culebra, era el dios de *Xarácuaro*, y le acompañaba su hermana *Purnipe cuxáreti*.

En *Irámucó* adoraban á *Vasóncuare*, *Turesupeme* y *Turepemeturúpten*.

En *Paréo* era reverenciado *Turépeme Caheri*. La «Relación» dice que los cuatro dioses *Turépeme* eran hermanos de *Curicaveri*, el dios chichimeca por excelencia. En esto debe haber confusión ó anacronismo en el traductor, puesto que los pueblos que á ellos adoraban, son anteriores al arribo de *Hireticatamé*.

Querendangápeti (Peña enhiesta) tenía templo como deidad principal en *Tzacapo* con *Sirundaran* (el que come paja), su mensajero, que usaba cuero de tigre en una pierna, collar de turquesas en la garganta, guirnalda de hilo de colores en la cabeza, orejeras de oro, y estaba casado con la diosa *Peúdme* (Parto).

En la isla *Pacándan* imperaban los dioses *Caroen*, *Chuuncuare*, *Tangachurani* y *Churitirípeme*.

Los de *Cumachén* tenían por dios á *Tarex-Upeme*, de quien contaban que borrachos los dioses del cielo, en cierta vez, lo echaron á la tierra y por eso estaba cojo.

Menciona, además, la «Relación» como á «dioses de los islotes», éstos: *Caronchaga*, *Nurite*, *Xarauava* y *Varichyvácuare*.

Los dioses *Virabanecha* ó *de la mano izquierda* recibían culto entre los habitantes de la *tierra caliente*, ó sea los del sur de Michoacán.

Hay otros dioses que en realidad no se sabe si eran de los pre-tarascos ó de éstos, aunque más bien pueden pertenecer á aquéllos, toda vez que los segundos solamente mencionan é invocan, en los tiempos primitivos, á su dios *Curicaveri* y la madre *Cueraudperi*.

Los nombres de esos dioses son éstos:

Phunguariecha (el dios de plumas), especie de Mercurio, protector de los correos;

Cupánzueri;

Quihiri Hirepa, representado bajo la forma de venado;

Sirata Tapezi, hijo del anterior;
Achiirepa;
Turipimecha, el dios negro, hermano de *Curicaveri*;
Xarácua, el dios término ó linderero;
 Los *Angamucurancha*, dioses de los montes;
Unazihirecha;
Camaváperi, hermana del anterior;
Ziritacherehua;
Vacúxecha (los águilas);
Sinturópati;
Mirecuajeua;
Apáriche;
Impiéchay, dios del mar;
Churitipeme, diosa de la noche;
Abicanime, tía de los dioses del cielo;

El dios de la cara bermeja; los *de la mano derecha ó primogénitos*; los *dioses engendrados del cielo y de la tierra*; los *dioses de las cuatro partes del mundo*; el *dios del infierno* y *Tardá* mencionado por Sahagún é identificado con *Mixcoatl*, ante el cual se sacrificaban culebras, aves y conejos «y no los hombres aunque fuesen cautivos, porque se servían de ellos como de esclavos.» (Sahagún.)

Tucúpacha, de quien habla el cronista Herrera (Op. cit. Dec. III, lib. III, cap. IX) diciendo «le tenían por Hacedor de todas las cosas, que daba la vida y la muerte, los buenos y los malos temporales: llamabanle en sus Tribulaciones, mirando al Cielo, entendiendo que allí estaba. En suma, confessavan vn Dios, i el Juicio final, i el Cielo, i el infierno, i el fin del Mundo: que hizo Dios vn Hombre, i vna Muger de Barro, que iendose á bañar, se deshicieron en el Agua, i los bolvió á hacer de Ceniza, i de ciertos Metales: i que bolviendo á bañarse, descendió el Mundo de ellos, i que hubo Diluvio, i vn Indio dicho Tezpi, que era Sacerdote, se metió con su Muger, i Hijos en vn Madero como Arca, con diferentes Animales, i Semillas, i que todos escaparon: i que en menguando el Agua, embió el Ave, que llaman Aura, i se quedó comiendo de los cuerpos muertos: i que embió otros Pajaros, que tambien se quedaron: i que el Pajaro pequeño de ellos mui estimado, por la pluma de diversos colores, bolvió con vn Ramo.»

En toda esa relación claramente se mira dominan las ideas cristianas, y aun el nombre del Ser Supremo sea, quizá, un neologismo.

Si bien es cierto que esos dioses recibían como ofrendas aves, flores y frutos de la tierra, no lo es menos que se les sacrificaban

víctimas humanas. Cuando los de *Xarácuaro* invitaron á vivir con ellos á los jefes chichimecas *Pavácume* y *Vedápani*, les invistieron con el cargo de *sacerdotes sacrificadores*.

Sin duda que los chichimecas, al penetrar en Michoacán, encontraron ya establecida entre los aborígenes la costumbre de los sacrificios humanos. Los sacerdotes que educaban á *Tariácuri* le decían, inculcándole la venganza que había de tomar por la muerte de su padre: «mira que sacrifican en la isla de la laguna . . . en *Pacándan* tambien sacrifican. . . . en *Cuirínguaro*. . . . en *Cumachen*. . . . en *Zacapu* y en *Zirabaren* que es *Naranjan*.»

Estas pocas noticias es cuanto contiene el citado documento con relación á los primitivos pobladores del lago de Pátzcuaro y sus pueblos adyacentes.

Referentemente á los *chichimecas tarascos* la misma «Relación» nos dice de sus costumbres lo siguiente:

Mientras ellos permanecieron aislados de los pueblos del lago, conservaron sus costumbres de tribu nómade, aunque dotada de cierto grado de cultura.

Gobernados por un jefe que asumía el mando civil y religioso, vivían dedicados á la caza, con cuyos productos ofrendaban á sus dioses y satisfacían sus necesidades materiales.

Bajo el gobierno de *Hireticatame* el templo de su deidad única, *Curicaveri*, fué una sencilla arca de madera ante la cual constantemente ardía la leña que para su culto tomaban de los montes.

Su jefe no tuvo más mujer que la hermana de *Ziranziranca-maru*, lo que indica que eran monógamos.

Vivieron en chozas con puertas, cuando menos el caudillo; usaban hachas, quizá de piedra, para cortar la leña que conducían en sus espaldas por carecer de todo animal doméstico.

Pobrísimo debe haber sido el ajuar de su personal uso, puesto que fácilmente cambiaban de residencia.

Curtían las pieles de los animales que mataban, dedicándolas únicamente al uso de su dios.

Sabían sacar fuego y en él asaban la carne que comían.

La ceremonia principal de su culto consistía en arrojar ciertos aromas en la hoguera sagrada cuando se preparaban para la guerra. En ésta usaban principalmente de la flecha, á cuyas saetas ponían puntas agudas de piedras duras, como el pedernal, ó cortantes, cual la obsidiana (*tzinapu*).

La salve de los dioses, ceremonia principalísima de su culto, consistía en asar pedazos de carne de venado, ofrecerla á su dios y después comerla.

Consta que usaban vasijas de barro, aunque de sus formas y manufactura nada sabemos.

Su vestimenta era de lo más rudimentario, puesto que en el árbol genealógico de la «Relación» *Hirelicatame* está desnudo casi del todo, pues el maxtle ó faja (*honaqua*) es lo único que le cubre.

Otras pinturas de la misma obra nos presentan á los plebeyos completamente desnudos y á los señores cubiertos con largo sayo.

La atrás citada «Relación de Tantzítaro» puntualiza esto mismo cuando dice: «esta gente dize que en su gentilidad andavan todos desnudos y delcalços. Aunque algunos principales trayan unas camisillas hasta la rrodilla.»

Los muertos eran inhumados en los campos, al parecer junto á las habitaciones, y los jefes al pie de los templos.

Su dios principal era *Curicaveri* (el fuego) representado en una lanza de pedernal, símbolo que, por su figura, recuerda la de la flama de un cuerpo en ignición, y por su materia representaba al fuego mismo, toda vez que por percusión de él se obtenía.—*Cue-rahudperi* (la madre naturaleza) compartía su poder con el dios antedicho.

Cuando las relaciones entre los tarascos chichimecas y los *isleños* fueron más estrechas, las costumbres de aquéllos se modificaron notablemente. Desde luego la indumentaria cambió, y así sabemos cómo se ataviaron los hermanos *Vedpani* y *Pavácume* cuando sucumbieron en la celada que les armaron los de *Cuirtinguaro*.

Los cadáveres de estos infortunados recibieron honores é inhumación en todo diversa á los de sus antepasados: los incineraron, pusieron las cenizas en urnas, y con todos los demás detalles referidos atrás se les sepultó.

Todavía en esos tiempos sólo los jefes usaban flechas en las guerras y el pueblo peleaba á palos, puñetazos y pedradas.

Á partir del gobierno de *Tariácuri*, verdadero fundador del poderoso imperio tarasco, vemos adoptada la poligamia, al menos por él, los sacrificios humanos y la antropofagia.

Estas últimas prácticas se aumentaron con el transcurso de los años; así nos lo indica la atrás citada «Relación de Tantzítaro» con estas palabras: «..... a los yndios que sacrificauan les sacauan el coraçon y luego lo lleuauan a presentar a aquel demonio y con la sangre de los muertos untauan las paredes a do estaua el Demonio y ellos tambien se sacauan sangre de las orejas y de otras partes y se untauan las caras con ella y despues de auer hecho esto tomauan los cuerpos de los Muertos y los hazian Pedaços y los coçian y comian y tambien los comian Asados.»

Á la organización militar dió *Taridcuri* grande impulso y perfeccionó el gobierno político y administrativo. Se sabe tenía un consejo de administración con quien consultaba sus determinaciones.

Evolucionando toda la vida social á la par que aumentaba el poderío de esa raza bajo el gobierno de sus sucesores, llegaron á un relativo estado de cultura intelectual y adelantamiento material; de todo lo cual la «Relación» nos presenta el bosquejo subsecuente:

Desde el abuelo (*Tzitzicpandácuare*) del último rey de Michoacán (*Caltzontzin*) todo su territorio constituyó un señorío mandado por un rey, quien tenía un gobernador y un capitán general (*Angatácuri*) que se entendía en todos los asuntos militares. El reino estaba dividido en cuatro secciones, correspondiendo á las cuatro fronteras de él, y en cada una de ellas había un señor principal que las regía. En los pueblos de importancia había caciques nombrados directamente por el rey, siendo sus principales encargos «hacer traer leña para los cués é ir con la gente de los pueblos á las guerras y conquistas.» Á estos caciques se les designaba con el nombre de *carachacapacha*.

Los nobles que siempre asistían al lado del rey (*yrecha*) en el palacio (*irechécuaro*) y le acompañaban en todas partes, recibían el nombre de *achaecha* (los señores).

Cada *barrío* ó pueblo anexo á una ciudad tenía un superior inmediato llamado *ocámbecha* (Regañador ó Amonestador): su oficio era contar la gente, reunirlos para ejecutar las obras públicas y recoger los tributos. Su paga consistía en leña y las sementeras que gratuitamente le daban y trabajaban.

El que recolectaba las mantas, algodón y esteras, y las guardaba, era el *piruuacua vándari* (el que habla de las cosas de hilo).

El *tareta vaxátati* (vigilante de sementeras ó el que está sentado en ellas) cuidaba las sementeras del real patrimonio y tenía una serie de empleados que se ocupaban, en particular, de cada una de ellas, corriendo á su cargo el cuidado y cultivo de esas y la recolección de los frutos, tanto para el rey como para los dioses.

Había otro mayordomo mayor, superior de todos los que fabricaban las casas, «y estos eran más de dos mil» con otros mil más ocupados exclusivamente en renovar los templos.

El llamado *cácari* (cantero ó quebrador) mandaba á los que labraban las piedras.

El cazador mayor ó jefe de estos (*quanicoti*) cuidaba de que los dedicados á ese oficio trajesen venados y conejos al palacio; había también un cuerpo de servidores que se ocupaban de atrapar aves para la mesa.

Otro jefe mandaba y corría con lo referente á la caza de patos y codornices, cuidando hubiese cantidad suficiente de ellas para los sacrificios á la diosa *Xaratanga*, y después, convenientemente dispuestas, servir las en la mesa del rey y su corte: recibía ese empleado el nombre de *curú hapindi* (siervo de palomas).

El llamado *varuri* (pescador) era el jefe de los pescadores, quienes proveían al rey y su corte de ese alimento, que casi exclusivamente usaban.

El *tarama* (anzuelo) regía á los que pescaban con anzuelo.

El *cauaspati* (el que trae el chile ó pimiento) se entendía con los que tributaban semillas.

Otro mayordomo recibía y guardaba toda la miel de cañas de maíz y abejas con que tributaban al rey.

El *atari* (copero) recibía el pulque y todas las bebidas fermentadas; la «Relación» le llama *tabernero mayor*.

El *cuiringuri* (atabalero) mandaba á los que hacían *cuiringuas* (atambores), tanto para los bailes como para las guerras.

Regía á todos los carpinteros (*mayápeti*) un jefe superior.

Había un tesorero mayor que guardaba todas las joyas de oro y plata que se usaban en la fiesta de los dioses, con un buen número de ayudantes.

El *cherequecua vri* (fabricante de redes) vigilaba y dirigía á los que fabricaban acolchados de algodón, piezas defensivas que usaban en las guerras.

El *cutsuri* (curtidor) hacía sandalias para el rey.

El *uscuarécuri* (de *vzcuni*, labrar imágenes de pluma) tenía á sus órdenes á todo el gremio que fabricaba atavíos y mosaicos de plumas de aves.

El *pucuriuari* (guardamonte, señor de los pinos) ó montero mayor se entendía con los que hacían objetos de madera: le ayudaba otro mayordomo dedicado á vigilar y ordenar la construcción de canoas, llamado *ycháruta vándari* (el jefe de los canoeros). El barquero mayor (*parícuti*) gobernaba á los remadores.

El *cuanicucua vri* (flechero) cuidaba de la fabricación de arcos y saetas, procurando tener siempre gran cantidad de ellas.

Otro mayordomo se entendía con los manufactureros de rodajas.

El *quengue* (mayordomo) recibía el maíz, lo ponía en los graneros y lo guardaba. Había otro jefe de los espías de la guerra.

El *vaxánoti* (el que está sentado dando órdenes) ó superintendente de los correos, quienes estaban siempre listos en el patio del palacio. Había un alférez mayor con un cuerpo de portaestandartes y éste los gobernaba, principalmente en la guerra.

El *cunicha* (pintor) era el jefe de los pintores; el *uraniátari* mandaba á los que fabricaban y pintaban las jícaras; el *hucazi-cua vrigobernaba* á los manufactureros de jarros, escudillas y ollas. Tenía el rey, también, un jefe de su casa de águilas y aves, con otro que se entendía de la guarda de los leones, zorras, tigres y coyotes.

Había un médico mayor (*Xurhica*) jefe de los de palacio; un superior de los que hacían guirnalda y flores; otro de los barrenaderos, con otro más de los mercaderes que salían á buscar y comprar oro, plumas y piedras preciosas.

Andaba el rey acompañado siempre por un grupo de caballeros nobles llamados *guángariecha* (esforzados ó valientes), y éstos portaban como insignia de su rango *angámecua* (bezote) de oro ó de turquesas y orejeras de oro.

Dos pinturas ilustran lo antedicho, en el texto de la «Relación:» la primera (Lámina 1.^a) muestra al *Cazonci* sentado en el corredor de su palacio con el arco y flechas en la mano diestra. Su indumentaria es muy sencilla y por adorno tiene guirnalda de hilo en la cabeza.

La casa ó palacio es de arquitectura sin arte alguno; las paredes más bien parecen de madera que de piedra y el techo es de paja. Un portal ocupa uno de los lados de ella.

Lo que viene á ser el patio está ocupado por varios grupos de personas y cada uno de aquéllos tiene su correspondiente inscripción, tal como sigue:

Mayordomos de Sementeras (Tareta Vaxatati); uno de ellos con una mata de maíz espigado en la mano. *Mayordomos de mantas de algodón* (Pirúuacua vándari); uno de éstos tiene un cuadro de madera con hilos y unas bolas de algodón frente de él. *Pintores*; una de las figuras tiene una pequeña vasija en la mano derecha y un rollo de papel y pinceles en la izquierda. *Los que hacían arcos* (quanicua vri); su jefe tiene un arco en la mano derecha. *Montaraces*; el jefe con una rama, al parecer, de pino, en la mano. *Cacacha* (Carpinteros); el mayordomo trae una hacha en la mano derecha. *Phunguarecha* (Plumajeros); su jefe porta un manojo de plumas en la mano izquierda. *Pellejeros* (curucha; *sic*), el mayordomo tiene un cuero en la mano. *Canteros* (Cacacha, *sic*); su jefe tiene instrumentos de su oficio en ambas manos. *Pescadores*; el mayordomo sostiene con ambas manos una redcilla de pescar, en forma de cuchara, y unos peces. *Cazadores* (Quiequecha); el principal de ellos tiene arco y flecha con ambas manos y á sus pies un venado muerto.

Inmediatamente debajo del asiento del *Cazonci* está *su gobernador* (angatácuri) sentado y con la guirnalda en la cabeza. Tiene vestimenta igual á la del rey, aunque sin empuñar el arco y flecha, distintivos del mando supremo.

La segunda pintura (Lámina 2^a.) contiene otros grupos con los nombres correspondientes, y son éstos: *Zapateros*; los caracteriza una piel extendida en un cuadrado de madera. *Alfereces*; se distinguen por un estandarte de forma particular. *Oficiales que hacen guirnaldas*; portan ramas de flores. Un grupo sin nombre, ante el cual hay varias *cuerdas*, y esto indica eran los que las fabricaban. *Mercaderes*; ante ellos hay tejidos, plumas y otros objetos indefinibles. *Los que inberrallos alloy* (sic); tiene por distintivo una escalera de madera, de forma particular, ó tal vez un instrumento de castigo parecido al cepo. *Carteros*; su jefe tiene en un tallo de madera una carta. Un grupo de tres personas enteramente desnudas, aunque sin inscripción, pero reconocibles por tener un bracero con fuego que uno de ellos cuida soplando por un tubo, y tres objetos como moldes ó piezas metálicas terminadas: son *fundidores*. *Que dan de comer*; el mayordomo porta una escudilla con panes. *Curtidores*; se miran las pieles en varios estados del curtimiento. *Navajeros*; ante ellos dos objetos de forma particular.

Es de notarse que en la pintura 1.^a todos los sujetos allí dibujados tienen larga camisa que les cubre; no así en la 2.^a, en la cual ellos portan solamente *maxtle*, ó están completamente desnudos.

Esta diferencia en la indumentaria distinguiría, quizá, la categoría de los empleos y la escala social á que hayan pertenecido.

Continúa la «Relación» dando noticia de los servidores que tenía el rey en su palacio, y sus clases.

«Todo el servicio de su casa, *dice*, era de mujeres» y tenía una encargada de todas ellas, á la cual se la llamaba *yreri* (dueña de casa ó señora de la casa). Ésta tenía con el rey trato más íntimo y familiar, cual si fuese su verdadera mujer. En un departamento especial, y siempre encerradas, había varias hijas de príncipes, y éstas no salían más que en las fiestas de sus dioses á bailar con el rey.

Su principal ocupación era presentar al dios *Curicaveri* las ofrendas de pan y mantas, teniéndoseles por verdaderas mujeres de este dios.

En ellas había el rey sus hijos, pues muchas eran de su familia, y al cabo de algún tiempo las casaba con alguno de sus principales. En todas ellas estaban repartidos los cuidados y labores domésticos en esta forma:

La llamada *chúperipati* (guardián del tesoro ó cosas precio-

sas) tenía el cargo de guardar todas las joyas del rey, tales como bezotes de oro, de turquesa; orejeras de oro y brazaletes de lo mismo.

Otra era su *camarera*, que le vestía, y le ayudaban otras más como *pajes*.

Al cuidado de otra corrían los jubones de guerra y los de plumas de aves.

La dirección y jefatura de la cocina recaía en otra.

La llamada *atari* (copero) era paje de copa.

La que le servía la comida ó maestresala.

La *iyámati* le hacía y servía las salsas.

«Todas éstas, cuando le traían de comer, escribó el relator, debían llevar los senos descubiertos.»

La *Siquapu vri* (fabricante de tejidos como tela de araña) tenía á su cargo todas las mantas delgadas.

Otra cuidaba de todos los sartales que se ponía el rey en las muñecas, y de los plumajes.

Á todas las esclavas que había en la casa para el servicio, las mandaba una mujer á quien llamaban *pasápeme*.

Las semillas corrían á cargo de otra, lo mismo que el calzado, mazamorras, sal, y ésta se guardaba en especiales trojes.

Las mantas grandes llamadas *quapimecua*, que estaban dedicadas á los dioses, corrían á cargo de otra mujer. Gobernaba á todas ellas una llamada *quatáperi* (guardadora de la casa) y un *viejo*, á su vez, era guardián de todas.

Los hijos del rey generalmente se criaban por nodrizas, dedicándoles casa especial á cada uno de ellos y corriendo al cuidado de los parientes de la madre, quienes les cuidaban su patrimonio, recibiendo para ello los esclavos que se traían de la guerra y no se sacrificaban, y á los cuales se les llamaba *terapaquáebaecha*.

Á cargo de los principales había gran cantidad de gente para que se ocupasen exclusivamente en su servicio, labrando la tierra y cultivando los frutos para el *Cazonci* más estimables, que por ser de temprana cosecha se llamaban *acipecha*.

Uno de sus nobles gobernaba á tan numeroso grupo de personas, y á éstos se les llamaba *vandanziquarecha* (parlachines), teniendo obligación, á más de la señalada, de recitarle cuentos y cosas de pasatiempo.

Se ocupaba el rey ó *Cazonci*, como de principal entretenimiento, de la caza, y á más del gobierno de la nación, que en su mayor parte relegaba en los caciques, entendía de muy especial manera en las fiestas de los dioses, en mandar traer leña para los *cués*, y de enviar á sus gentes á las guerras.

La liberalidad era la virtud característica de los señores tarascos y tenían como gran deshonra que se les juzgase tacaños; siempre regalaban á los embajadores. En sus fiestas hacían presentes á los caciques y obsequios al pueblo.

Se bañaban frecuentemente, y para ello tenían sus baños donde había siempre agua caliente. Allí, en unión de todas sus mujeres, lo tomaban.

«Cuando algún señor había de hablar con el *Cazonci* (rey), dice la «Relación,» quitábase el calzado y ponfáse unas mantas viejas, y apartados de él le hablaban.»

«Iba muchas veces á las guerras con su arco y flechas, que llevaba en la mano, y cuando caía enfermo traíanle en una hamaca los valientes hombres (*guanga*) y los señores.

Para la decisión y juicios tocantes á pleitos de tierras y sementeras, había un señor ó cacique en la ciudad capital, y á éste recurrían todos los que tenían querellas de esa clase.



La clase sacerdotal está formada por los dignatarios siguientes:

El sacerdote mayor llamado *petámuli* (predicador), «que le tenían en mucha reverencia.» Vestía una camiseta de color negro llamada *ucata taravequeque*, y se ponía al cuello unas tenacillas de oro, una guirnalda de hilo en la cabeza, un plumaje en el trenzado del pelo, que usaba tan largo como el de una mujer, un calabazo colgado en las espaldas, adornado con turquesas, y un bordón ó lanza al hombro.

Bajo sus órdenes había un numeroso cuerpo de sacerdotes llamados *curtiecha* (invocadores), «que eran como predicadores, hacían las cirimonias e decían tener ellos á cuestas á toda la jente.» Éstos portaban también un calabazo en la espalda. Á más del oficio señalado desempeñaban el de hacer traer de todos los pueblos del reino la leña necesaria para los templos. En cada uno de éstos había un sacerdote mayor al que llamaban *cura* (abuelo), y eran casados, heredándose tal oficio de padres á hijos. Su principal destino consistía en conservar, enseñar y referir en público la historia de sus dioses, cuidando de sus fiestas. El intérprete de la «Relación» explica la categoría de estos sacerdotes comparándolos con los obispos católicos.

Seguían á éstos los otros nombrados *curicitacha* ó *curipecha* (invocadores), quienes tenían á su cargo poner el incienso por la noche, en unos braseros, y arreglar las pilas de leña para formar sus fogatas en honor de sus dioses.

Venían después de los dichos los *tininiecha* (cargadores), especie de sacristanes que adornaban á los dioses y los llevaban en hombros, principalmente en la guerra. En este caso tomaban el nombre del dios que portaban.

Inmediatamente seguían los *Axámecha* (sacrificadores), cuyo oficio era sacrificar las víctimas, tanto humanas como de otra clase, que se ofrendaban á sus dioses. El oficio era tenido en alta estima, al grado de pertenecer á este gremio el rey.

Los *upitiecha* (de *hupicuni*, asir) tenían por objeto tomar de las manos y de los pies á los que se iban á sacrificar.

Los *pazariecha* (guardianes) eran verdaderos sacristanes y guardas de los ídolos.

Los *hatapatiecha* eran los pregoneros cuando traían á los cautivos de la guerra y venían cantando adelante de ellos.

Los *qutquiecha* tenían por encargo llevar arrastrando á los sacrificados hasta el lugar donde se les cortaba la cabeza para colocarla en la empalizada que tenía tal objeto.

Los *hirtipacha* se ocupaban en hacer conjuros y recitar oraciones al arrojar en los braseros las substancias aromáticas llamadas *andámucua* cuando salían á la guerra.

Completaban este extenso cuerpo sacerdotal los ministros que cuidaban y dirigían á los que tocaban los tambores (*cuiringua*) y las trompetas.

LÁMINA 3.^a

(La «Relación» ilustra su texto con una pintura, en la cual están representados los sacerdotes de las categorías subsecuentes: El *Petámuti* ó sacerdote mayor con su vestimenta é insignias características que ya quedan señaladas. *Los que ponían incienso* ó *Curicha*, teniendo uno de ellos el incensario de forma particular, parecido á una cuchara nuestra. *Los que tenían de los pies á los sacrificados*; uno de ellos tiene entre sus manos una pierna humana. Los *sacristanes* ó *Pazariecha*; porta uno un ídolo de forma particular. Otro grupo sin nombre. *Los que los llevaban arrastrando*; un sujeto lleva arrastrando á un cadáver humano. *Los que hacían la ceremonia de la guerra*; los caracteriza un instrumento de forma especial. *Puquíecha*; uno de ellos toca una trompeta. *Los que traían las comidas*; un objeto de especial forma tiene uno de

ellos en la mano. *Los que trahían rama*; se mira uno de entre ellos con un fardo de ramas en las espaldas. *Los que llevaban los dioses á cuestas*; carga uno de ellos un fardo en una red. *Adamenetia* (sic); uno de ellos tiene en la mano una bujía ardiendo.)

Los santuarios más venerados que tuvieron los tarascos dedicados á sus dioses, y con especialidad en tiempos no lejanos á la conquista, fueron éstos:

El de *Curicaveri*, ubicado en Pátzcuaro; el de *Tarex* ó *Tarás* en Tzacapu; el de *Xaratanga* en *Tzintzuntzan*, y el de *Cuerahuáperi* en *Tzinapécuaro*, con sus anexos baños termales en *Araró*.

Del primero, un escritor que lo conoció en tiempos muy cercanos á la conquista nos da las noticias siguientes:

«Y no solo se señalaron (los tarascos) en valor, y esfuerzo, pero dexaron siempre en la piedad, y culto de sus Dioses sobrepuxar á los demas assi en el numero de sacerdotes, y ministros de sus templos, como en la grandeza, y sumptuosidad de ellos; en lo qual aunque pudiera decir mucho, pero por ser fuera de mi intento, y no detenerme, me contento con mostrar por testigos desto las ruinas grandes, que en toda esta Prouincia vemos de los sumptuosos templos, Cues, y sacrificaderos, y aunque pudiera señalar muchos, solo pongo por ejemplo el del sitio, en que el presente esta fundado nuestro Collegio, donde segun afirma el Illustrissimo y Santo Varon Don Vasco de Quiroga primer prelado desta provincia en el testimonio de la Posesion (Tomosse la Posesion en 22 de Agosto de 1538. como consta del Testimonio que abaxo se alega), que tomo de su Obispado en esta Ciudad, y Varrio de Pazquaro, fue el *principal assiento* de los sacrificaderos, y donde residian los principales, y primeros ministros, que guardaban sus cues, y quan souerbio, y sumptuoso fue este edificio, y quantos debian de concurrir de todas partes a los sacrificios, y fiestas de sus Dioses, muestranlo bien las gradas de nuestra huerta, que corrian tres tantos de lo que se vé el día de oy, con ser aun en buena distancia, abaxo de las quales auia otros dos ordenes de la misma suerte hasta llegar a la plaza, y la muchedumbre de piedra labrada, y ruinas de edificios, que se hallan en lo alto de nuestra huerta y todo lo á ella circunuezero donde solian ser las casas, y habitaciones de los Curites, ó Sacerdotes, y aunque quando vinieron los Españoles á estas tierras estava ya lo mas de los dichos edificios por el suelo, el ver la grandeza, que descubrian de otro tiempo las ruinas (Todo lo dicho consta de la Posesion del Obispado de que da fe Christoual de Cabrera, Notario Apostolico. Y originalmente estan estos papeles en-

tre las Cédulas tocantes á la Iglesia de Michuacan en el Oficio de Antonio de Turcios.) mouio al dicho Santo D. Vasco á fundar en aqueste lugar su Iglesia Catedral, para que la que fue metropoli en el tiempo de la ciega gentilidad desta nacion, lo fuesse en el que hauian sido alumbrados con la luz del Santo Evangelio. »

Especial investigación de lo que aun subsiste de las ruínas de este gran templo, me ha permitido hacer la reconstrucción de él tal cual lo muestra la adjunta lámina 4.^a

Una serie de montañas aisladas y de pequeños cerros formando cordilleras de poca elevación, encuadran al pintoresco lago de Pátzcuaro, que en su lado NO. desarrolla desde su margen una falda de suave pendiente. Sobre ella, y en su parte más alta, se encuentra ubicada la ciudad de Pátzcuaro.

En la montaña que se extiende de N. á S., y en un punto situado frente al E., se edificó el templo mayor de los dioses tarascos.

Aprovechando una colina natural regularizaron sus lados N. y S. y situaron la parte central de la *yácata* frente al manantial que los tarascos con sus caudillos *Veápani* y *Pavácueme* encontraron en la excursión que á ese lugar hicieron y queda relatada en la 1.^a Parte de este estudio.

Una extensa rampa que arrancaba desde el piso de la actual plaza mayor y tres escalinatas con sus correspondientes plataformas, conducían á la cúspide del monumento.

En el lugar de la primera gradería están actualmente edificados la iglesia y colegio de los jesuitas; la segunda tenía menor extensión que las otras, aunque era más empinada, á causa de la estrechez del terreno. Una plataforma de corta anchura, con relación á las otras, servía de base á la tercera escalinata, la cual terminaba en la cima de la colina, en donde, sobre extensa planicie, se encontraban edificados los *tres cués*, los *tres fogones* y las *casas de los papas ó sacerdotes*.

El conjunto de este monumento presentaba, en su parte anterior, tres planos de una pirámide incompleta: dos laterales y uno mediano ó central. Éste se dirigía de N. á S., y los otros, uno de NE. á SO. y el otro de NO. á SE.

La forma geométrica del primer cuerpo seguía, en lo general, á la de los segundo y tercero: se ascendía á aquél por rampas naturales más ó menos modificadas, de las cuales quedan restos actualmente en las calles llamadas *cuestas «de Colón,» «de las Monjas,» «del Chapitel,» «de la Parroquia»* y *«de los Reyes.»*

La forma de los edificios ó *cués* que coronaban el gran templo, nos la muestra una de las pinturas de la «Relacion de Mechoa-

can» reproducida bajo el núm. XXVII de la 1.^a Parte de este trabajo

Estaban ellos contruídos con piedras planas llamadas *lajas*, superpuestas en seco y cuatrapeadas, á la vez que reforzados sus ángulos y salientes con gruesos pedruscos toscamente labrados. Las techumbres eran de paja.

Las piedras que cubrían las escalinatas estaban sencillamente desbastadas y formaban graderías de 0.^m25 de peralte por 0.^m25 de huella; su inclinación debe haber sido de 45° y la elevación de todo el monumento de unos 24 metros, sobre el actual nivel de la plaza principal.

No es posible, en el estado presente de cosas, señalar con toda seguridad el número exacto de peldaños de cada una de las escalinatas; mas por cálculo aproximado se puede creer hayan tenido cada cual unos 20 escalones, con la circunstancia de que los del segundo tramo tendrían mayor peralte que huella.

Para dar forma y solidez al total de la construcción se hicieron graderías de peralte diverso, que variaban entre 0.^m90 á 1.^m25 de altura, por 0.^m90 á 1.^m25 de anchura. Éstas tuvieron por único material estructural grandes y pequeñas *lajas*, cortadas exprefeso para darles cara ó paramento. Los huecos entre una y otra de las gradas se rellenaron con pequeñas piedras y tierra, siendo también ésta el mortero único empleado, tanto allí como en las escalinatas.

La parte posterior del templo todo era la montaña misma, y no hay indicios de haberse ejecutado en ella obra alguna. En su extensa planicie y con dirección al llamado hoy día «Barrio fuerte» estaban edificados el palacio real (*yrechécuaró*) y las casas de los nobles y principales jefes de la nación tarasca.

El resto del pueblo ocupaba con sus habitaciones las alturas del SO., hoy conocidas con los nombres de barrios de «los Reyes», «San Miguel» y «San Francisco.»

La falda NO. hasta la margen del lago, correspondiente á esa dirección, estaba sin habitaciones, y se podía, por ello, disfrutar una hermosa vista y cabal perspectiva de la Laguna y sus principales islas y pueblos de ella.

Estaba circuído todo el templo por una fuerte muralla de piedra, de la que en la actualidad no queda indicio alguno, y sólo se sabe de su existencia por un documento antiguo que dice: «que es toda la plaça donde estaban los dichos cues principales, y así como va y buelbe la *çerca alta de piedra seca*, todo lo çercado por la parte alta, y por la parte baja al portillo que esta derrocado en la dicha çerca de piedra para pasar fuera de toda la dicha çerca, desde do esta el campanario, de una parte, y de

otra, de la calle, derecho hasta dar al camino do van á la fuente de san gregorio, y volviendo por el ala puente que esta do donde solian morar los que servian y tenian cargo de los Cues, y estaba dedicado á ellos, con parte del aposento donde solian morar los Caciques, que estaban y está todo desamparado y derrocado.» (El Consejo, Justicia, Regimiento y veçinos del Pueblo de Guayan-gareo Provincia de Mechoacan con el Obispo de dicha Provincia sobre que impide la poblacion del referido Pueblo. Archivo de Indias. Estante 47. Cajón 5. Legajo 67/23 Copia MS. en mi poder).

Del templo de *Tzacapu* nada con especialidad sabemos, y solamente hoy se mira un gran número de *yácatas* y restos de otras construcciones sobre las montañas circunvecinas al Oeste de ese lugar. Cubren ellas una extensión de casi 12 leguas en la parte montañosa llamada «El Malpais.» Son, por lo común, estructuras piramidales de 16 metros de largo, 6 de ancho y 3 á 5 de altura, todas ellas circuidas por murallas y descansando sobre terraplenes.

Á un grupo de éstas se le llama «el palacio de *Caltzontzin*,» á otro «la Ermita,» y así, por el estilo, á las restantes.

Desde el centro del pueblo llama desde luego la atención la *yácata* llamada «de la Crucita» (Lámina 5.^a), la cual muestra restos de un revestimiento de argamasa pintado con colores azules, cosa únicamente allí observada hasta hoy en Michoacán y en monumentos de esta clase.

Sabemos que el rey tarasco era el lugarteniente de *Curicaveri* y á la vez su sacerdote; y de algunas de las ceremonias que en honor de aquella deidad practicare, nos da noticia el cronista Larrea de este modo:

«El idolo principal, y unico (que no tuuieron otro los Tarascos) estuuu en el pueblo de Tzacapu, Metropoli de Mechoacan, y Matriz de su grandeza, como Roma de todo el mundo: cuyo Templo estaua en la cumbre de vn monte, que sus faldas vienē aser vezinas del mismo pueblo. En este Templo estaua el Summo Sacerdote, a quien del Rey abajo venerauan con tan gran respecto, que jamas se permitió, que huuiesse otros inferiores: porque tan gran Dignidad, con hazerla comun, llegara á no ser estimada de la plebe; que es lo que de ordinario profana lo soberano del Sacerdocio. Y assi el Summo Sacerdote Curicaueri (que assi se llamaua) era tan venerado, que el Rey le visitaua, y hablaua de rodillas, visitandole cada año: y el visitarle era yrle á pagar las primicias; y despues del Rey, yuan haziendo lo mismo los Grandes, y Señores, y tras estos los demas del Reyno, conforme el posible de cada vno.

«El modo que se guardaua en la oblacion de las primicias era, que el Rey (á quien el Mexicano llamó el gran *Caltzontzi*, que quiere

dezir el Calçado con cactle. Porque siendo costumbre, que todos los Reyes tributarios al Emperador, en señal de su obediencia, se descalçassen para verle: el de Mechoacan como no fue su tributario ni su inferior, se calçaua como él, y assi llamauan el gran *Calson-tzi*), para offercer la primicia. Llegado el tiempo, salia de su Palacio de la Ciudad de Tzintzuntzan, y se embarcaba en su gran Laguna, y caminando al pueblo de Tzirónzaro, que son dos leguas de nauegacion, se desembarcaua en él y de aqui á donde estaua el Summo Sacerdote, que son cinco leguas, las caminaua, *por vna calçada de piedra admirable* que oy se ve, *limpia*, y aseada como para las huellas reales.»

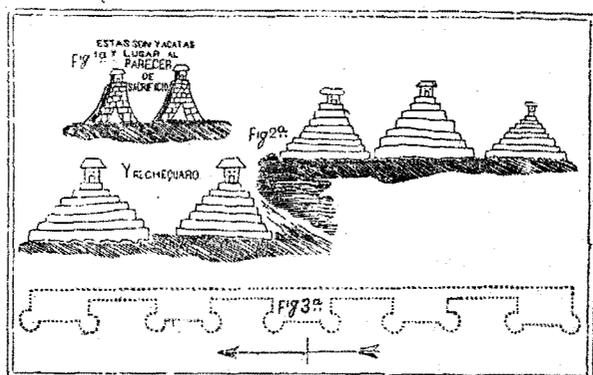
Restos de esta calzada subsisten actualmente y yo los he visto y admirado.

Del templo de *Xaratanga* en *Tzintzuntzan* quedan restos bastante conservados; con respecto á ellos escribí el año 1888 lo siguiente: (1)

«En la Ciudad de *Tzintzuntzan*, capital del reino tarasco en la época de la conquista, y frente al convento é iglesia de los PP. franciscanos, á una regular distancia y rumbo al Poniente, se miran unos grandes promontorios de piedra ó montículos que los indios del pueblo llaman *yácatas*, en lengua de Michoacán.

Son éstas en número de cinco y se extienden en línea recta de N. á S., estando construídas todas sobre una pequeña loma, que es una de tantas eminencias que circuyen á *Tzintzuntzan*.

Entre los escritores de cosas de Mechuacan, y principalmente en Beaumont, leemos que no ha sido posible precisar el sitio de los reales palacios, y en los mapas ó pinturas indígenas que asegura haber recibido del indio *Cuin* se ven señaladas las dichas *yácatas*, con su forma propia. En el mapa tercero, que trata de cómo «traen los indios comida para los españoles y se muestran las *yácatas* y osarios,» están éstas tal como se ven en el adjunto grabado, con la



inscripción que nos dice: «*estas son yácatas y lugar al parecer de sacrificios;*» en el mapa quinto, que es donde se figura á los indios representando al Sr. Quiroga en contra de la translación de la Sede Episcopal á Pátzcuaro, frontero al convento é iglesia de Franciscanos miramos las cinco yácatas, algo distintas en su dibujo y construcción á las del mapa tercero, y con esta inscripción en tarasco: *Irechéquaro*, que significa *Palacio* (Lámina 6.^a); en el mapa sexto están también las yácatas ocupando el mismo rumbo y posición, en número de cuatro solamente y con dirección hacia el cerro de *Carichuato*; este mismo mapa trae señalado el sitio de la «Plaza de Armas,» en el pueblo de *Yhuatzio*, y en el cerro de *Yahuareto* se miran tres yácatas con esta inscripción: «*Yácatas del Rey.*» Éstas, más las cuatro del mismo plano y las del tercero, son de idéntica figura.

LÁMINA 7.^a

De todo lo dicho se palpa que las mismas pinturas indias se contradicen.

Beaumont, hablando de cuál haya sido el lugar de los reales sitios, nos dice: «Respecto á las ruinas del palacio de los reyes tarascos, segun la inspeccion que hice poco ha de estas curiosidades, debo decir que, al oriente de esta ciudad de Tzintzuntzan en la falda de un cerro llamado *Iaguareto*, á cien pasos de la población, se perciben en la superficie de la tierra unos cimientos subterráneos que tendrán de N. á S. 150 pasos y de O. al P. 50 pasos, en que hay tradicion asentada, estar oculto el palacio de los reyes antiguos. En el centro de estos cimientos hay cinco cerrillos ó cuicillos, que llaman las *Yácatas*, de piedra laja, hechos á mano, en que regularmente no falta un indio como de custodia y los indios aun en el dia no permiten desenterrar estos cimientos.» «Hubo un clérigo indio, llamado Domingo Reyes Corral, á quien obedecian los indios, y este se puso de propósito á desenterrar las *Yácatas*, y en un pedazo que cavó como de 8 varas sacó mucha piedra labrada; murió, y los indios luego taparon el hoyo, y no han consentido que otro alguno allí cavara.»

Los cinco cerrillos ó cuicillos de que habla el Padre, existen aún, y uno de ellos, el tercero, contando de Sur á Norte ó de derecha á izquierda, fué casi del todo demolido en 1852 por el Cura D. Ignacio Traspeña, que pretendió encontrar dentro de él grandes tesoros. El segundo es el que el súbdito inglés Mr. Charles Harford ha excavado há poco en una de sus caras, mediante permiso del Gobierno del Estado, y pretendiendo encontrar una puerta que diera ingreso al centro de la *yácata*, lugar en donde habría un gran

salón con fabulosas riquezas, é inmediato á él el camino subterráneo para *Ihuatzio*. El resultado de sus investigaciones y trabajos ha sido éste: Habiendo levantado toda la piedra y tierra que cubría la *yácata* segunda (Fig. 3.^a en el grabado), descubrió la parte de ella señalada en el plano con línea negra. Es ella la parte lateral del monumento y algo de la muralla que une una *yácata* con otra. Sobre toda la superficie hay escalones cuya altura es de un metro, y relativamente al tamaño, muy angostos, dando apenas lugar á poner sobre ellos la planta del pie. La elevación de las paredes es de doce metros en la pirámide y once en la muralla. Están formadas por fragmentos de piedra laja superpuesta y sin cemento alguno. Toda la superficie del monumento estaba cubierta con losas perfectamente labradas, de piedra llamada *xanamú*, lo mismo que la parte superior de la gradería ó escalones. No alcanzamos á comprender cómo en construcciones de esta naturaleza puedan existir espacios vacíos ó salones en su interior, si no es teniendo magníficas y muy resistentes bóvedas. Respecto á que parta de ellas un camino subterráneo para *Ihuatzio*, no creemos ni probable tal aserto.

LÁMINA 8.^a

Se comprende ahora perfectamente el por qué están cubiertas las *yácatas*, pues se ve patentemente que el abandono, la acción del tiempo y los elementos hicieron caer la parte superior de ellos sobre su base, que merced á esta indirecta salvaguardia se ha conservado en perfecto estado. La piedra toda que cubre á la serie de monumentos es igual al material empleado en su construcción, que no se encuentra sino á distancia de algo más de una legua de ese lugar.

En nuestro concepto, estos monumentos eran templos y á la vez lugares de defensa ó fortificación y no casas habitaciones; tras de esta primera serie y á regulares distancias, en el poco espacio que pudimos examinar, se ven restos de otras series, y en el intermedio de una y otra se notan como cimientos de habitaciones, siendo cosa fácil y común encontrar en esos lugares intermedios, ídolos, penates, utensilios domésticos de barro, instrumentos de cobre, *tzinapu* y piedra; todo nos confirma que allí estaban las casas de habitación.

¿Podría, acaso, haberse encontrado en alguno de aquellos parajes el real palacio? no lo creemos, fundados en lo que Beaumont nos refiere al escribir, que el barrio más pobre y humilde de *Tzintzuntzan* fué elegido por los primitivos Padres Franciscanos para su habitación, y encontrándose en éste los citados monumentos, no

debe ser el que habitaba el rey. En el piso que forma la base de la pirámide, pues ésta es propiamente la forma del monumento, únicamente con los ángulos del frente redondeados, se encontraron una vasija pintada de rojo, negro y blanco, y unos adornos ó dijes de un collar, de figura triangular, con sus lados en forma de sierra y fabricados de pizarra y esteatita.

Ocurre desde luego investigar si tales objetos son contemporáneos á la construcción de las *yácatas*; á nuestro parecer las creemos muy posteriores.

El material, modo de construcción, forma de los monumentos y demás, es de los más primitivos, y apenas podemos hallarles semejanza con los de *Casas Grandes*, principalmente, y los de la *Quemada*.

La «Relacion de Mechuacan» dice: «Muerto este señor pasado (*Sicuirancho*) dejó dos hijos que se llamaron de su nombre *Veapani* y *Pavacume*, en este tiempo tenia ya su cu Xaratanga «en *Mechoacan (Tzintzuntzan)*.» «¿Serán, acaso, estas *yácatas* el «cué de Xaratanga.?»

En nuestro concepto pertenecen estas construcciones á tiempos remotísimos, quizá á los primeros pobladores de Michoacán, anteriores en mucho á los chichimecas vanaceos.

LÁMINA 9.^a

Del templo de la diosa *Cuerahuáperi* en Tzinapécuaro quedan aún algunos vestigios, pues sobre la pirámide en que estaba edificado el santuario y casas de los sacerdotes se erigieron el templo y convento de San Francisco, que hoy son la parroquia y casas curales.

La construcción y estilo son idénticos al mayor de Pátzcuaro.

De lo que haya existido en *Araró*, como una dependencia de *Tzinapécuaro*, no se ha puntualizado á este respecto cosa alguna.

La «Relación de Michoacán» conmemora la época de la fundación y erección del templo de *Ihuatzio*, al que llama *Queréndaro*. De éste quedan restos bastante bien conservados, aunque en el más completo abandono.

Con referencia á ellas escribe el cronista Beaumont lo siguiente:

LÁMINA 10.^a

«En cuanto á la plaza de armas de Higuatzio, que es el único monumento visible que nos ha quedado de estos antiguos edificios, diré que á distancia de quinientos pasos, corriendo para el Poniente

de dicho pueblo, en la cima de una loma está un edificio de piedra formando una muralla en forma de cuadro, que tiene de longitud trescientas y treinta y siete varas y media, y ciento y cincuenta de ancho, con seis varas y media de alto: el alto de las paredes es como de seis varas.

«El interior de esta plaza está terraplenado á mano hasta arriba. Se perciben en el centro unos cimientos en forma de pie de torre, y en su cercanía está un ídolo de piedra con la figura y estatura de un hombre: fáltanle la cabeza y los pies, pero tiene todo lo demás, y las manos unidas con el vientre. . . . al derredor de dicha plaza se perciben como escaleras y gradas. En el camino que va desde Higuatzio á la referida plaza, de la parte del Poniente, hay tres yácatas de piedra, puestas á mano, en figura de baul. . . . El pueblo de Higuatzio estará á dos leguas de Tzintzuntzan, y hay tradicion que allí tenían los tarascos su plaza de armas, cuyos vestigios son los que van referidos.»

LÁMINA 11.^a

El Sr. D. Francisco Plancarte, actual obispo de Cuernavaca, encontró y exploró un templo tarasco, levantó un plano de él é hizo una reconstrucción. Referentemente á ello publicó lo siguiente:

«El lugar donde se hizo la exploración fué una pequeña altura casi á la extremidad Sur del Valle de Zamora, á legua y media de dicha ciudad, y tres cuartos de legua al Poniente del sitio actual del pueblo de Jacona. Esta eminencia está dividida, en la parte superior, por dos mesetas ó pequeñas colinas, una mayor que otra, que colectivamente llevan el nombre de «*Los Gatos*.» Según noticias adquiridas, en el rancho de *Ocandino*, al cual pertenecen «*Los Gatos*,» en las faldas de aquella eminencia se encontraron unas urnas cinerarias de barro, grandes, y según me decían, muy curiosas, pero que los muchachos del lugar las habían destruído. Al examinar la meseta más grande advertí que en el centro había una pequeña construcción de tierra y piedra en forma cónica, de tres y medio metros de altura aproximadamente, por cinco de diámetro en la base. Ésta comunicaba por un pretil con otra elevación en forma de pirámide trunca, de base cuadrada, igual altura, y cuatro metros por lado en la parte superior. Comencé las excavaciones por el cono, y á los primeros golpes del zapapico, descubrí un cajete de tres pies y cerca de él los huesos de un esqueleto casi pulverizados. El cajete estaba colocado á la derecha del esqueleto, que estaba sentado en cucullas, postura muy común en los 48 esqueletos que encontré, de los cuales unos once solamente estaban tendidos. La mayor parte de ellos tenían la cara hacia el Oriente y los

que estaban tendidos, los pies al Oriente y la cabeza al Occidente, aunque esta orientación no era constante en todos. Siguiendo la excavación hacia el centro, se descubrieron unos muros de piedras de torrente, sobrepuestas, sin argamasa ni unión alguna. Estas paredes formaban un cuadrado en el interior del cono, y su recinto estaba lleno de esqueletos humanos muy cerca unos de otros, y todos con uno, dos ó tres trastos, ordinariamente de barro, á la derecha, y algunos con instrumentos ó armas de piedra y de cobre, y con adornos de diversas materias. Sea porque esta cámara sepulcral estuvo cubierta con madera y esteras de espadaña (*petates de tule*) y colocadas sobre el techo piedras y tierra floja que cayeron sobre los cadáveres al pudrirse la madera; sea que la tierra y las piedras se arrojaron desde un principio sobre los restos, los huesos estaban entreverados con piedras y muchos de los utensilios rotos. El estado de descomposición en que estaban los huesos impidió el que se pudiesen examinar con atención, pero por los dientes y las muelas pude comprender que se trataba de adultos, y varios de no poca edad. En uno de los ángulos del recinto cuadrado había una construcción de adobes quemados que contenía varios restos carbonizados de huesos humanos, entre los cuales, parte del cráneo (los parietales, el occipital y el frontal), restos de las tibias, costillas, fémur, etc., de un solo esqueleto. En el fragmento del cráneo no se veía señal alguna de la sutura entre los parietales. Esto y los molares, casi planos en la superficie, indicaban la avanzada edad del muerto. En este recinto, entre algunos utensilios y adornos de concha medio carbonizados, entre otras cosas, encontré muchas laminitas de oro, y varios fragmentos de discos dorados que á primera vista presentaban la apariencia de ser de arcilla ó tierra sin cocer, con una capa revestida de yeso ú otra substancia análoga, y sobre ésta la laminita de oro. Más tarde me vino la sospecha de que lo que me parecía arcilla cruda en un principio fuera madera en el último estado de descomposición. Encontré, también carbonizados, los fragmentos de una tela que sería, probablemente, el vestido que llevaba el cadáver cuando lo quemaron.

«No sólo en este recinto cercado del centro, sino también en la parte exterior de él, había esqueletos. Entre éstos estaba el de un niño de corta edad. Mezclados con los esqueletos había restos de madera, impresiones del tejido de las esteras (*petates*) y muy cerca de los cráneos una capita sutil de una substancia colorante roja, que supuse habría servido para la pintura de la cara del muerto. En muchos de los trastos había restos de substancias vegetales que habrían servido para confeccionar los alimentos, y en otros, polvos y terrones de una substancia roja ó amarillenta.

«Las excavaciones hechas en la pirámide contigua mostraron unas capas horizontales y paralelas de ceniza y tierra quemada, de pocos centímetros de espesor, separadas entre sí por otras mucho más gruesas de tierra, sin fragmentos de barro ni otra cosa. Esto me hizo suponer que el monumento era un altar donde se encendían grandes hogueras.

«El esqueleto que se encontraba en el recinto de adobe cerca del de piedra, sería del régulo del vecino pueblo. Los otros que lo acompañaban serían sus criados de servicio que perecerían juntamente con él, y los que estaban fuera, las víctimas sacrificadas á los dioses en el cercano altar, para completar la fúnebre ceremonia.

«No muy lejos de este lugar practiqué otra excavación con muy buenos resultados también. Existía en el centro del cono excavado la misma cámara sepulcral de piedras como en el anterior, pero en vez del recinto de adobe, había en el centro tres grandes ollas tapadas con una piedra, que contenían ceniza y fragmentos de huesos carbonizados en parte. Aquí encontré un curioso cráneo, el único que se pudo conservar, cuyos dientes limados lo hacen muy notable.

LÁMINA 12.^a A.

«Á tres leguas de este lugar se halla el sitio donde estuvo la antigua ciudad de Jacona cuyas ruinas se ven aún, distinguiéndose, sobre todo, las del templo mayor, curiosa construcción que mandé reproducir en madera. Allí también hice unas excavaciones, pero desgraciadamente todos los lugares en donde las practiqué habían sido excavados por los habitantes de los vecinos ranchos que esperaban sacar de allí grandes tesoros. Pude sacar varios cráneos y objetos muy curiosos de barro y cobre, pero no me pude dar cuenta de la construcción de los sepulcros ni de otras interesantísimas particularidades.»*

El explorador noruego Mr. Lumholtz encontró en un lugar cercano al pueblo de *Parícuti*, una *yácata* muy parecida en estilo á la de Jacona, la cual dibuja y describe así:

«La construcción está formada de piedras, sin cemento y con forma de una T: cada brazo mide 15 pies de largo por 32 de ancho. El brazo del Oeste termina en una construcción circular: una especie de nudo. Todos sus lados están cubiertos por escalones hasta la base y la plataforma de todo el monumento mide solamente seis pies de anchura y de allí á la base hay de altura 20 pies. Estas gradas, que por todos lados lo circundan, dan al monumento especial

* *Anales del Museo Nacional*, T.^o IV, págs. 274-75.

gracia y simetría. Desde ese lugar se disfruta una hermosa vista, tanto del valle como de las montañas circunvecinas.

«Este monumento no está aislado, pues le acompañan otros tres, aunque de menor tamaño.» *

En Tingambato, Sirahuen, Ario, San Antonio Carupo, Coenco y sus alrededores hay grandes extensiones cubiertas con monumentos de esta clase.

Las pinturas de la «Relación» que en esta obra van insertas, así como los dibujos de Beaumont, también aquí reproducidos, nos enseñan que los templos tarascos de la época de la conquista eran pirámides cuadrangulares, construídas sobre colinas ó picachos, por lo común, ó desplantadas sobre llanuras elevadas.

Una ancha base de piedras planas toscamente cortadas servía de cimiento, y sobre ella se iban construyendo, por capas, una serie de plataformas escalonadas, cuya extensión disminuía á proporción que su altura avanzaba hasta formar una pirámide perfecta. Siguiendo igual procedimiento se revestía este núcleo con nuevas capas hasta obtener el monumento de la magnitud deseada.

En ninguna de las *yácatas* ó templos que he examinado se nota rastro alguno de cemento que haya unido las piedras entre sí, ni se encuentra tampoco que ellas hayan tenido alguna capa de tal substancia que exteriormente las cubriese. Todas las piedras están perfectamente cuatraperadas y los ángulos reforzados por grandes bloques de ellas.

El sistema de construcción de tales monumentos hacía que ellos tuviesen varias plataformas y escaleras, ambas de poca extensión, y éstas algunas veces de muy pequeña huella y altísimo peralte.

Con excepción de la de Pátzcuaro, las *yácatas* eran múltiples y dispuestas de tal manera que circunscribiesen varios patios más ó menos cuadrados cuyas entradas las mismas *yácatas* defendían, corriendo entre ellas una ancha y alta muralla de paredes en talud y con gradería en su cara interna.

Era así cómo aquellos monumentos servían á la vez que de templos, de fortificaciones, lugar de refugio y de defensa.

Calzadas perfectamente empedradas conducían hacia ellas, y cuando la naturaleza del terreno lo exigía, se combinaban rampas, plataformas y escaleras ingeniosamente dispuestas para llegar fácilmente á ellas.

La analogía de estos monumentos, tanto en su forma como en su disposición y estructura con los que se encuentran en los Esta-

* Unknown Mexico by Carl Lumholtz. Vol. II, págs. 373-4. *New York*, 1902.

dos de Zacatecas, Xalisco, Puebla, Guanajuato, Hidalgo, Colima, Morelos, México y Guerrero me han hecho dudar mucho de que sean debidos á la inventiva de los llamados tarascos.

Yo veo en ellos las muestras de una civilización antiquísima, anterior en mucho á la de los pueblos proto-históricos.

Si los tarascos de la época del descubrimiento los usaban, era por haberlos tomado de tribus que ya de muchos siglos atrás existían ó habían existido en el suelo que ellos se apropiaran.

La narración de la «Relación» es en este particular clara y terminante.

Sobre estas elevadas pirámides se construía el santuario del dios, formado casi siempre de madera y techado con tallos de *vrunda* (*Calamagrostis*).

Llamo fuertemente la atención del lector hacia algunas de las láminas que ilustran la 1.^a parte de esta obra.

En terrenos de la hacienda de *San Antonio Calichar* (Guanajuato) he visto enormes monumentos de esa clase, con la particularidad notable de contener en su centro grandes criptas de donde se han sacado cadáveres humanos momificados.

* * *

Pocas son las noticias que con referencia á monumentos arqueológicos de Michoacán se encuentran en los escritores antiguos y modernos. En éstos todavía menos que en aquéllos, como lo demuestra el más importante de ellos, donde se lee: «Beaumont menciona algunos objetos de Michoacan, que no aparecen de gran importancia, y Lejarza indica algunas *yácatas* ó sepulcros, una pirámide y un camino. En la sierra de Teremendo, se descubrieron el año 1712 numerosas grutas del tiempo de la gentilidad, con recientes ofrendas de los serranos de aquella comarca. Dícese que en las montañas de Santa María Jiquilpan se presentan las ruinas de una ciudad, entre cuyos escombros se hallan ópalos y venturinas muy bien labrados.»*

En cierto mapa arqueológico de la República se puntualiza como lugar con monumentos antiguos en Michoacán solamente á *Tzintzuntzan*. Nada más inexacto que esto: explorando los pueblos llamados de la Sierra y de la Laguna puede decirse que no hay un pal-

* Orozco y Berra. Historia Antigua y de la Conquista de México. T.º 2.º, pág. 345.

mo de terreno que no sea sitio perteneciente á monumentos pre-colombinos. En ellos se encuentran innumerable cantidad de utensilios domésticos, armas y figuras humanas de barro, obsidiana y piedra común.

Los actuales indios llaman á éstas, indistintamente, *thare* ó *huapete* (ídolo ó muñeco). Aunque ellos se encuentren elaborados con bastante arte, son, por lo común, imágenes humanas deformes con caras fantásticas que están muy lejos de representar la faz humana, ni menos prestarse á definir con ellas el pretendido *tipo étnico* ó *antropológico* de que tanto alarde se ha hecho.

Las muestras de estatuaria en piedra que de ellos nos quedan, manifiestan el atraso de los tarascos en este ramo: son ellas, por lo común, pequeñas y labradas en rocas blandas; ello justifica el dictamen del Sr. Chavero al escribir: «no sobresalieron (los tarascos) en la arquitectura ni en la estatuaria.»*

La arquitectura tarasca pre-colombina no podría ser más rudimentaria; las pinturas de la «Relación» lo demuestran bastante.

Como no tenemos datos para atribuir á los tarascos históricos la construcción de las enormes *yácatas*, terraplenes, fortificaciones y calzadas, cuyos restos aún vemos, no podemos calificarlos de hábiles arquitectos. Imitarían, quizá, lo que encontraron en construcciones de esta clase.

Sus conocimientos en la pintura y decoración por medio de ella, nos lo patentizan su cerámica y los dibujos de la «Relación:» son obras verdaderamente infantiles.

* * *

Época especial y singulares ceremonias tenían los tarascos en las entradas ó guerras que hacían á los pueblos sus circunvecinos.

En la fiesta ó mes *Anziñascuaro* se hacían las guerras, y antes de emprenderlas ordenaba el rey se llevase leña en cantidad á los templos (*cués*) del reino, la que debería quedar alzada en grandes rimeros en los patios de ellos la vigilia ó víspera de tal fiesta. Así dispuestas las cosas, el sacerdote llamado *Hiripati* con cinco de los sacrificadores (*Axamecha*) y otros más en igual número, de los *Curítiecha*, se ponían á hacer unas pelotillas de olores en una casa que estaba ubicada en la misma del *Cazonci*, las cuales ensartaban, una á una, en unas rajadas de madera de encina. Arregladas de ese mo-

* México á través de los Siglos. T.º 1.º, pág. 764.

do las colocaban después dentro de unos calabazos y se distribuían á los *timiniecha* «unas cazuelas y unos cañutos de sahumerio.» Estas cazuelas, especie de incensarios, las llevaban al hombro los citados sacerdotes y procesionalmente se dirigían todos á las casas de los papas ó sacerdotes, en cuyas puertas colgaban dichos calabazos los sacrificadores. Á ese mismo lugar reconocían los ministros del culto, cuyo oficio era llevar á cuestras á los dioses, y entonces se tañían las trompetas en la parte más elevada de los templos. Llegada la media noche, que conocían inspeccionando el firmamento y viendo la posición del planeta Venus, prendían un gran fuego enfrente de las casas señaladas, colocando de cierta manera unas rajas de leña junto á él y sobre ellas ponían los calabazos.

Á poco tiempo de ejecutado lo antedicho se presentaba el sacerdote *Hiripati*, quien se acercaba á la hoguera y, tomando en sus manos las pelletas de olores, las presentaba al *dios del fuego* y le dirigía esta oración: «tu, *Dios del fuego*, que apareciste en medio de las casas de los papas, quizá no tiene virtud esta leña que hemos traído para los cues, y estos olores que tenemos aquí para darte: recíbelos tu que te nombras primeramente *Mañana de oro*, y á ti *Uréndecavécara*, dios del lucero, y á ti que tienes la cara bermeja, mira que con grita trujo la gente esta leña para tí.» Á continuación decía el nombre de todos los caciques ó reyezuelos sus enemigos, y proseguía: «tu, Señor, que tienes la gente de tal pueblo en cargo recibe estos olores, y deja alguno de tus vasallos para que tomemos en las guerras.» Seguía luego nombrando á los sacerdotes y sacrificadores de los pueblos enemigos, empezando con los de México y después los de las fronteras. Terminada esta oración, que duraba largo tiempo, llegaban los otros sacerdotes y sacrificadores junto al mismo fuego, y con las pelletas de olores en sus manos hacían *la ceremonia de la guerra*. Consistía ésta en que los sacerdotes llamados *cuiripecha* echasen incienso en los braceos, pretendiendo con eso que sus dioses afligiesen con enfermedades á los pueblos enemigos que trataban de conquistar.

Tal ceremonia la acompañaban con esta súplica: «ó *Dioses del quinto cielo*, como no nos oireis de donde estais, porque vosotros sois solos reyes y señores, vosotros solos limpiáis las lágrimas de los pobres!»

Esta misma oración la repetían y elevaban á *las cuatro partes del mundo* y al *infierno*, haciendo durante dos noches seguidas la ceremonia de la guerra. Terminadas las preces echaban todas las pelletas de olores en los fogones dichos, y á la hora que tal cosa se ejecutaba en la capital, se hacía también en todos los *cúes* del reino por los sacerdotes llamados *hiripacha*.

En llegando el día de la fiesta de *Anziñascuaro* se ataviaba el rey con sus vestidos de guerra y luego mandaba sus correos ó *vaxánocha* con órdenes á todos los pueblos para que se previniesen y acudiesen á la guerra. Estos emisarios convocaban á una junta general y allí exponían las órdenes de que eran portadores. La noche del día en que tal cosa sucedía se ejecutaba toda ella la ceremonia de la guerra, tal cual queda descrita, ante el dios principal del pueblo.

Á la mañana subsecuente partía el cacique con su gente y principales, que iban con categoría de jefes, sin permitir les acompañase mujer alguna y llevando cada cual consigo provisiones de boca, algunos objetos de indumentaria y armas ofensivas y defensivas. Especifica la «Relación» ambas cosas diciendo eran «harina para beber en un brevaie, cotaras, jubones de algodón y rodela y flechas.»

Repartía el rey todo su ejército en diversas secciones, y á la vez se atacaban á los enemigos en sus fronteras; una parte daba sobre los othomfes que guardaban las de *México* y otros sobre *Cuynaho*.

Los espías tenían especial cuidado de investigar la topografía del pueblo y sus alrededores para saber las entradas y salidas de él; así como también los ríos, arroyos y pasos peligrosos.

Cuando todo el ejército estaba acampado, los dichos espías dibujaban en el suelo *el plano* del pueblo que se iba á atacar, y lo explicaban al jefe; éste, á su vez, lo hacía á sus subalternos y éstos á la tropa.

Los espías habían ya con anticipación colocado en algunas sementeras, junto á los *cués* ó la casa del señor del pueblo, algunas pelotillas de olor, plumas de águila y dos flechas ensangrentadas, con objeto de maleficar al pueblo y asegurar la victoria á los suyos.

Hecho todo eso dividían á la gente en escuadrones y comenzaba el asalto, ya en las sementeras, en los montes ó en los caminos; y para que los prisioneros no diesen voces de alarma, les tapaban la boca con unas como *jáquimas* de animales y así los conducían al real y de allí á la ciudad.

Cercano á ésta salían á recibirlos los *curitiecha* y los *opitiecha* con unas lanzas al hombro y unos calabazos á las espaldas, precisamente en el lugar donde había dos altares dedicados á poner en ellos á los dioses que les habían acompañado en la guerra.

Los prisioneros eran recibidos por los sacerdotes con alhagos y reverencias; les saludaban y cantaban y así los conducían á presencia del rey, quien les daba de comer á todos, conduciéndolos después á la cárcel llamada *Curucéquaro*, donde permanecían hasta el día en que debían ser sacrificados.

(En este lugar contiene el MS. de la «Relación» una pintura que representa al *Hiripati* en el local especial de la casa del rey haciendo las pelotillas de olor ó quemándolas en honor de sus dioses. Pudiera ser también el acto de ejecutar la ceremonia de la guerra. El sacerdote tiene en su espalda el calabazo, símbolo de su dignidad. En otro lugar de la pintura se mira un combate en una sementera ó plantío de magueyes y nopales).

LÁMINA 13.^a

Lo atrás referido se ejecutaba á la manera dicha cuando se atacaban, á la vez, algunos pueblos fronterizos; mas cuando se intentaba la formal conquista de una región ó de una población grande y populosa, se hacían preparativos y ceremonias en esta forma:

En la fiesta llamada *Hicuándiro* ordenaba el rey que de todas las provincias á él sujetas enviasen cantidades de leña para los *cués* de la ciudad capital.

Diez días era el término asignado para ello, así como también para que ella fuese dispuesta en grandes montones en los patios que circuían á los mencionados *cués*.

Llegaban á la capital todos los caciques de los pueblos trayendo los dioses de éstos, que portaban en hombros los sacerdotes de ellos, revestidos con los mejores atavíos de su dignidad, y en riguroso orden ascendían á los templos y en ellos depositaban sus deidades.

Los *guanga* ó valientes hombres poníanse igualmente la vestimenta de gala, propia de su rango, embijándose todo el cuerpo de color negro y colocándose en las cabezas guirnalda de cuero de venado ó de plumas de pájaros.

Á cada uno de estos *guanga* se le encomendaba el mando de un barrio, que era, según dice la «La Relación,» á manera de una capitania, acompañándole un principal que conocía á todos los de esa sección y llevaba la cuenta de ellos.

Acompañaban á las tropas tarascas, en esta clase de expediciones, todas las tribus sujetas al rey tarasco, tales como los chichimecas, othomíes, matlaltzingas, vetamaecha, chontales, los de Tuxpan, Tamazolan y Zapotlán.

Mandaba á todo el ejército un capitán general ayudado por un teniente.

Cada soldado llevaba un repuesto abundante de saetas, arcos y rodela, harina de maíz, *curundas* ó tamales, calculando eso para el tiempo de la expedición.

El *Cazonci* cuidaba de enviar ofrendas para los dioses que, acompañando á su ejército, iban á la guerra.

Por el camino iban recibiendo los soldados toda clase de bastimentos y así tenían siempre intacta una porción de vituallas para cuando esas no pudiesen reponerse.

Cuando el ejército se acercaba al lugar de antemano señalado para asentar el real, todos se apresuraban á tiznarse y vestirse con atavíos militares: unos se ponían penachos de garzas blancas, otros plumas de águila y algunos plumas rojas de papagayo.

Los de la ciudad capital tomaban doscientas banderas de su dios *Curicaveri* formadas con plumas blancas; los de *Coyuca* unas cuarenta banderas y otras tantas los de *Pátzcuaro*.

Los hombres valientes (*guanga*) tomaban cuarenta varas fuertes de palo, de dos brazas de largo y con unos ganchos en su punta: el resto de la gente, á más de arcos y flechas, portaba una perra de encina. Muchas de éstas tenían puntas agudas de cobre.

Las rodelas estaban generalmente adornadas con plumas; las blancas eran símbolo de *Curicaveri*, y otros las llevaban con plumas rojas de papagayo, y algunos con las hermosísimas verdes y doradas del colibrí ó *tzintzun*.

Los capitanes vestían jubones acolchados de algodón con ricas plumas por adorno, y los plebeyos tenían solamente un peto de lo mismo sin adorno alguno.

Arreglado que estaba el real ó campamento, y vestidos todos con sus divisas é insignias militares, se llegaba á todo el ejército el capitán general que representaba al rey; iba vestido del modo siguiente: en la cabeza tenía un gran plumaje de color verde, á las espaldas una gran rodela de plata, un carcax de cuero de tigre, orejeras de oro, brazaletes de lo mismo, jubón rojo, un mástil arpado de cuero por los lomos, cascabeles de oro en las piernas y un cuero de tigre, de cuatro dedos de ancho, en la muñeca.

Los caciques y principales, con sus gentes, le formaban ancho semicírculo dejándole lugar aislado y visible en medio de él. Tomaba entonces este jefe su arco y flecha en la diestra mano, y precedido de cinco sacerdotes de *Curicaveri*, cuatro de *Xaratanga* y todos los *guanga*, se dirigía al campamento, y después de saludar á los caciques tomaba asiento en la parte media de aquel semicírculo por ellos formado y les dirigía esta larga plática:

«Señores chichimecas del apellido de *Eneami* y *Zacapuhireti* y *Vacanas* que sois venidos aquí; ya hemos traído á nuestro dios *Curicaveri* hasta aquí, puniéndole encima la leña y rama que le habemos hecho su estrado de rama hasta aquí, á este camino; ya nuestros dios *Curicaveri* y *Xaratanga* han dado sentencia contra nuestros

enemigos, y aqui han venido los *dioses* llamados *primogénitos* y los *virabanecha*. Como chichimecas, ¿no os parece que ha dado sentencia *Curicaveri* y los dioses, pues que tantas ofrendas les dimos estando en los pueblos y segun la leña que trujimos para los fogones y los olores que echaron en los fuegos los sacerdotes con que despedimos á los dioses que venian á la guerra? Aqui, pues, han de venir los *Dioses del cielo*, donde está la traza del pueblo que habemos de conquistar, aqui donde hay leña para los fuegos en cuatro partes, donde han de venir las *águilas reales* que son los *dioses mayores*, y las otras *águilas pequeñas* que son los *dioses menores*, y los gavilanes y alcones y otras aves muy ligeras de rapiña, llamados *tintivápema*; aqui nos favorecerán los dioses del cielo, esto es ansi, vosotros jente de los pueblos que estais aqui, mirad que está contando los dias el *Cazonci* nuestro rey para que demos batalla á nuestros enemigos! Como le habemos de contradecir? Y los señores tienen por mal que se pierda la leña que se trujo para los ques: pues estamos aqui de voluntad, vosotros caciques y vosotros los que estais aqui de las fronteras, y vosotros principales de la cibdad de Mechuacan (Tzintzuntzan) y Patzcuaro y Coyúcan, oid esto caciques que estais aqui, porque yo tengo cargo de encomendar la leña de los ques: he aqui la *traza* de los pueblos que se han de conquistar.»

Era entonces cuando el general mostraba á todos los principales jefes, y éstos á los soldados, el *plano* del pueblo ó provincia que iban á conquistar y habían dibujado en el suelo los espías, cómo y cuándo queda atrás dicho. Continuaba después el jefe supremo su discurso así:

«Esto es lo que le dijeron á nuestro dios *Curicaveri* cuando le engendraron, que vaya con sus capitanaías en órden, de dia, y que vaya en medio nuestra diosa *Xaratanga*, y los *dioses primogénitos* que vayan á la mano derecha, y los *dioses virabanecha* que vayan á la mano izquierda, y todos irán de dia donde les es señalado, á cada uno donde tiene la gente de sus pueblos. Mirad, pues, vosotros, jente común, que no quebranteis estos mandamientos y que no os apartéis de vuestros escuadrones, porque si os fuereis á alguna parte ó contradijéremos el mandamiento del *Cazonci*, aparejaos á sufrir vosotros caciques y jente comun: ya con esto cumplo, y ya estoy libre de lo que me mandó el *Cazonci* y de las palabras que traje con nuestro dios *Curicaveri*.»

Así terminaba el discurso del general en jefe y todos lo aprobaban, después de lo cual tomaba éste asiento.

Á continuación se levantaba el señor de *Coyuca* y hablaba en estos términos:

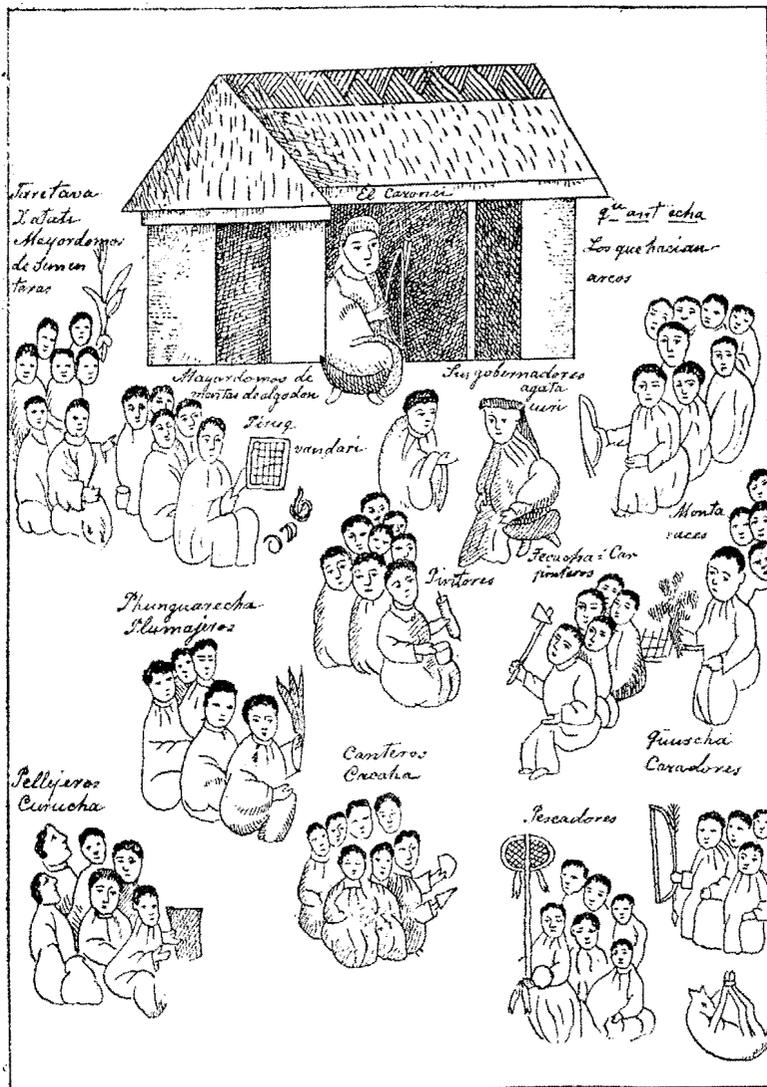
«Ya habeis oido al que está en lugar de *Curicaveri*; ya ha cumplido con lo que os ha dicho: no lo tengais en poco vosotros los de *Mechuacan, Coyuca y Patzcuaro*, y vosotros, caciques de todas las *cuatro partes* de esta provincia, y vosotros *matlatzincas, otomies y ocumiecha y chichimecas*; yo en esto que os digo no hago mas de aprobar lo que ha dicho el que está en lugar de nuestro dios *Curicaveri*, que es el *Cazonci*, si de miedo de los enemigos os volveis, mirad que nuestro rey hizo oracion en la casa de los papas, mirad que no tornaremos todos á los pueblos, que algunos morirán en esta batalla, y á otros les pondrán el palo y la piedra en el pescuezo, que son los rebeldes en el camino, que los matarán si tuvieren en poco esto que les ha sido dicho: por esto aparejaos á sufrir vosotros, caciques, dónde habemos de morir? Sea aquí donde muramos, porque la muerte que morimos en los pueblos es de mucho dolor, sea aquí nuestra muerte. Donde habeis de conseguir vosotros los bezotes de piedras turquesas y guirnaldas de cuero, y los collares de huesos de pescados preciosos si no aquí? Paraos fuertes en vuestros corazones, no mireis á las espaldas á vuestras casas; mirad que es gran riqueza que muramos aquí como hermanos. Sentid esto que os digo, vosotros, gente de los pueblos.»

Recobraba su asiento el señor de *Coyuca* y entonces dejaba el suyo el *Señor de Patzcuaro* para hablar al ejército en estos términos:

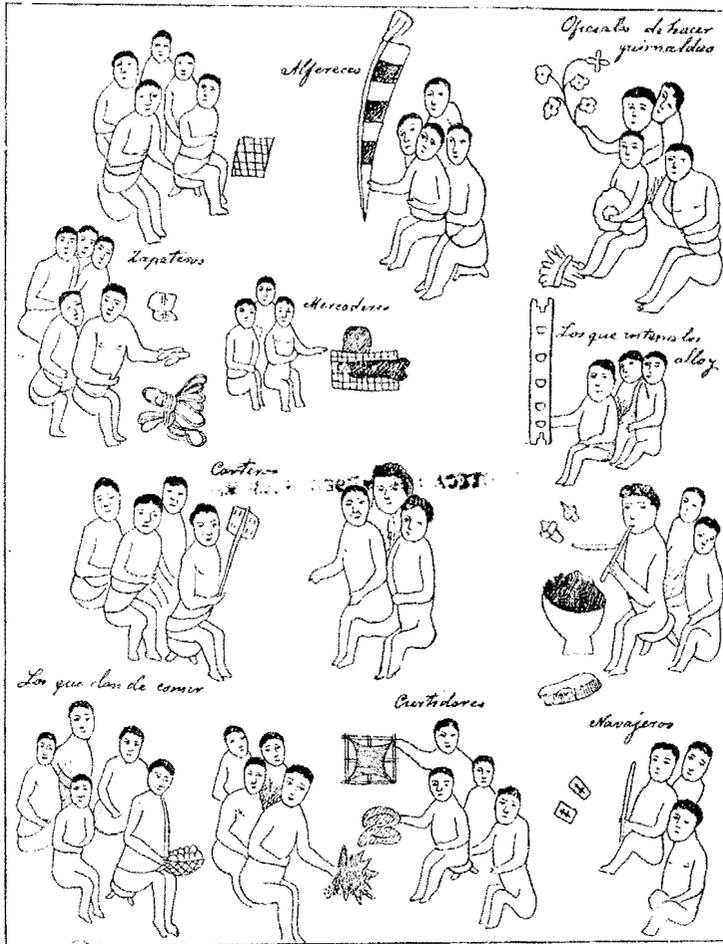
«Ya habeis oido lo que nos dijo el que está en lugar del *Cazonci*, y lo que os dijo el señor de *Coyuca*, y yo apruebo lo que os han dicho, porque nuestro dios *Curicaveri* tiene su señorío en *tres partes*; mirad caciques que no os hallais como de burla en esta batalla; mirad que no sea responder todos á bulto que traeis todos vuestra jente; que quizá serán valientes hombres nuestros enemigos; basta esto que os he dicho.»

Terminando de hablar recobraba su asiento y entonces se levantaba del suyo el cacique de *Jacona* y les peroraba así:

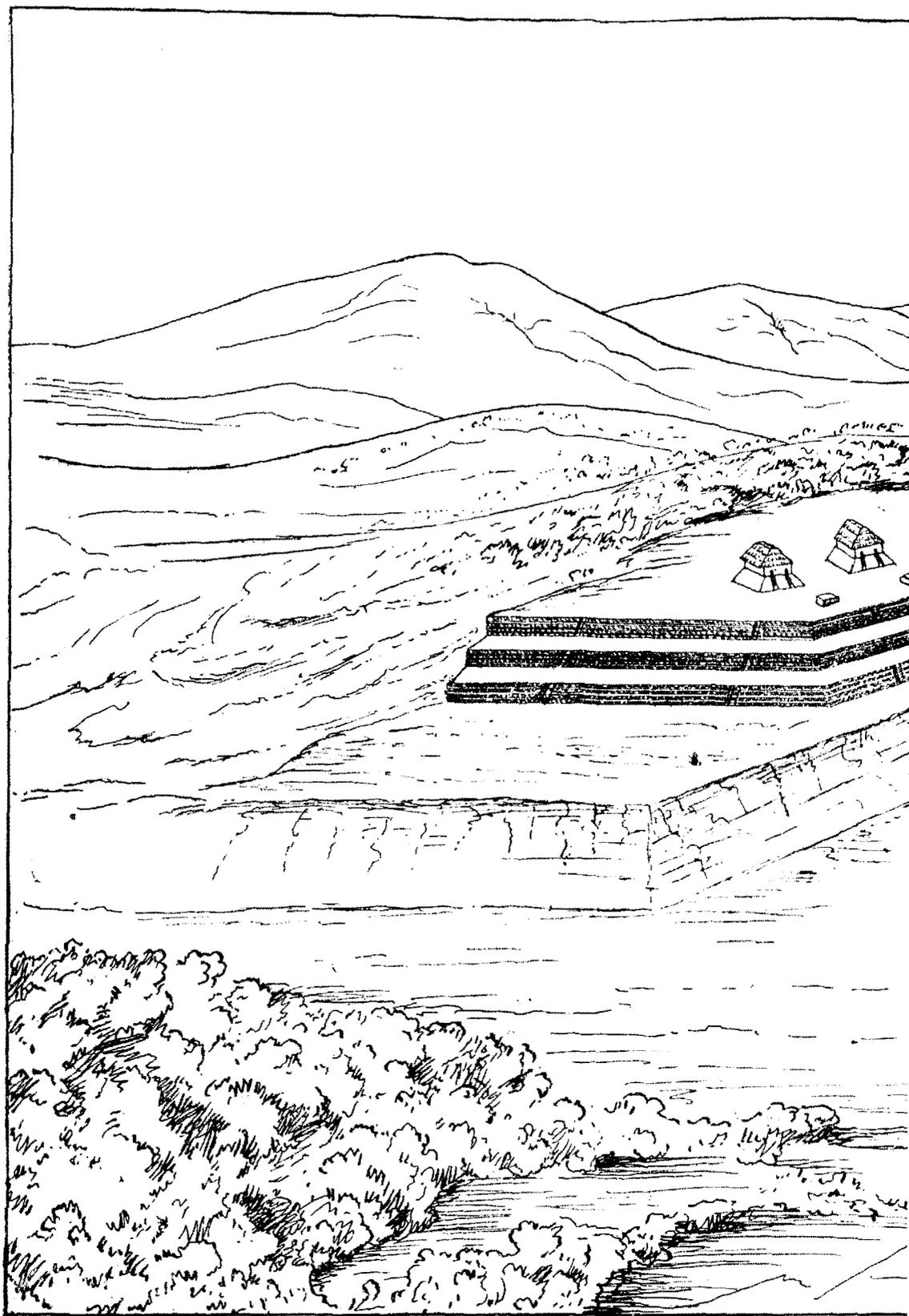
«Ya habeis oido al que está en lugar del *Cazonci* y estos señores, y esto que os decimos aquí en esto no ois á nosotros sino al *Cazonci*, al que trajo leña para los cues hasta este lugar; habeis traído á nuestro señor y rey *Curicaveri*, al cual tenemos por riqueza de estar á sus espaldas. Mirad con cuanto dolor y trabajo han andado los espías quebrando el sueño de sus ojos y con el rocío por las piernas, por mirar y buscar las sendas por donde ha de ir nuestro dios *Curicaveri* á dar batalla á este pueblo; mirad que no os hagais como de burla, si no cativáredes ó matáredes los enemigos, no será sino por el olvido que tuvisteis con las mujeres en vuestros pueblos por los pecados que hecisteis con ellas, y por no entrar á la oracion



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



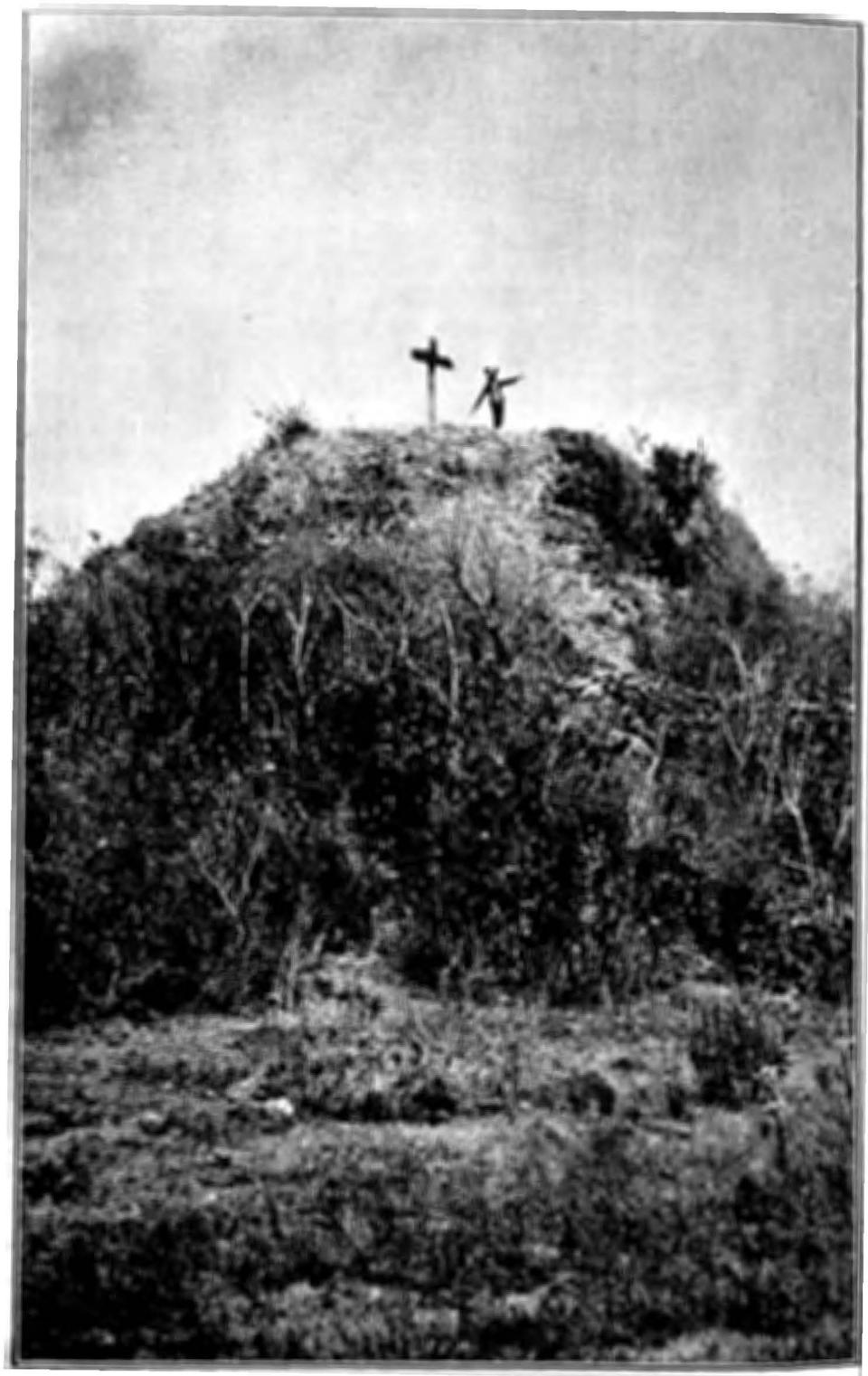
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



TEMPLO MAYOR DE LOS INDIOS TARASCOS EN PÁTZCUARO. *Rea*



construido por el Dr. N. León y dibujado por el Ingeniero F. Prado y Tapia.



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL

en la casa de los papas, y no entrabades de voluntad para hacer penitencia y teniades en mucho ayuntaros con mujeres.

Mirad no mireis atrás á vuestros pueblos, mirad no os volvais, que si os volviéredes ó quebráredes esto que os han dicho, aparejaos á sufrir: no volvais la cabeza á vuestras mujeres con quien estais casados, ni á vuestros padres viejos, esforzad vuestros corazones, muramos, que toda es una muerte la que habiamos de morir en los pueblos y la que muriremos aquí donde habeis de ir: por esto sois varones. No quebreis estas palabras, ya están todos vistos los pasos que han visto los espías en los pueblos de los enemigos, esto es lo que os hábia de decir, ya estoy libre de ello.»

Terminada su peroración se dirigía al lugar donde estaba pintada *la traza* del pueblo, y que habían dibujado los espías.

La explicaba á todos los capitanes y á su gente, y así que ellos estaban bien informados de la topografía del lugar, ordenaba el capitán general todo el ejército en esta forma:

Al frente ponía á todos los guerreros valientes de la ciudad de *Mechuacan* (Tzintzuntzan) y con ellos á los sacerdotes que portaban á *Curicaveri* y *Xaratanga* con los otros dioses mayores, arreglándolos en dos filas, una á la derecha y otra á la izquierda; dividían el resto del ejército en escuadrones, con sus dioses y banderas cada uno, formando seis de éstos una columna y en medio de todos ellos marchaba un escuadrón de cuatrocientos hombres y el dios *Phunguariacha* ó de los corredores.

Atacaba la vanguardia, ó sea este escuadrón de cuatrocientas plazas, desde luego y con gran vigor al pueblo, poniéndole fuego á los edificios que podían, y en lo más empeñado del ataque fingían que huían ó caían al suelo, simulando estar heridos y enfermos. Se valían de este ardid para que sus enemigos saliesen del pueblo y los persiguiesen, viendo cuan pocos eran en número.

Los demás escuadrones estaban ocultos, constituyendo cada una de sus agrupaciones otras tantas celadas y hacia ó al centro de ellos, con la fingida derrota, procuraba el escuadrón susodicho atraer á los enemigos.

Obtenido esto por medio de una humareda ó toque de instrumento especial, daba el atalaya la señal de acometer. Inmediatamente los capitanes decían «levantaos todos,» y al punto se unían todas las celadas tomando en medio de ellas á cuantos en persecución de su vanguardia habían salido del pueblo.

El total de muertos y cautivados por esta maniobra era grande, haciendo ascender su número los relatores del documento que nos sirve de guía hasta 8, 10 y 16,000.

El pueblo todo era destruído: las mujeres, viejos y muchachas,

cautivadas: muchos guerreros muertos, y todos los supervivientes conducidos á *Tzintzuntzan*, *Pátzcuaro* y otros pueblos principales en donde eran sacrificados en aras de *Curicaveri*, *Xaratanga* y los demás dioses.

Los viejos, las viejas, los pequeños y los heridos, es decir, todos los inutilizados, los sacrificaban en los linderos del pueblo conquistado; allí mismo cocían sus carnes y se las comían.

Los mozos y las mujeres de buena edad quedaban de esclavos y los utilizaban, principalmente en el laborío de las sementeras.

LÁMINA 14.^a

(Ilustra á la «Relación» en este particular una pintura en la que se miran: el ejército formado, escuchando la peroración de su jefe, que en pie le dirige la palabra. En la parte libre del semicírculo se nota *la traza* ó plano del pueblo por conquistar. En un montecillo está un espía atizando una fogata; en el resto de la pintura se ven todos los incidentes de la guerra).

Todo lo relatado pasaba en la conquista de algún pueblo enemigo; mas cuando por circunstancias especiales el rey quería destruir y no subyugar á alguna población, procedía de este modo: Pedía á todo el reino leña para los templos y venían los caciques de todas las provincias con los guerreros que de antemano se les asignaba. Desde *Tzintzuntzan* hasta el lugar en donde se había de asentar el real se formaba un camino llano y espacioso por enmedio del cual caminaban los principales jefes con sus ayudantes y el resto del ejército iba por ambos lados.

Así que llegaban al lugar señalado anticipadamente, arreglaban los escuadrones, poniendo á los dioses más principales en el centro y con dirección al pueblo que se trataba de asolar, en tanto que el resto de la tropa, con sus respectivos dioses cercaba á aquél. Dada la señal acometían todos poniendo fuego desde luego á los edificios y sementeras, procediendo á cautivar y matar á toda la gente de cualesquiera edad, sexo y condición que fuesen; á los viejos, viejas, niños y heridos los sacrificaban, como queda dicho atrás, y en ese mismo lugar entregaban los soldados todas las joyas de oro, plata, piedras preciosas y plumajes que hubiesen pillado en su asalto, reservándose solamente las mantas y objetos de cobre.

Luego que el rey recibía la noticia de la victoria alcanzada daba grandes muestras de regocijo.

Cuando algún pueblo temía tener el triste fin de otros, se presentaba por medio de emisarios al *Cazonci* diciéndole: «seamos to-

dos unos y crescentemos las flechas de *Curicaveri*, pues que dicen son muy liberales los *chichimecas*,» presentando después un regalo de objetos de oro y otras joyas al *Cazonci*. Aceptaba éste el obsequio y vasallaje y los despedía acompañados de un *guanga* y un intérprete para que en llegando al pueblo juntase á toda su gente y declarase la liberalidad del rey chichimeca y les dijese cómo los había recibido por hermanos.

LÁMINA 15.^a

(Muestra la pintura que ilustra esta parte del MS. las terribles escenas del asolamiento de un pueblo).

Si alguno de los caciques moría en las guerras, manifestaba el rey gran tristeza y exclamaba frecuentemente: «mataron los dioses á los nuestros para probarnos como mantenimientos.» Procuraba manifestar á sus viudas el grande aprecio que tenía á sus deudos difuntos y les regalaba mantas.

Apenas estas viudas sabían la suerte de sus maridos cuando comenzaban á dar de gritos y á mesarse los cabellos metiendo gran bulla en sus casas; pasada esta primera explosión de dolor se ponían á hacer unos bultos de mantas con cabezas de figura humana, vistiéndolos con ropas, y llevándolos de noche ante los *cués*, los ponían en hilera junto á los fogones de los ídolos. Allí los adornaban con plumajes rojos y guirnaldas de cuero, y colocaban entre ellos muchas ofrendas de pan y vino, á la vez que tañían cornetas y caracoles.

Después de esta ceremonia incineraban aquellos bultos y quizá también á los cadáveres, colocando las cenizas dentro de unas ollas, juntamente con sus arcos y flechas, acabando por enterrar todo aquello.

Se reunían después todos los parientes del muerto en su casa y se consolaban con estas ó semejantes frases: «como han querido hacer los dioses que ya murió, y se desató allá, murió en la guerra, hermosa muerte es, y de valentía, es como nos dejó, ¿cómo otra vez vendrá el pobre? A la viuda la consolaban y hablaban de este modo:» está y vive en esta casa algunos dias; está viuda algunos dias, mirando como va tu marido camino, y no te cases: barre el patio para que no salga yerba, no tornes á desenterrar á tu marido con lo que dijeren de ti, si eres mala, porque era conocido de todos tu marido, y á ti te hacia conocer por él: eres conocida.»

Igual ceremonia se practicaba con los soldados de la clase del pueblo que sucumbían en la guerra.

LÁMINA 16.^a

(La pintura manifiesta, en una parte, la translación de los muertos en el campo de batalla, y en la otra la ceremonia ante los *cués*).

Cuando moría algún cacique en la provincia que gobernaba, venían á ver al *Cazonci* sus hermanos y parientes, trayéndole el bezote de oro, orejeras, brazaletes y collares de turquesas, que eran las insignias de la dignidad que tenía el difunto, y que las había recibido del rey. Al entregar tales joyas decían al rey: «ya murió el pobre; sea como los dioses lo han querido; barra su mujer su casa y esté aderezada como si fuese vivo, y porque no se desperdicie ni divida la gente del pueblo, pruebe yo á tener su oficio.»

Presentaban en seguida cinco ó seis parientes del muerto, hermanos, hijos ó sobrinos, y preguntaba el rey: «quién de éstos será?» «Señor, respondían, tú lo has de mandar.» Por lo común, el electo era el más discreto, aquél que, según su modo de hablar, *tenía más tristezas consigo*, es decir, el más lleno de experiencias de la vida.

Mandaba entonces llamar al *Cazonci* á los sacerdotes *curitiecha* y les decía: «llevadle al pueblo y contadle la gente que ha de tener en cargo» mandando entregarle, además, nuevo bezote, orejeras y brazaletes, y al recibirlos, el rey así le hablaba: «tomad esto por insignia de honor, que traerás contigo;» óyeme esto que te digo. «Sé obediente y trae leña para los *cués*, porque la gente comun esté fija, porque si tú no traes leña ¿qué ha de ser de ellos si tú eres malo? Entra en las casas de los papas á tu oracion, y retén los vasallos de nuestro dios *Curicaveri*, que no se vayan á otra parte, y no comas tú solo tus comidas, mas llama la gente comun y dáles de lo que tuvieres: con esto guardarás la gente y los regirás. No hagas mal á la gente porque te tengan reverencia; ya has oído esto que te he dicho, vete á tu casa.»

El cacique respondía: «será, señor, como mandas, quiero probar yo cómo lo haré.»

Después el gobernador ó el sacerdote mayor le amonestaba con estas palabras: «vete, hermano, y ya has oído al rey, no se te olvide lo que te ha dicho, no tomes las mujeres del cacique muerto, y vee que tú has de entender en las guerras.» «Sea así, abuelo, replicaba, ya me iré.»

Acompañado por el sacerdote dicho y con regalos de mantas para él, que le daba el rey, y de enaguas para su mujer, partía el nuevo cacique á su provincia, y en llegando al pueblo congregaba á toda la gente para que saludase al *curitiecha*, quien estando en pie, después de presentarles á su nuevo señor, les arengaba así:

«Oidme, gente del pueblo, ya murió el pobre de vuestro cacique que os tenía en cargo, cómo, ¿matóle alguno con alguna cosa? Ninguno le mató, mas él murió de su muerte natural y de su enfermedad, lo cual supo el rey y mandó á este que está aquí, que os ha de tener á todos en cargo; no le desobedezcáis por ser muchacho, pues que se quejará al *Cazonci* y os mandará matar: obedecedle y entrad en la casa de los papas á vuestras velas, y tened fuertemente sus azadas, no seáis perezosos, traed leña para los *cués*; mirad que este oficio de caciques *lo instituyeron* en los que esto hacían los señores *Hiripan* y *Tangaxoan*: *ellos lo empezaron*, ninguno lo finió en los tiempos pasados.»

Continuaba el sacerdote amonestando al nuevo cacique para que tratase bien á su pueblo; luego lo hacía con los principales, recomendándoles adhesión y ayuda á su jefe. Respondía éste con otro razonamiento y le contestaba uno de los más viejos del pueblo, que tanto se refería á lo dicho por el sacerdote como á lo arengado por el cacique, concluyendo por exhortar al pueblo.

Terminada esta ceremonia se sentaban todos á comer, yendo después el cacique con toda la gente á la casa de los papas á hacer oración por *cuatro días y cuatro noches*, al cabo de los cuales, siempre acompañado por su pueblo, iba al monte á traer leña para los *cués*.

Por final de todo despedía al *curiti*, regalándole mantas, jícaras y guirnaldas de hilo.

De regreso éste en *Tzintzuntzan* daba cuenta de todo lo ocurrido al rey, quien lo aprobaba.

LÁMINA 17.^a

(La pintura que ilustra este pasaje manifiesta al *Cazonci* sentado y recibiendo las joyas del difunto cacique, que una persona le presenta. En otro lugar están los parientes del difunto en conferencia, y á su lado se ejecuta la incineración del cadáver de su deudo. Hacia arriba se mira al *curiti*, en pie, arengando al nuevo cacique y al pueblo que le rodea.)

Cuando el rey determinaba casar alguna de sus hijas ó hermanas, las mandaba ataviar con sus mejores ropas y joyas. Llamaba después á un *curiti* que, acompañado por otros sacerdotes, llevaba á la mujer á la persona que el rey indicaba.

Ésta iba con un gran acompañamiento de otras mujeres, que le llevaban sus alhajas, petacas y demás objetos de su personal uso.

Así que llegaban á la casa del elegido por el *Cazonci*, que de

antemano estaba avisado, ponía éste en el suelo muchos petates nuevos y la comida, y esperaba acompañado de todos sus parientes.

En llegando la desposada se sentaban todos, quedando ella y su futuro frente á frente, y entonces el sacerdote les decía: «he aquí esta señora que envía el rey, yo os la traigo, no riñais, sed buenos casados, bañaos el uno al otro.» Luego se dirigía á la mujer diciéndole: «Has de dar de comer á este señor y hazle mantas y no riñais: sed buenos casados, y entrando alguno en vuestra casa dadle mantas: dice el rey que lo que vosotros diéreis él lo dá. Que él no puede acordarse de todos los caciques y señores para darles mantas y hacerles mercedes y á la demás gente; pero que para ello estás aquí tú, señor, que eres su hermano.» Contestaba el agraciado que de buena voluntad recibía á aquella señora por mujer y que estaría siempre gustoso á las órdenes del *Cazonci* en todo y por todo.

Seguía luego la comida, al cabo de la cual se despedían los sacerdotes é iban á dar cuenta al rey de todo.

Con los nobles de poca categoría se efectuaba el casamiento así: estando borracho el *Cazonci* decía: «cásese fulano con tal mujer, porque tengo necesidad de su ayuda y esfuerzo.»

Daban entonces á ella su ajuar y la llevaban los sacerdotes y entregaban al señalado, sin más ceremonias.

(La pintura que debía ilustrar la parte del texto en la «Relación,» falta en el MS.)

Otra práctica se observaba por los nobles entre sí, en materia de matrimonio.

Cuando uno de éstos quería casar á un hijo suyo con la hija de otro de su clase, enviaba á un mensajero con un presente al padre de la pretensa y por su conducto solicitaba la hija para su hijo ó pariente.

Después de consultarlo el padre de ella con las mujeres de su casa, daba el consentimiento para ello.

Señalado el día del matrimonio, ataviaban á la joven y le preparaban su ajuar, llevando, además, mantas para el esposo, camisetas y hacha para que cortase la leña que debiera llevar á los *cués*, con más las esteras y cinchos para cargarla en sus espaldas. Llevaba también un acompañamiento de mujeres que portaban todos sus utensilios femeniles, y un sacerdote iba al frente de toda la comitiva.

En la casa del pretendiente estaba preparada una gran comida, compuesta de tamales rellenos con frijoles molidos, que era el pan de la boda; muchas mantas, jícaras, enaguas, adornos, joyas, cántaros, ollas, maíz, chile y los trojes llenos de semillas comestibles.

Juntos todos los parientes esperaban á los que venfan, y después de saludar al sacerdote, ponfan á la doncella en medio del aposento, diciendo luego el ministro estas palabras: «esta envfa tal señor, que es su hija; plegue á los dioses que digais verdad en pedir-la; sed buenos casados.» Cotinuaba exhortando á ambos á que fuesen prudentes, trabajadores y nunca faltasen á la mutua fidelidad.

Seguía á lo dicho la comida, pasando después á ver las sementeras que el padre del contrayente daba á ambos y los demás muebles de su casa. Al sacerdote daban algunas mantas de regalo, así como también á las mujeres que acompañaron á la recién casada. El padre de la mujer recibía de parte del de el varón un especial obsequio.

Todos los nobles se casaban siempre con sus parientes, sin mezclar para nada sus familias con las de otros, ni menos con las de los plebeyos.

LÁMINA 18.^a

(La pintura de la «Relación» muestra el casamiento de un noble con otro noble. De la casa de la mujer sale ésta conducida por el viejo intermediario, marchando al frente de ellos el *curiti*. Los parientes del varón les esperan con la casa preparada y la comida, utensilios domésticos y vestidos, todo lo cual se muestra en la pintura).

La gente del pueblo tenía menos ceremonias en sus matrimonios; éstos se consertaban entre ambas familias, y sin más ceremonia entregaban la mujer al pretendiente, con todo su ajuar de indumentaria. El padre de ella la amonestaba previamente, exhortándola al trabajo, obediencia y fidelidad á su marido.

La «Relación» menciona otros modos de unión matrimonial, principalmente entre los plebeyos, y eran los que se casaban *por amores*, sin dar cuenta á sus padres, consertándose entre sí; otros, que desde pequeños se designaban para casarlos sus padres ó sus parientes; de algunos que tomaban por mujer á una que tuviese hija, para que cuando fuera moza se casase con ellos, dejando á la madre; otros más se casaban con sus cuñadas.

Costumbre general era entre los matrimonios normales que ambos contrayentes guardasen castidad por *cuatro días*, y durante ellos el varón iba al monte á traer leña para los *cués*, y al regresar á su casa la mujer barría un gran trecho del camino «y esto era oración que hacían por ser buenos casados, y por durar en su casamiento muchos días.»

Si era noble la mujer, sus criadas la cubrían, y si eran plebeyos uno al otro se cubría.

LÁMINA 19.^a

(La ceremonia descrita es la que ilustra esta pintura de la «Relación.»)

El matrimonio estaba prohibido entre los hermanos de padre y entre la tía y el sobrino; en todos los demás grados de afinidad ó consanguinidad era permitido.

Cuando el matrimonio no se avenía, hacíanlo saber al sacerdote llamado *Petámuti*, quien los amonestaba á que fuesen buenos casados, diciéndoles: «por qué reñis? cesad, tornad á probar cómo os habréis de manejar, mirad que teneis hijos,» y reprendía al que encontraba culpable.

Si la desavenencia continuaba volvían al mismo *Petámuti* y volvía éste á amonestarlos. Si repetían su queja, por tercera vez, los autorizaba á separarse y á que tomase el varón nueva mujer.

Si alguno encontraba á la mujer en adulterio, lo avisaba á ese mismo ministro y la mataban; si él era el culpable le quitaban la mujer los padres de ella y la casaban con otro.

Cuando el divorciado y vuelto á casar volvía al sacerdote con quejas de su nueva mujer, mandaba encarcelar á ambos, y no autorizaba la separación.

Sucedía que alguno tuviese dos mujeres y que una de ellas pretendía separarlo de la otra; en este caso iba á ver al médico llamado *xurhica* para que con sus hechizos lo apartase de aquélla. Para tal fin procedía de este modo: tomaba dos granos de maíz y una jícara con agua; arrojaba á éstos en ella, y si se sumergían juntos, era señal de que los casados debían permanecer como estaban. Si ellos se separaban decía el *xurhica* que apartaba de aquel hombre la mujer y le juntaba con la otra.

Cuando el rey llegaba á una edad muy avanzada, hacía que el heredero que debería sucederle en el trono comenzase á gobernar en su nombre.

Enfermándose de muerte mandaban llamar á todos los médicos del reino y que viniesen á curarle. Si la gravedad y peligro eran inminentes ordenaban se presentasen en la corte todos los caciques, señores y valientes hombres, los gobernadores y empleados de alguna categoría. Si alguno no acudía al llamado se le tenía por traidor.

Si el estado de enfermedad lo permitía, todos le saludaban y ofrecían sus presentes; mas si la gravedad era suma, nadie se acercaba al enfermo y todos ellos permanecían en el patio de la real habitación y dejaban sus regalos en un portal, donde sobre la silla del rey estaban las reales insignias.

Así que moría el *Cazonci*, todos los grandes que estaban en el patio daban grandes voces llorando por él, y como entonces quedase la entrada franca, entraban ellos á la cámara mortuoria.

Estos mismos procedían á ejecutar el aseo y adorno final del cadáver.

Comenzaban por lavarlo cuidadosamente, haciendo que ejecutaran lo mismo aquellos que debieran ser sus compañeros en la tumba; después vestían el cuerpo de esta manera: poníanle sobre las carnes una delgada y fina camiseta, le calzaban sus sandalias de cuero; en el cuello le colocaban un sartal de huesos de pescado; en las muñecas pulseras de piedras turquesas y un collar de estas mismas; en la cabeza un trenzado de plumas ricas, orejeras grandes de oro, bezote de turquesas y ajorcas de oro.

Así ataviado lo colocaban sobre una cama alta formada con muchas mantas de colores y una tabla; después lo ataban fuertemente á aquella cama y lo cubrían con mantas cual si estuviese aún vivo. Hacían otro bulto con mantas, simulando una figura humana y vistiéndolo como al cadáver: esta figura la colocaban sobre de el cuerpo muerto. Las mujeres, entretanto, daban gritos y lloraban por él.

Arreglado el difunto en la forma señalada, se procedía al arreglo de todos aquellos que, designados por el nuevo rey, deberían acompañarle en la otra vida para seguirle sirviendo en sus oficios.

Desde luego quedaban señaladas siete de sus mujeres para que le sirviesen cada una en estos oficios: llevar atados en un paño los bezotes de oro y turquesas; servir de camarera; guardar los collares de turquesas; hacer los oficios de la cocina; servir el vino; dar agua para las manos y tener la taza mientras bebía; darle el orinal (*ytsz yazracua. Gilb* ó Cuatzingataraqua). Entre los varones, uno llevaría las mantas, otro le haría las guirnaldas de trébol, otro le peinaria: aquél le llevaría la silla, éste las mantas delgadas, este otro las hachas de cobre para cortar la leña, otro el parasol, otro más los zapatos ó *cotaras*, y para llevar los canutillos de perfume, remar, barrer la casa, limpiar los aposentos, cuidar la puerta del palacio, la de las mujeres, hacer plumajes, objetos de plata, sus flechas, sus arcos: uno que le contaba cuentos, un chocarrero, un tabernero, dos ó tres monteros y algunos de los médicos que le curaron y no

le pudieron sanar; un bailaror, un tañedor de atabales, un fabricante de ellos y un carpintero. Se daba el caso que muchos de sus criados se ofreciesen voluntariamente á ser sacrificados para acompañar al difunto, cosa que no se les permitía, y la razón que á ello les impulsara era considerar «que habían comido su pan, y quizá no los trataría como él, el señor que había de sucederle.»

Algo más que cuarenta debe haber sido el número de los desventurados que habían de acompañar al rey muerto, en la otra vida.

Á todos ellos los ataviaban y daban mantas blancas.

El cuerpo del difunto, dispuesto como queda dicho, era trasladado procesionalmente del palacio hasta el patio de los *cués* principales. Todos los acompañantes se habían pintado el rostro y cuerpo de color amarillo, con el jugo del *tiripu* (*Cúscuta*), colocándose también en las cabezas guirnaldas de trébol.

Por delante de toda la comitiva iban aquellos que debían ser sacrificados, ocupándose en barrer el trayecto de vía que debiera recorrer el cadáver de su señor. Éstos á cada paso repetían en alta voz estas palabras: «por aquí has de ir, mirad no perdais el camino.» Tras de éstos iban los nobles tañendo unos huesos de caimán, arreglados en forma de güiro, y otros raspando conchas de tortugas y armadillos.

Venían luego los señores y sus hijos cargando el cuerpo del *Cazonci*; á desempeñar este oficio solamente eran admitidos los del apellido *eneami*, *zacapuivete* y *vacanaze*; todos éstos cantaban un himno ó endecha que comenzaba así: «*Utaine uce, yoca, zinatayo, maco.*»

Esta ceremonia tenía lugar en punto de la media noche, por lo que era necesario hacerla con gran luminaria y teas de *cueramu*.

Durante toda ella era incesante el sonido de trompetas.

Cerraba este acompañamiento gran número de gentes del pueblo.

En esta disposición llegaban al lugar susodicho donde estaba dispuesta una gran pira de leña seca; daban *cuatro vueltas* en derredor de ella y luego en su cúspide colocaban el cuerpo, tal como él se encontraba.

Volvían sus parientes á cantar la endecha apuntada atrás y ponían fuego á la pira. Apenas ésta comenzaba á arder, daban sobre los infelices que debían ir á la otra vida con el muerto y á quienes anticipadamente habían emborrachado, tanto para facilitar su sacrificio, como para que les fuera menos doloroso. Esta matanza se efectuaba con las porras.

Cuando todos ellos estaban muertos los enterraban de tres en

tres y de cuatro en cuatro á las espaldas del templo de *Curicaveri*, juntamente con los objetos que llevaban y deberfan servir al difunto rey.

Atizaban los nobles el fuego para que el cuerpo y sus adornos todos quedasen reducidos á ceniza antes de que amaneciese. Las cenizas, partes no incineradas y la plata y oro fundido de las joyas, lo llevaban á la puerta principal de la casa de los papas ó sacerdotes; allí lo echaban en una manta y hacían un bulto con todo ello, al que ponían una máscara de turquesas, orejeras de oro, trenzado de plumas, y un gran penacho de plumas, con más sus brazaletes de oro, collares de turquesas, conchas marinas, una rodela de oro en las espaldas, arco y flechas, bandas de cuero de tigre en las muñecas, cacles de cuero y cascabeles de oro en las piernas; inhumado todo ese conjunto al pie del *cú* de *Curicaveri*, «al principio de las gradas,» es decir (como en lugar oportuno demostraré), en el costado septentrional de la actual plaza principal de Pátzcuaro. La sepultura era de algo más de 2 ½ brazas de ancho y bastante profunda. La tapizaban por dentro con esteras nuevas, así como el fondo; dentro de ella ponían una cama de madera, y un sacerdote de los que tenían por oficio llevar los dioses á cuestras, cargaba con el bulto y así lo llevaba hasta la sepultura.

Antes de darle colocación definitiva se había cubierto aquella con rodelas de oro y plata; en los rincones muchas flechas, ollas y jarros con vino y comida. Otros sacerdotes colocaban sobre la cama una gran vasija de barro y dentro de ella al bulto mencionado. La cama y olla tenían vuelta la faz hacia el Oriente. Sobre todo esto echaban muchas mantas, petacas, plumajes, joyas de oro y plata, é infinidad de objetos de uso doméstico y ornamental. Sobre la sepultura ponían vigas atravesadas y encima de éstas tablas y varas, acabando de cubrirlo todo con tierra.

Después de esta ceremonia todos los asistentes se iban á bañar para que no se les pegase la enfermedad, reuniéndose más tarde los nobles y toda la gente en el patio del palacio del difunto. Allí se les servía á todos una comida, consistente en maíz blanco cocido (quizá lo que hoy se llama *máxcuta*), dando á cada uno de ellos un poco de algodón para que se limpiasen la cara.

Terminada la comida permanecían ellos en sus asientos en actitud de gran tristeza. En los cinco días siguientes en ninguna casa de la ciudad se molía, ni encendía fuego, ni se traficaba ni andaba en todo el recinto de ella; todos estaban tristes en sus casas. Los caciques y nobles iban una noche á las casas de los papas, donde oraban y velaban.

Pasado ese tiempo las cosas volvían á su estado normal.

LÁMINA 20.^a

(La pintura de la «Relación» manifiesta, en varias partes de ella, lo narrado; inútil es explicarle en detalle: su simple inspección es bastante para ajustarla al texto).

El cronista Agustiniiano Fr. Gerónimo Román, (2) tratando el mismo asunto, relata esas costumbres funerarias de los tarascos de la misma manera que la «Relación,» de donde seguramente la tomaría.

Pasadas las ceremonias de inhumación y lutos del *Cazonci* muerto, se juntaban todos los nobles y altos empleados del gobierno en el patio de la real morada y allí conferenciaban hablando, poco más ó menos, de esta manera: «qué haremos, señores, cómo ha de quedar desierta esta casa, ha de quedar obscura de niebla, qué no ha de ser frecuentada cuando escondemos á nuestro señor y venimos aquí, si así nos volvemos á nuestras casas, qué sentido llevaremos, pues? á coyuntura y sazón venistes aquí, señores, cómo no será bueno que probase á ser señor el que está aquí presente, cómo ha de quedar desamparada esta casa?»

Se excusaba el hijo del rey fallecido en aceptar el trono, dando para ello razones más ó menos significativas, concluyendo por decir: «séalo mi tío, que tiene más experiencia, que yo soy muchacho.» «Yo ya soy viejo, replicaba el aludido, prueba tú á ser señor; señor, por qué no quieres aceptar el trono, cómo ha de quedar desamparada esta casa, quién ha de haber con la leña de la madre *Cuerauáperi*, y de los *dioses engendradores del cielo*, y de los de las *cuatro partes* del mundo, y del *dios del infierno*, y de los dioses que se juntan de todas partes, y de *nuestro dios Curicaveri* y de la diosa *Xaratanga*, y de los *dioses primogénitos* y la pobre gente; ¿quién la tendrá en cargo? prueba, señor, á serlo, que ya eres de edad y tienes discreción.»

En pláticas de esta especie pasaban cinco días, al cabo de los cuales aceptaba el designado para el gobierno y entonces hacía el nuevo rey una larga plática á sus nobles y caciques, pidiéndoles consejos y ayuda á la vez que los amonestaba y amenazaba.

Terminada la conferencia se restituían todos á sus casas, y al cabo de cinco días volvían á la del nuevo señor para conducirlo al palacio y darle posesión del reino.

Iba el sacerdote mayor con todos los nobles y valientes hombres, y en llegando á la casa del electo, le saludaban apellidándole *guanga* é invitándole á que se posesionara de la casa y señorío de

su padre. Manifestaba éste su conformidad y procedía á vestirse y componerse, poniéndose una guirnalda de cuero de tigre en la cabeza, un carcax de lo mismo, con sus flechas, en las espaldas, un cuero de cuatro dedos de ancho en la muñeca, unas manillas de cuero de venado con el pelo, y unas uñas de venado en las piernas; estas eran las insignias reales.

Los nobles iban poco más ó menos vestidos y ataviados á ese estilo.

La comitiva partía de la casa del nuevo rey en esta forma: delante de él iba el sacerdote mayor con diez ministros suyos, de los de mayor categoría, con sus calabazos y lanzas al hombro; seguía inmediatamente el rey, luego todos los caciques y señores de provincia.

Con anticipación toda la gente de la ciudad y mucha de los pueblos comarcanos se había aglomerado en el patio y alrededores del palacio, en donde también se encontraban en perfecta formación y todos tiznados, los espías de guerra, los sacerdotes y los oficiales de los templos.

En llegando el rey al patio, eran los sacerdotes los primeros en saludarle, dándole el título de *guangapangua*, equivalente á *majestad*; seguía el rey adelante, saludando de paso á todos, hasta tomar asiento en una silla nueva que le traían, bajo el portal en que su padre acostumbraba ejercer su alto encargo.

Tanto el rey como los sacerdotes y nobles tomaban asiento, quedando el resto del pueblo en pie. Así las cosas, se levantaba el sacerdote mayor y arengaba en estos términos al nuevo rey.

LÁMINA 21.^a

(La pintura de la «Relación» demuestra la conferencia de los grandes señores y el acto de presentarse el sacerdote mayor con ellos en la casa del nuevo rey, para conducirlo al palacio real.)

«Caciques y señores que estais aquí, ya habemos traído y metido en su casa al rey. ¿Cómo había de estar ella desamparada y obscura como niebla ó anublada? Perdimos á nuestro señor fulano, que murió, ahora habemos metido en su casa al que dejó, que es su hijo: esta costumbre nos vino de mucho tiempo há, de los reyes, que huviese aquí mucho humo.»

Esta frase quiere decir, escribe el traductor de la «Relación,» que estando los señores en su casa ponen mucha leña en sus fogones y se levanta mucho humo, lo que no sucede así cuando mueren, pues todo queda desierto y obscuro como con niebla. Esta costumbre tendía también á que se humasen los *techos de las casas que*

eran de paja y así las preservaban de que se les pudriesen muy pronto con la humedad y la lluvia.

«Vosotros, pues, caciques de todas las partes que estais aquí, no nos apartemos de él, ayudémosle en los cargos que tenemos á ejecutar y esperar sus mandatos. Esperadlos en vuestros pueblos para traer leña para los *cués* de la madre *Cueraváperi* y de los *dioses celestes enjendradores* y de los *dioses de las cuatro partes del mundo*, y los *dioses de la mano derecha* y de la *mano izquierda*, con todos los demás, con el *dios del infierno*, que él ha de tener cargo en nombre de *Curicaveri* y sus hermanos, y la diosa *Xaratanga*, de hablar sobre esta leña.»

«Mirad, caciques, que no le quebreis nada de esto, mas estad apercebidos cuando os lo hiciere saber, porque el rey ha de despedir la gente de guerra con la leña que se pondrá en los fuegos para oración y rogativa á los dioses, que nos ayuden en las guerras, y no solamente para esto es el rey que ahora tenemos, mas para otras muchas cosas, para todos los trabajos que mandare en que entendemos, y los tinientes y gobernadores de los caciques, cuando ellos no estuvieren en los pueblos atiendan y esperen lo que les enviare á mandar el rey, que no sólo será una sola cosa sino muchas. Sea esto ansí como se os ha dicho, caciques, y no os apartéis del rey, sed más obedientes, y vosotros, señores de *Mechuacan*, y de *Coyucan* y de *Patzcuaro*, y caciques del medio de la provincia, estad todos aparejados para obedecer, y ahora ídos todos, señores, á vuestras casas: ya habeis visto cómo nos queda rey que yo le he metido en esta casa, id alegres y contentos á vuestros pueblos.»

Terminando el sacerdote, tomaba la palabra uno de los señores principales, aquél que por su edad y categoría tenía lugar preminente, y exhortaba á todos á obedecer con fidelidad al rey «que realmente estaba en lugar del dios *Curicaveri*.»

Después que todos los señores habían hablado, tomaba el rey la palabra aprobando todos los anteriores discursos y recomendando á los principales y caciques el buen comportamiento, la obediencia y el cuidado con todas las cosas del culto de sus dioses y asuntos de la guerra, concluyendo por despedirlos.

Al siguiente día hacía un convite general á los nobles en su palacio, y por la noche, acompañado de ellos, iba á hacer su vela á la casa de los papas de *Curicaveri*, y se practicaba la ceremonia de la guerra.

Al amanecer salía el rey al monte por leña para los *cués*, la cual traían los señores, los espías de la guerra y los *Curitiecha*, los que quemaban incienso en los braseros de los templos y los alféreces,

poniéndola en los fogones de los templos. Después de ejecutado esto, íbase el rey al palacio y se sentaba en el portal que aquél tenía y se efectuaba otro convite general á los señores y caciques.

En esta vez todos los nobles, empleados y plebeyos, le hacían obsequios á su nuevo señor, consistentes en mantas de tierra caliente, algodón, hachas de cobre, esteras para las espaldas, frutos de *Taximaroa*, arcos y demás cosas de los productos é industrias de la tierra. Recibidos los presentes iban despidiéndose los señores y regresando á sus respectivas provincias, en donde daban á conocer al nuevo rey, amonestando al pueblo le fuese fiel y obediente.

Pasados algunos días mandaba el rey á los sacerdotes *Curitiecha* por todas las provincias, para que ordenasen se trajese leña para los templos de *Curicaveri*, lo que se ejecutaba presentándose con ella los comisionados de los pueblos, de diez en diez. Una vez que todos habían cumplido, se levantaba con ella una gran pira en el patio grande de los templos (en lo que es hoy plaza principal de la ciudad de Pátzcuaro), y el sacerdote *Hiripati* entraba en la casa especial que se ha mencionado atrás, á practicar todas las ceremonias de la guerra; á esto seguía la vela del *Cazonci* y la repetición de la misma ceremonia que él practicaba.

Al tercero día venían todos los nobles de su linaje llamados *vacúxecha*, y reunidos en la *casa del águila*, dedicada á *Curicaveri*, les hablaba el rey así: «cómo habemos de tener con nosotros esta leña de los *cués*, y las rajas que se han cortado, y los olores que han hechado los sacerdotes en los fuegos para las oraciones, y los sacrificadores; hánse de perder todo esto? pues que han llamado á la diosa *Cuerahudperi* y á los *dioses celestes*, y á los *dioses de las cuatro partes* del mundo, y al *dios del infierno*; y también lo he hecho saber á *Curicaveri*, y á los señores sus hermanos, y á la diosa *Xaratanga*, y á los *dioses primogénitos* y á los *Viranbanecha*.»

Mandábales luego fuesen á prepararse para la guerra y que se alistasen los que cuidaban las fronteras enemigas.

Al cabo de dos días hacía saber el rey que quería ir á una carcería, realmente dando á entender con esto que iba á la guerra. Le acompañaban en ella todos los sacerdotes, gente de la ciudad y demás empleados acostumbrados en estos casos. El lugar elegido para el caso era la frontera de *Cuinhao* sobre la que caía de improviso y regresaba violentamente, trayendo consigo algunos centenares de prisioneros. Por su parte, los caciques hacían también irrupciones en las tierras enemigas y regresaban con un número competente de los mismos. Todos ellos eran inmolados en las aras del dios *Curicaveri*, iniciando así su reinado el nuevo señor.

Pasadas estas hecatombes concedía distintas mercedes á los

caciques, tomaba por mujeres suyas las de su padre, aumentando su serrallo con otras hijas de caciques y de señores.

LÁMINA 22.^a

(La pintura representa el discurso del sacerdote mayor, la presentación de obsequios por los caciques y la entrada del nuevo rey á un pueblo enemigo, para proveerse de cautivos que se sacrificaban en las aras de sus dioses.)

Entre el texto de la «Relación,» «que es el anterior, y el del oidor Zurita, (3) hay contradicción en lo referente á la manera de establecer la sucesión de los reyes entre los tarascos. Dice éste: «El señor en sus días había de nombrar al que le había de suceder de sus hijos ó nietos, y desde luego comenzaba á mandar, y tenía alguna mano en la gobernacion, porque así era su costumbre, y el señor lo quería y tenía por bien. Si este señor no había nombrado cuál de sus hijos ó nietos le había de subceder, cuando estaba en lo último de sus días, se lo iban á preguntar, y el que él nombraba subcedía; pero lo más ordinario era que el señor en salud nombrara el que le había de subceder, como se ha dicho, y para esto hacía particular fiesta con sus ceremonias, y desde entonces quedaba por conocido subcesor.»

Según el texto de la «Relación» el título que se le daba al rey tarasco era el de *Uanguapangua*, equivalente al nuestro de *Majestad*. El de CAZONCI, que en toda la narración se le aplica, parece ser impuesto á él en tiempos posteriores á la conquista.

Los escritores de cosas de América no están conformes ni en su origen ni en la significación de él. Según Fr. Gerónimo Román (4) «Los de Mechoacan tenían rey y muy poderoso, y todos los reyes tenían por sobrenombre *Caçócin*, como César y Augusto los Emperadores.»

«En nuestro concepto, dice el Sr. Orozco y Berra, (5) *Cazonci* es el verdadero título de dignidad; los mexicanos, por encono y desprecio, jugando con la palabra, formaron *Cazoltzin*, introduciendo la radical de *cactli*, zapato; el diminuto despreciativo y el *tzin* reverencial.»

Brasseur de Bourbourg (6) sostiene la otra idea y aun descifra tal palabra de este modo: «*Caltzontzin*; jefe, cabeza de casa: de *calli*, casa; *tzontli*, cabellera y por extensión cabeza, jefe, y el reverencial *tzin*.»

El Br. Martínez, en mi concepto la mejor autoridad en esta cuestión, (7) al hablar del último monarca michoacano, terminantemente

escribe: «y los mexicanos le llamaron CAZONCI, que quiere decir *alpagarte viejo*, porque cuando vino el Marquez le fué á ver á la ciudad de México en hábito de hombre plebeyo y bajo, mal aderezado y roto, mostrando así rendirle la obediencia, y llevó consigo muchos principales ricamente aderezados á su modo y cien indios cargados de oro y plata según fama; y como fué siempre enemigo de los mexicanos y le vieron de aquella suerte con unos alpagartes viejos, haciendo burla de él le llamaron *cacçoli*, que quiere decir *cattle viejo*.»

II

El cuadro étnico de la vida de los *chichimecas* ó *tarascos*, que traza con tanta sencillez como verdad la «Relación,» se finaliza con una noticia de la legislación penal de este pueblo.

Las noticias allí consignadas son éstas:

Al subsecuente día de la fiesta llamada *Itscuataconsquaro* ó de las flechas, se ajusticiaba á los malhechores que se encontraban de tiempo atrás en las cárceles, y esto era lo que se llamaba «la justicia general,» pues ya veinte días antes de la fiesta había otras parciales, ajusticiando diariamente «hoy uno, mañana otro, hasta que se cumpliesen los veinte días.»

El encargado de presidirla y ordenarla era el *Petámuti* ó *sacerdote mayor*, quien se ataviaba para ello de este modo: «vestíase una camiseta llamada *úcata taveréqueque* (hecha á modo de tela de araña) pintada de color negro, poníase unas tenacillas de oro y una guirnalda de hilo en la cabeza, y un plumaje en un trenzado que tenía como mujer, y un calabazo á las espaldas engastonado en turquesas, y un bordon ó lanza al hombro.» Con esta vestimenta se presentaba en el patio del real palacio donde ya le esperaban el rey, el gobernador del reino, los nobles, caciques, mayordomos, capitanes de guerra y el *Angatácuri*, con más todos los quejosos ó agraviados por los malhechores, é inmenso número de pueblo de todo el reino.

Sentado el *Petámuti* en una silla, oía las quejas y descargos desde la mañana hasta el medio día, y esto durante veinte días, al cabo de los cuales pronunciaba las sentencias. Si el asunto era, en su concepto, de gravedad, lo hacía saber al *Cazonci* y éste determinaba lo que debiera hacerse.

Antes de proceder á la ejecución «contaba allí toda la historia de sus antepasados, cómo vinieron á esta provincia, y las guerras que tuvieron en el servicio de sus dioses, y duraba hasta la noche, y entre tanto no comían ni bebían ninguno de los presentes.»

«Esta historia sabía aquel sacerdote mayor, y enviaba otros sacerdotes menores por la provincia, para que la dijese por los pueblos, recibiendo por ello, de sus caciques, regalo de mantas.»

«Después de acabada de contar se hacía justicia de todos aquellos malhechores.»

LÁMINA 23.^a

(La pintura de la «Relación» muestra al *Petámuti* relatando la historia de sus antepasados.)

Estos desventurados eran conducidos á presencia del *Petámuti* con las manos atadas por detrás y unas cañas en el pescuezo.

El *catape* ó carcelero con sus ayudantes, armados de porras, daba cuenta de ellos.

Por regla general, si habían caído en faltas leves por dos ó tres veces, se les perdonaba, mas á la cuarta eran condenados á muerte.

Estos malhechores recibían el dictado de *Váscata*.

Otras faltas se castigaban de este modo:

Si cuando mandaba el *Cazonci* le trajesen leña para los *cués*, alguno no lo hacía por cuatro veces, era encarcelado.

Al que siendo espía no había ido á la guerra ó se volvía de ella sin licencia, la misma pena;

Al que había dejado perder las sementeras del *Cazonci* por descuido;

Al vagabundo;

Al que rompía los magueyes;

Á los sodomitas pasivos;

Á los médicos que por ignorancia ó descuido habían ocasionado la muerte de alguno;

Á las mujeres prostitutas;

Á los esclavos desobedientes;

Á los llamados *váscata* ó sea á los que dejaban de sacrificar.

Á todos éstos por vez primera se les encarcelaba, y á la cuarta vez que se les comprobaba el mismo delito se les mataba.

Si algún principal tomaba alguna mujer del *Cazonci* lo mandaba matar juntamente con su mujer, hijos, parientes y criados, decomisándole sus bienes y degradándole.

Si el noble cometía falta leve se le encarcelaba por unos días; si era más que leve se le desterraba y quitaba las insignias de va-

liente hombre; dejando también á su mujer desnuda y quedando todas las ropas y joyas á favor del ejecutor de estas penas.

Si algún plebeyo, principal ó cacique de las provincias había delinquido, le traían al sacerdote mayor y éste daba parte de ello al *Cazonci*; éste sentenciaba después de hacerse una averiguación y se aplicaba sin apelación tal sentencia. Otras veces, cuando la falta era patente, mandaba que los ajusticiasen en sus mismos pueblos.

Tratándose de nobles se procedía así: mandaba el rey á un mensajero llamado *vaxánoti*, y éste se tiznaba todo el cuerpo y tomando un bordón se llegaba á la casa del delincuente. Procedía luego á quitarle el bezote y orejeras de oro, símbolo de su encargo, y si éste reclamaba, aquél le contestaba: «yo no sé la causa, que no se quejaron á mí, yo soy enviado, porque el rey ha dado sentencia,» é incontinenti lo mataba con una porra.

Los ajusticiados de esta manera algunas veces se les enterraba y otras se les abandonaba en los campos para que los coyotes y zopilotes los devorasen; esto según lo mandaba el rey. Algunas veces el ministro ejecutor era un sacerdote.

Al que se le probaba ser hechicero (*siquame*) le rompían la boca con unas navajas de *tzinapu* (obsidiana), le arrastraban vivo y cubrían de piedras.

Si algún hijo ó hermano del rey se andaba emborrachando continuamente, lo mandaban matar; se le confiscaba la hacienda y morían también sus ayos y criados, «porque ellos le habían mostrado aquellas costumbres.»

Los adúlteros y ladrones tenían pena de muerte.

El marido que encontraba á su mujer en adulterio podía hender las orejas de ambos y quitarles las mantas, presentando ambas cosas como prueba de su acusación, y esto era bastante para que se le creyese.

Si alguno acusaba á otro de hechicero, debería llevar noticia exacta de todas las personas que hubiesen sucumbido á sus maleficios, más un dedo de la mano del difunto, envuelto en algodón.

Para acusar á otro de haber hecho perjuicios en la milpa se habían de llevar las matas de maíz arrancadas por aquél.

Se llevaban también ante el *Petámuti* á quienes aseguraban los *xarhicaecha* haber visto cometer hurtos, inspeccionando en una vasija de agua ó en un espejo de *tzinapu* ó metal.

Alguna vez el *Cazonci* estaba borracho y por quejas de algunos mandaba matar, sin ninguna averiguación, á los principales; determinación de que casi siempre se lamentaba cuando recobraba el juicio, y reñía con los que tal cosa habían ejecutado.

LÁMINA 24.^a

(El texto de la «Relación» que ilustra la parte donde se habla de los castigos entre los tarascos, contiene dos pinturas: en una de ellas (lám. 24.^a) se mira á los *hechiceros* y *perezosos* dispuestos para sufrir la pena, y al *catape* ó carcelero ejecutándolos. El *Petámuti* ó sacerdote mayor presencia y dirige las ejecuciones, y en su alrededor están los caciques, sentados y en pie, fumando en sus pipas (*Itsutátaraqua*), y el *capitán general* entre ellos. En la otra (lám. 25.^a) se miran las ejecuciones en mayor número y las presencian los caciques y el rey: éste desde el corredor de su mansión.)

LÁMINA 25.^a

El cronista Beaumont trae entre las pinturas que obtuvo del cacique de *Tzintzuntzan*, los castigos que se daban á los *homicidas*, *lascivos*, *flojos*, *hechiceros* é *inobedientes*. Cuatro caciques sentados en sus sillas, fumando en sus pipas, los presencian, y «*el ministro de estos castigos*» ó sea el *Petámuti*, los ordena y autoriza.

LÁMINA 26.^a

Al pie de ella se lee: «Se demuestra la variedad de castigos que hacían á los que faltaban á las buenas costumbres de que usaban en su gentilidad.»

* * *

Poco, ó para mejor decir, nada sabemos en detalle de la vida doméstica de los tarascos: lo referente á matrimonios queda atrás dicho.

Sus *bebidas* y *comidas* deben haber sido sencillísimas, así como su *indumentaria*, á juzgar por las pinturas de la «Relación,» al grado que el común del pueblo casi andaba desnudo.

Los vestidos de las mujeres eran más numerosos en sus partes componentes, aunque siempre bien rudimentarios: camisa corta, enagua lo mismo y un pequeño paño como tilma.

Así vemos retratadas á las mujeres de los caciques de *Tzirosco* é *Ihuatzio* (véase 1.^a Parte de este Estudio, lámina XXXVII) y todas las más que están figuradas en las pinturas de la «Relación.»

Las comidas eran poco variadas, y su principal condimento era el pimiento (*Calmax*), con el cual, molido y diluído en agua, formaban sus guisados (*atápacua*) ya de pescados, ya de legumbres ó de carne. *Hás atápacua* era un guisado hecho con habas tiernas; *churipatápacua* es guisado de carne, y *curucha atápacua*, de pescado. Platillo eminentemente nacional, é indispensable en sus festines, era la *máxcuta* (pozole), compuesto de maíz, carne y chile.

Complemento indispensable de toda comida era la *chúscuta* (tortilla) y las *corundas* (tamales).

La *camata* ó poleada de maíz era el alimento preferido, y con el *cahuax* y la *chúscuta* casi exclusivamente vivían los pobres. Esa bebida variaba mucho, según las cosas con que se le adicionaba, y por eso se le denominaba *xaricamata* (atole agrio), *nuritcamata* (atole de nurite), *thiriapcamata* (atole de elote), *tziritzquacamata* (atole de mezquite), y así de otros muchos. La diferencia de todos ellos consistía en agregar al atole común jugo ó masa de ciruelas, mezquites, elotes, jugo de la caña tierna del maíz, zarzamoras, etc., etc.

No hay indicios de que hayan acostumbrado separar la grasa de los animales para usarla en frituras; predominaban en su arte culinario los asados, y sólo en las grandes fiestas ó solemnidades los guisados.

Las principales bebidas eran: el pulque (*vrape*), y el *charapi*, ó sea pulque con miel fermentado.

Se dice que también fabricaban una bebida embriagante con el fruto de la cereza americana (*Xengua*), aumentando sus funestos efectos con la adición de las raíces de la *Vmbácuqua*, planta de la familia de las Compuestas.

Los hallazgos de objetos arqueológicos nos suministran en Michoacán, como principales utensilios domésticos, gran cantidad de molinos de piedra ó metates (*vruragua*) donde molfan el maíz y otras semillas; molcajetes (*chumátaqua*), ó morteros dedicados principalmente á triturar el *cahuax* para los guisados y salsas, y ollas (*tzundo*), de todas formas y dimensiones, para cocer los alimentos. Complemento indispensable de este arsenal culinario era el comal (*erox*) en que se cocían las tortillas.

Las semillas del frijol (*thatzín*) eran manjar de personas acomodadas, y sólo cuando su cosecha abundaba, estaban al alcance de los pobres.

El territorio de Michoacán, con sus variados climas, es abun-

dante en exquisitas frutas, sacándose la palma entre ellas el fruto del chirimoyo (*urupa*).

Como objetos parafernáticos ó de adorno usaban piedras labradas y conchas, dijes de cobre, de oro y de plata; se embijaban el cuerpo, se deprimían el cráneo y se limaban los dientes. Á juzgar por algunas figuras de barro me inclino á creer que se *taraceaban*.

La «Relación» dice que también se pintaban de negro los dientes.

Las plumas (*phinguari*) constituían su máspreciado ornamento; aunque no á todos, lo mismo que los metales preciosos, les era permitido usarlas.

El bezote (*angámecua*) y la orejera de obsidiana (*tzinapu*) eran adorno muy común en los varones.

Las inhumaciones del rey y nobles quedan relatadas; los plebeyos sin grandes ceremonias eran sepultados en los patios de sus mismas habitaciones, con los utensilios de su oficio y algunos objetos caseros.

LÁMINA 27.^a

Su habilidad en ciertas industrias era proverbial: sobresalfan en el *arte plumaria*, usando en tejidos y cuadros ó mosaicos las plumas de las aves más hermosas, pero con especialidad las de los *Tzintzunes* ó colibríes.

El cronista Beaumont nos relata que el ingenio tarasco inventó «las cosas singulares de pluma con sus mismos nativos colores, asen-
«tado de la misma manera que lo hacen en un lienzo, los más dies-
«tros pintores, con delicados pinceles. Solían en su gentilidad for-
«mar de estas plumas, aves, animales, hombres, capas y mantas
«para cubrirse, vestiduras para sus sacerdotes y dioses, coronas,
«mitras y rodela, mosqueadores, con otros curiosos objetos que
«le sugería su imaginación. Estas plumas eran verdes, azules, ru-
«bias, moradas, pardas, amarillas, negras y blancas, no teñidas por
«industria, sino como las crían las aves, que cogían y mantenían
«vivas al intento, valiéndose hasta de los más mínimos pajarillos.
«El modo de engastar las plumas, era cortarlas muy menudas; y
«en lienzo de maguey, que es la planta de la tierra, con cola muy
«templada, (que se tomaba de los seudo bulbos de una orquidea
«epífita llamada *Tatzingueni* y es la *Bletia autumnalis*) iban or-
«ganizando las plumas que arrancaban de uno á otro pájaro muer-
«to, con unas pinzas, y pegándolas á la penca ó tabla: se valían de

« sus nativos colores para dar las sombras y demás necesarios primores que caben en el arte, segun pedía la imaginacion que querían pintar. Cada partícula se ponía de por sí, con tal presteza, que seguían la línea y círculo del bosquejo, y la iluminacion formaba en la pintura una vistosa primavera. De las plumas de estos y otros pájaros, hacían estos indios sus plumajes, y unas imágenes de pluma tan particulares, principalmente en Pátzcuaro, que segun refiere Acosta, se admiró el señor Felipe II, de tres estampas que dió á su hijo Felipe III, su maestro: la misma admiracion causó al Papa Sixto V, un cuadro de N. P. S. Francisco, que embiaron á Su Santidad, hecho de plumas por los indios tarascos.»

Barnizaban con la grasa del insecto llamado *Aje* (*Coccus axin*) toda clase de objetos de madera, y la incorporaban con diversos colores para pintar figuras ó fondos coloridos.

Esta industria precolombina aún subsiste, aunque limitada al pueblo de Uruápan, y se ejecuta casi de la misma manera que se hacía antes de la conquista.

En la tercera parte de este Estudio expondremos ese procedimiento según hoy se practica.

Se llevaban la palma los tarascos en la fabricación de esculturas, pues «el hazerla de vna pasta tan ligera, y tan capaz para darle el punto, ellos son los inventores. Porque cogen la caña de maiz, y le sacan el coraçon, que es á modo de coraçon de cañeja, pero más delicado, y moliendolo, se haze vna pasta, con vn genero de engrudo, que ellos llaman *tatzingueni*, tan excelente, que se hazen della las famosas hechuras de Christos de Mechoacan: que fuera de ser tan propios, y con tan lindos primores, son tan ligeros, que siendo de dos varas, al respecto pesan, lo que pesaran siendo de pluma.» (*La Rea*).

No solamente la médula de la caña del maiz se aprovechaba, sino la de otras plantas que la poseían, tales como el llamado *Andani* (*Helliantus*) y los análogos.

El procedimiento era éste: separada la médula de las partes leñosas se ponía á secar al sol hasta que hubiese perdido completamente la humedad. Se tenían previamente dispuestos, secos y en polvo fino, los seudo bulbos del *tatzingueni* ó *Bletia autumnalis* (LLAV. & LEX.) y también los de otra bella orquídea llamada *Tzauh-tli* en mexicano. (*Epidendrum Pastoris*. LEX.)

Para las esculturas delicadas, ambas substancias, bien pulverizadas y finamente tamizadas; se mezclaban en proporción definida y, agregándoles agua, se iba formando una pasta hasta llegar á obtenerla de la consistencia deseada. En otros casos se formaban haces del tallo seco del maiz y se les cubría con esa pasta.

Modelaban aquella masa con más facilidad que si fuese barro ó yeso, y cuando estaba seca, se le aplicaban los colores.

Esta industria años há que está perdida.

Sobresalían los tarascos en la elaboración de tejidos que ejecutaban con algodón (*xurhata*) y fibras de varios vegetales, especialmente con la del maguey.

Esta industria subsiste aún y se practica como en los tiempos antiguos en el pueblo de *Parangaricutiro*, y á esa clase de tejidos se les llama «de patacua,» nombre del instrumento con que arreglan la trama del tejido sobre la urdimbre.

La rueca (*vipin*) principalmente, y un torno primitivo algunas veces, les servían para la filatura; es increíble la finura que dan al hilo con sólo estos instrumentos de factura rudimentaria.

Compitieron los tarascos con los *tzapotecas* en el arte metalúrgico de fundición y vaciado. Las piezas repujadas, martilladas, fundidas y vaciadas que he logrado ver, son trabajos verdaderamente notables. Las de cobre son las más comunes.

Las ligas y mezclas que de los metales hacían los tarascos daban una gran dureza á los instrumentos de cobre, al grado que ha pasado entre eruditos é ignorantes la vulgar tradición de que, cual si fuese acero, templaban este metal. (8)

Los instrumentos industriales y agrícolas, así como los de uso doméstico, manifiestan cuán adelantados se encontraban en la fundición, vaciado, laminación, etc.

LÁMINA 28.^a

Mi hermano el Sr. F. León C., conservador del Museo Oaxaqueño, que ha estudiado de un modo especial las industrias metalúrgicas de los *tzapotecas*, me dice, á propósito de los objetos metálicos tarascos, lo que sigue: «Estos vaciados (cascabeles de cobre en forma de tortuga, *cutu*) se toman generalmente por filigranas, cosa enteramente inexacta, pues para la ejecución de esta clase de trabajos se estira ó forja el alambre, primeramente, y después se va soldando pieza por pieza hasta formar el objeto que se intenta.

Los artistas indígenas precolombinos no conocieron, que yo hasta hoy sepa, la soldadura, aunque sí el modo de dorar y platear á fuego, lo que ejecutaban con toda perfección.

Careciendo del conocimiento de la soldadura, y siéndoles necesario hacer sus cascabeles huecos para que fuesen sonoros, recurrían al vaciado *de una pieza*, ó lo que es lo mismo, al procedimiento de la *cera perdida*. Para ello procedían de este modo: 1.º

formaban un *machote* que se moldaba y servía para hacer cuantas reproducciones querían; 2.º al hacer la reproducción de este machote, que servía *de alma* ó núcleo, colocaban en el centro de él una esfera metálica ó una piedrecilla, la que sería después el badajo ó percutor de la pieza hueca; 3.º daban á esta *alma* un ligero baño con cera, dejando un corto tallo en la abertura de las piezas que formaban el molde y servía para mantener en posición á aquélla; 4.º una vez dado el baño antedicho tomaban un hilo de algodón muy fino y bien torcido al cual daban también un baño de cera; este hilo encerado lo enrollaban haciendo círculos concéntricos que luego iban aplicando, según su gusto, y llenaban con él todos los huecos hasta dejar perfectamente revestida la figura; 5.º una vez terminado lo anterior cubrían todo con una capa de arcilla, idéntica en composición á la que sirvió para formar el *núcleo* ó *alma*, y tenían especial cuidado en disponer conductos ú orificios para que por ellos se escapara la cera, á la cual substituífa después el metal fundido.»

LÁMINA 29.ª

El pretendido *temple* de los utensilios metálicos se debe á la mezcla del cobre con el zinc, como lo ha demostrado un moderno análisis (9) de esas piezas.

Los metales que conocieron y usaron los tarascos se encuentran mencionados por el P. Fr. Maturino Gilberti (10) de este modo: *Tirípiti* (Oro); *Tayácata* (Plata); *Charápiti* (Cobre); *Pahcápeti ytsi tayácata* (Plomo); *Ytsi tayácata* (Estaño); *Tiamu atácata* (Azofar ó Latón); *Ytsi tayácata* (Azogue ó Mercurio).

Con la palabra *tiamu* designaban el equivalente del nombre genérico *metal*, y así tenemos que *tirípiti* significa amarillo; *charápiti* rojo; *pahcápeti* cosa negra ó tizón; *itsi* agua; *atácata* equivale á *cosa untada*, derivada de *atarihpeni*, untar.

Según la «Relación,» el oro era escremento del Sol y la plata de la Luna; esa idea quizá sea lo que explique la significación del nombre que á ésta se le daba.

Obtenían el oro los tarascos sacándolo de las arenas de los ríos, y es de creerse que los demás metales los tomaban de las minas, ya en estado nativo, muy común en Michoacán para el cobre y la plata, ó por elaboración metalúrgica.

De trabajos mineros precolombinos llevados á cabo por los de Michoacán hay no pocas muestras.

En los Distritos de Huetamo, Ario y Apatzingán, se ven aún

minas trabajadas por los tarascos prehispánicos; algunas de ellas, que por casualidad se han descubierto, manifiestan un laboreo primitivo.

De una de éstas se ha escrito así: «En el mes de Septiembre de 1873, al estarse practicando un reconocimiento en el cerro del Águila (Estado de Guerrero y antes de Michoacán), sobre la veta de cobre allí existente, al apoyar uno de los peones con fuerza la barreta sobre el suelo, éste se hundió desapareciendo completamente.

«Procedióse á inquirir si era una mina azolvada, resultando de los trabajos el descubrimiento de una excavación de $3\frac{1}{2}$ metros de largo, de un metro á metro y medio de profundidad, con una anchura variable entre medio metro y un metro, y en cuyo fondo seguía una rica cinta de cobre de unos cuatro á diez centímetros de anchura. El Sr. Felipe Larrainzar observó con cuidado la obra, descubriendo bien pronto no haber huellas de fierro ó de la pólvora; que las paredes y el fondo presentaban la acción del fuego, mirándose, además, así el metal como la roca y tepetate en que arma la veta, resquebrajados y hendidos por muchas partes. Al principio no fueron vistos útiles ningunos; mas registrados los escombros se encontraron 142 mazas de piedra, de tamaños desiguales, de forma de mazas ó cuñas, con las extremidades desportilladas y rotas: aquellas piedras no pertenecían á ninguna de las rocas constitutivas del cerro.»

El estado de esa mina demostró que para extraer el metal se calentaba la roca por medio del fuego, y después, ó se la dejaba enfriar lentamente, ó se vertía agua sobre ella para que resquebrajándose se pudiese extraer con mayor facilidad el metal, arrancándolo por medio de esas cuñas y mazos.

Si excelentes artifices fueron los tarascos en la orfebrería y metalurgia, no lo fueron menos en el laboreo de las piedras, sobresaliendo en los trabajos de obsidiana (*tzinapu*): máscaras (*ahcangaricua*), bezotes (*angámecua*), dijes, espejos (*erangaricua*), vasos, amuletos, ajorcas, ídolos y otras mil figurillas que labraban admirablemente en esa roca volcánica.

Michoacán es el país por excelencia de los yacimientos de obsidiana; bien lo indican los nombres de dos de sus pueblos que en la antigüedad fueron populosos: *Tzinapécuaro* y *Tzináparo*, esto es, lugares donde hay *tzinapu*.

Una gran dosis de paciencia, algunos fragmentos de *patamu* (carrizo), un poco de polvo de esmeril (*cheritsacapu*) y agua, formaban el arsenal instrumentario del artífice tarasco. Debe haber precedido á esta industria y á la del cobre la fabricación de instrumen-

tos de piedra pulimentada, que con tanta profusión se encuentran en Michoacán.

No cabe duda que para el laboreo de ciertas piezas se usaba el torno (*tecdraqua*), y es el mismo que hoy usan los indios de Uruápan para trabajar los anillos de coyolli.

LÁMINA 30.^a

Espejos de obsidiana he visto tan grandes como la mesa de un altar de regular tamaño, y otros menores, sirviendo de *aras*, pues á este uso los destinaron los primeros misioneros católicos.

De su habilidad en las artes cerámicas quedan riquísimas muestras, en las que tanto se admira la belleza de la forma como la variedad de dibujos y finura de los colores.

Los más usados de éstos fueron: el blanco (*urdpiti*), el rojo (*charápiti*), el amarillo (*tsipámbiti*) y el negro (*turtpiti*). Alguna que otra vez he visto empleado el azul (*chupicua*). Los colores rojo y amarillo son peróxidos de hierro naturales; el blanco un carbonato de cal; el negro un peróxido de manganeso, y el azul una sal de cobre.

Todo lo ejecutaban á mano ó en pesadísimos moldes, sin que interviniera el torno de alfarero, que parece nunca lo usaron.

El *curtimiento de pieles* fué otra industria de los tarascos y que á su llegada á Michoacán ya ejercían, como bien claro lo dice la «Relación.»

La caza era una de sus ocupaciones favoritas, tanto para ejercitarse en el tiro de la flecha para la guerra, como para proporcionarse el necesario sustento.

Cuando se posesionaron de todos los pueblos del lago de Pátzcuaro, se dedicaron á la pesca, que ejecutaban con anzuelo (*curus*) en las partes convenientes, ó por medio de redes pequeñas y grandes (*varuqua*).

La honda (*vimbínbataqua*) y la cervatana (*puhuánducua*) se utilizaban en la cacería de las aves y pequeños mamíferos.

El *tsipahqui* ó amento se utilizaba tanto en la guerra, para lanzar las varas arrojadizas, cuanto en la caza de los volátiles en los lagos.

Usaron también los tarascos las *trampas* y la *liga*, y en ambos procedimientos nada notable ó particular presenta su técnica.



No se sabe que los tarascos hayan sido comerciantes, aunque sí poseían mercados bien provistos y concurridos, transportando todos sus frutos en hombros solamente.

Sus vías públicas no eran malas, pero tampoco notables.

Monedas, pesos y medidas no se sabe de ciencia cierta cuáles hayan tenido los tarascos.

Gilberti, en su «Vocabulario tarasco,» llama á la moneda *tayá-cata ampiuaracua* ó *mayapetaqua*, esto es, *plata para comprar*, derivada la segunda palabra del verbo *piuni* que significa *comprar*; es realmente un neologismo tal frase. Es de creerse no existía moneda, sino que todo se hacía por cambios de efectos.

Thzégani, es, según el mismo, *pesar en balanza*, y no pone el nombre de este aparato. Los actuales indios usan una balanza formada por dos platillos de madera, suspendido cada cual por tres cuerdas que se unen en las extremidades de un tallo de madera, el cual se balancea por medio de una cuerda colocada en su parte media.

LÁMINA 31.^a

Frecuentemente se encuentran en Michoacán discos de piedra, de figura, peso y tamaños casi iguales, y los indios los usan como pesas y así los llaman.

La tal balanza pienso que es imitación de las que introdujeron los castellanos.

Usan hoy también una *palanca* ó *romana*, á la cual denominan *tzengua* ó *tzenguetaracua*, con un contrapeso (*tzérecua*) y un fiel (*tzeretaraqua*).

Medidas lineares creo que se usaron, y lo confirman estas noticias que se leen en los «Títulos de las tierras del pueblo de Surumitaro» (MS. del siglo XVI que poseo en copia moderna): «*Zitacua*, es medida que usaban los Reyes de *Tzintzuntzan*, de un cuerpo en pie y el brazo levantado. Esta medida se componía de un cordel de 25 varas, poco más, y la *vara ple vella* (sic) de un cuerpo natural que hace dos varas; y la *pardcuta* es de dos varas y media ó solar.»

Coinciden estas noticias con otras tomadas de los «Títulos del

pueblo de Tepexoxuca» (Estado de México), que dicen: «Los cordel­les con que los indios regularmente miden sus tierras, no son de 50 varas, como los que usan los agrimensores, sino que los indios toman un lazo (cuerda), y haciéndole un nudo en una punta, meten el cordel entre el dedo gordo y el segundo del pie derecho, y pisando el nudo levantan el brazo en alto hasta donde alcanzan á tener el cordel asido con los dedos índice y pulgar de la mano derecha, y allí le echan otro nudo al lazo, que verdaderamente son dos y media varas castellanas ó dos pasos salomónicos.»

Los actuales tarascos llaman á toda medida *tserécata*, y con nombres especiales á la *cuirúcata*, la *icháruta* y la *tzitacua*.

El *pirimu* ó vara es longitud de una braza, y su unidad el *uti-chi* ó jeme, ó mejor, cuarta. Parecen impuestos estos nombres á la vara española y su división por cuartas. La «Relación» asevera que el *pirimu* es igual á 10 varas.

La unidad actual entre ellos para medir semillas es la *cunih-curácu* (un puñado con las dos manos), y la *icháruta* ó media fanega.

Los predios medidos se amojonaban poniendo la imagen del dios *Xaragua* (de *Xararagua*, señal. Gilberti). Á los que tales mojoneras destruían se les mataba, y cortándoles las cabezas, las colocaban sobre las mojoneras, llevando después los cuerpos á *Tzin-tzuntzan* para ofrecerlos á sus dioses. (11)

* * *

De la cultura intelectual de este pueblo nós quedan muy pocas noticias y ningún monumento de ella.

Sus petriglifos, bien escasos en todo el territorio tarasco, son rudimentarios, verdaderamente infantiles, y no se les puede atribuir, con fundamento, á los tarascos históricos.

La escritura jeroglífica, según los lienzos de *Xucutácató*, *Nahuatzen*, *Sevina* y *Bellas Fuentes*, era simplemente *kienológica*, es decir, representaba el hecho rudo y en su más sencilla expresión. Las *trazas* ó *planos* de que nos habla la «Relación» deben haber sido también muy elementales.

Boturini asegura que usaron las cuerdas anudadas análogas á los *quipus* peruanos, aunque él mismo confiesa no pudo «conseguir ni uno de dichos cordones históricos,» y ni haber estado en Michoacán «por hallarse tan ocupado y gastado.»

Por lo que en la 1.^a Parte de este Estudio asentamos, se ve que los tarascos usaban mucho de la *oratoria* y *cantares* para conservar y transmitir su historia, costumbre que deben haber adquirido los *vácanaze* de los primitivos habitantes del lago.

Del idioma tarasco me ocuparé extensamente en la 3.^a Parte del este Estudio.

De sus juegos, fiestas y demás divertimientos no hay noticia alguna, ni tampoco si tuvieron comedias y farsas teatrales.

Los hallazgos arqueológicos y algunas breves indicaciones de la «Relación» nos permiten puntualizar algo respecto á los instrumentos musicales de los tarascos.

Consistían éstos en el «gran atambor» ó *quiringua*, los *pitos* de madera ó barro, las *chirimías* de madera y los *caracoles* ó trompetas; el sonido de tales instrumentos, ya aislados ó en conjunto, debe haber sido muy desagradable, y cuando ellos se regularizaran tocando á compás, serían sus cadencias de una monotonía insoporable, así como también los cantos que con ellos se acompañaran.

El *baile* sigue la índole de la música, y es de creerse consistiera éste en desordenados saltos ó lentos y fastidiosos movimientos, según que aquella fuera estrepitosa y arrebatada, ó rutinaria y acompasada.

La «Relación» menciona el *Parácata varaqua* (baile de la mariposa), y una de sus pinturas manifiesta su modo de bailar.

Frecuentemente buscas intencionales ó hallazgos accidentales proporcionan no corto número de huesos largos humanos y aun de animales, principalmente fémures y húmeros, presentando muescas ó grandes canaladuras transversales de número y profundidad variables.

LÁMINA 32.^a

Se pretende que éstos fueron instrumentos musicales, verdaderos *güiros*, sobre los cuales con otro cuerpo duro se frotaba, arrancando un sonido que con cierto compás ayudaba á los otros instrumentos.

Algo más de 200 huesos de esta clase he tenido en mi poder y los he examinado atentamente, sin lograr ver *en ninguno de ellos* muestra alguna de frotamiento, antes bien todos conservaban intactas las aristas en las inscripciones. Si, pues, ellos debieron sufrir frecuentes y repetidos roces, no se explica conservaran intactos sus cortes.

Objetos semejantes y de procedencias diversas muestran esta misma particularidad, razón por la cual me inclino á juzgar serían

trofeos de guerra; tanto más cuanto que un escritor antiguo dice, refiriéndose á los chichimecas: «Por lo que hemos experimentado podemos decir que no es poco lo que se hace en esta frontera, que aunque en otra parte hicieran más los chichimecas, pero aquí cualquiera cosa es mucho por estos los peores de todos y los mayores homicidas y salteadores de toda la tierra. Precian tanto de esta inhumanidad, *que como por blason traen consigo en un hueso contadas las personas que han muerto*, y hay quien numere veintiocho y treinta, y algo más.»

(Carta del P. Francisco Zarfarte al Provincial de los Jesuítas de México, fechada en S. Luis de la Paz el 20 de Noviembre de 1597. Apud Alegre).

Los tarascos eran grandes fumadores de tabaco (*Sinxagua*), que en canutillos, rollos y pipas lo consumían.

Todas las pinturas de la «Relación» nos lo demuestran, así como también la gran cantidad de pipas de diversas formas, tamaños y materias que los hallazgos arqueológicos frecuentemente nos proporcionan.

LÁMINA 33.^a

El Sr. Orozco y Berra, refiriéndose á las pipas que se encuentran en el Valle de México, asevera que el uso de ellas corresponde á tiempos prehistóricos remotos, y lo mismo puede decirse de las de Michoacán que en sepulcros antiquísimos ya se han encontrado.

La amplitud y forma de sus chimeneas indican se depositaba allí el tabaco picado; en otras se deja comprender el uso de las hojas enrolladas.

Unas son enteramente rectas y otras encorvadas, más ó menos, hasta formar tubo y chimenea un ángulo recto.

El tabaco, en lengua tarasca, recibe el nombre de *Sinxagua*; el cigarrillo se denomina *Itzuta*, y la pipa ó cachimba, *Itzutataragua*.

Mi amigo el Prof. Mc. Guire, en su estudio «Pipes and smoking customs of the American aborigines, barwon material in the U. S. National Museum» (*Smit. Rep. 1897*), asevera que la pipa primitiva era un tubo recto y hueco, y se inclina á creer que las formas posteriores se deben á la influencia europea. Quizá esto sea una verdad relativamente á las de los Estados Unidos, no así en lo relativo á las de los tarascos, que desde antigüedad remota las usaban de varias y complicadas formas.

*
* * *

La agricultura entre los tarascos y en la época de su mayor apogeo no estaba, que digamos, muy adelantada.

Como implementos agrícolas tenían desempeñando papel muy importante la *tarequa* ó *coa*, y las semillas que cultivaban eran el maíz (*tziri*), el frijol (*tatzin*) y el chile (*cahuax*).

Otras semillas, como la *chia*, se producían espontáneamente.

Fueron los tarascos grandemente aficionados á las flores, y por eso tenían siempre en sus habitaciones grandes huertos en que las cultivaban. La «Relación» puntualiza cómo era que el rey tenía un cuerpo de floristas con su jefe correspondiente que los dirigía y mandaba. De jardines públicos ó especiales nada se sabe.

No hay señales de que hayan hecho obras hidráulicas de importancia ni grandes canales para irrigación; uno que otro pozo de no gran profundidad suele encontrarse entre las ruinas de sus habitaciones ó anexos á los templos y fortificaciones.

Las artes industriales como la carpintería y otras análogas eran rudimentarias, quizá por la falta de instrumentos apropiados. El *angara* de cobre les servía de hacha, azuela, martillo y escoplo, por eso es que vemos tal instrumento con diversos tamaños, aunque siempre de la misma forma. Cañas, hachas y martillos de piedra se encuentran también en abundancia.

Enmangaban estos instrumentos en mangos de palo apropiados y los fijaban por medio de cuerdas hechas con fibras de vegetales ó por medio de correas tomadas de pieles de animales. He visto algunas, sacadas de criptas antiguas, que sobre los lazos tienen un pegamento resinoso bastante tenaz.

Los habitantes del lago fabricaban sus canoas escavando los troncos de árboles y ayudándose con el fuego. Los antiguos cronistas nos hablan de ídolos de madera que, á juzgar por los de piedra que hoy quedan, deben haber sido muy mal figurados.

La obra colosal de carpintería ejecutada por los tarascos era la muralla de Tajimaroa, y de la cual nos dice Beaumont lo siguiente: «..... la cual (Tajimaroa) por la guerra con los mexicanos, aunque era muy grande, estaba cercada de corpulentos trozos de encina cortados á mano, y parecía muy antigua. Tenía en la trincheira dos estados de elevacion y uno de ancho, la cual se renovaba siempre, sacando los trozos muy secos y metiendo otros recién cor-

tados, para cuyo efecto había maestros y peones dedicados exclusivamente, que no se ocupaban de otra cosa, y eran pagados por la República (*sic*). Por dentro y fuera estaba dispuesta con tal igualdad y primor, que de cantería no pudiera ser mejor labrada. Desde que comenzaron á valerse de esta especie de fortificación, por la victoria que alcanzaron sobre los mexicanos, llevaron la costumbre de quemar la leña vieja y seca que sacaban de la muralla sólo en sacrificio de sus dioses. Hacían ciertas ceremonias cuando renovaban los maderos, significando que con el favor de sus ídolos se hacía aquel muro tan fuerte, que estaban seguros de que por él no entrarían los enemigos, y que á su abrigo saldrían ellos siempre victoriosos.» (*Beaumont. Crónica. T.º 3.º, pág. 11.*)

* * *

La medicina entre los *tarascos* no era exclusiva á la clase sacerdotal, como en la mayor parte de los pueblos antiguos, sino por el contrario, la profesaba y practicaba todo aquel que poseía, ó la aptitud suficiente para engañar á sus compatriotas, ó regular acopio de nociones y conocimientos en los simples vegetales, minerales y animales, con la atingencia feliz de encontrar sus aplicaciones.

Como en todo lo referente á Michoacán, carecemos aun de los más insignificantes datos para juzgar y dar á conocer el ejercicio y conocimientos que en el arte de curar poseían los tarascos.

Ayudados de la tradición, y comentando obscuras citas, hemos venido á saber que entre los *michoacanos* había dos clases de médicos: unos que decían curar practicando solamente actos supersticiosos, y otros, que sin abandonar tal costumbre, aplicaban hierbas, minerales y sustancias animales.

Llamaban á los primeros, en idioma del país, SIQUAME, palabra que *Fr. Ioan Baptista* traduce así: «Hechicero, ó El que echa suertes y haze Supersticiones en el agua.» Á los segundos les decían XURHIME, ó mas comunmente XURHICA, lo cual, nos dice el mismo P. Lagunas, significa: «El Médico-Por qto. antiguamente curauan, ó por mejor dezir engañaban mirando en el agua.»

Los *Siquames* eran temidos más bien que solicitados para curar las dolencias físicas, y hasta hoy los indígenas de algunos pueblos creen que éstos les hacen *mal de ojo*, los *henechizan*, etc., etc.,

pues ni ha dejado de haberlos entre ellos, ni ha concluído su maligno poder.

De los XURHICA y sus prácticas algo nos ha conservado la «*Relacion de Michuacan.*» Sabemos por ella que no tan sólo en las enfermedades, sino hasta en una de las más trascendentales instituciones de la sociedad, cual es el arreglo de los disturbios matrimoniales, llevaban su influencia. «Si uno tenía dos mujeres, dice la citada *Relacion*, iba la una mujer á los médicos llamados *xurimecha*, y ellos con sus hechizos, le apartaban de la una, y decían que la juntaban con la otra desta manera: toman dos maíces y una xical de agua y si aquellos maíces se juntaban en el suelo de la xical y se sumfan juntos, era señal de que habían destar ansí juntos aquellos casados, si se apartaba uno de aquellos maíces, decían que apartaban aquella mujer de aquel marido y le juntaban con la otra.»

Más nos dice la citada obra, indicándonos su influencia en aquella sociedad: toleraban, atendían y ofan á los primitivos misioneros, pues creían que eran *Xurhica*, fundándose en que cuando consagraban, en la misa, adivinaban mirando en el líquido contenido en el cáliz.

«Y fueron á oír misa los españoles, dice á la letra, y estaba «allí Don Pedro, y como vió al sacerdote con el cáliz y que decía «las palabras, decía entre sí: esta gente todos deben ser médicos como nuestros médicos que miran en el agua lo que ha de ser, y «allí saben que les queremos dar guerra; y empezó á temer.»

El modo con que el pueblo y nobleza trataba á los *Siquames*, diferenciaba mucho de aquel con que atendía á los *Xurhica*; á éstos ya hemos dicho que á la vez que se les temía se les estimaba; á aquéllos los aborrecían, pues dice la «*Relación*» que «al hechicero rompíanle la boca con navajas y arrastraban vivo, y cubrían de piedras y ansí le mataban.»

Entre las pinturas jeroglíficas de los tarascos, que nos ha transmitido el cronista Beaumont y forman parte de las ilustraciones de esta obra, se patentiza tal castigo.

Tenía el rey de Michoacán varios médicos que estaban bajo la dirección de uno de ellos mismos, quizá el más viejo y sabio; particularidad que la tan citada «*Relación*» nos expresa así: «Había otro diputado sobre los médicos del *Cazonci*» y Torquemada singulariza la especie de «que eran en número muy crecido.»

La Relacion de Mechucan, Torquemada, La Rea y Beaumont nos refieren que cuando el rey enfermaba «se juntaban todos sus médicos,» que eran «empiricos erbolarios,» á consultar el buen acierto para la salud del monarca; y si por cualesquiera circunstancia sus prescripciones no daban resultado y el real enfermo se agrava-

vaba, «embiaban por otros muchos más á todas las partes del reyno,» que «sabian haberlos de Nombre y Fama.»

Asociados todos reunían sus esfuerzos, no tanto por interés hacia el enfermo, cuanto por temor del triste fin que su suerte ó impericia les tenía deparados. Costumbre era, si el rey moría, que un regular número de entre ellos le había de acompañar al otro mundo para que allí continuaran prestándole sus servicios, ó como graciosamente escribe Torquemada, para enmendar la cura que en esta «vida habian errado.»

¡Tal era el triste fin de los reales médicos tarascos!!

Con respecto á los conocimientos médicos que poseían, son bien escasas las noticias auténticas que poseemos, al grado de no saber si tenían establecimientos para la enseñanza y aprendizaje de la medicina. Suponemos que sí, en vista de lo que la obra del *Dr. Francisco Hernández* nos ha transmitido. Más de trescientas plantas con nombre tarasco, y que vegetan en Michoacán, dotadas de particulares propiedades medicinales, vemos en la «*Historia de las plantas de la Nueva España.*» En la *Sexta parte del Viaje de Humboldt y Bonpland* se relatan muchas hierbas medicinales de Michoacán, y cuyo conocimiento, lo mismo que las de que habla *Hernández*, fué debido á los mismos indios. Que los conquistadores aprovecharon desde luego en sus dolencias los conocimientos médicos de los tarascos, lo demuestra el hecho de que los frailes mandaban á la madre España y al Viejo Mundo en general, por el año de 1540, la famosísima *Raíz de Mechoacan.*

El título de la primera edición de la obra del Dr. Hernández á que he aludido, es el siguiente:

«Rerum Medicarum | Novæ Hispaniæ | Thesæurus | Siue | Plantarum Animalivm | Mineralivm Mexicanorvm | Historia | Ex Francisci Hernández | Noui Orbis Medici Primarij relationibus | in ipsa Mexicana Vrbe conscriptis | A Nardo Antonio Recho | Monte Coruinate Cath. Maiest. Medico | Et Neap. Regni Archiatro Generali | iussu Philippi II. Hisp. Ind. etc. Regis | Colecta ac in ordinem digesta | A Ioanne Terentio Lynceo | Conflautiens Germ? Pho ac Medico | Notis Illustrata | Nunc primu in naturaliu rer Studio for gratia | lucubrationibus Lynceoru publicii iuris facta. | Quibus Jam excussis accessere demum alia | quor omnium Synopsis sequenti pagina ponitur | Opus duobus voluminibus diuisum | Philippo IIII Regi Catholico Magno | Hispaniar vtriusq, Siciliæ et Indiar. etc. Monarchæ | dicatum | Cum Priuilegiis. Romæ Superior permissu. Ex. Typographeio Vitalis Mascardi. M. DC. XXXXVIII. Un grueso volumen in folio.

La otra edición en 3 volúmenes tiene esta portada: Francisci

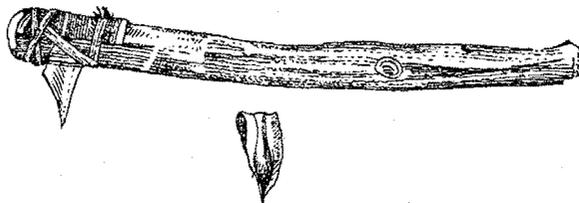
Hernandi. | Medici Atque Historici | Philippi II. Hisp. et Indiar. Regis, | et Totius Novi Orbis Archiatri, | Opera, | Cum edita, tum inedita, | Ad Autographi Fidem et Integritatem expressa | Impensa et Jussu Regio | Matrivi | Ex Typographia Ibarrae Heredum. Anno M.DCC.LXXX.

Nova Genera | Et Species Plantarum &. &. Amat Bonpland et Alex. de Humboldt | Edicion Kunth. (Lutetiæ Parisiorum 1,815, 9 volúmenes in folio mayor.)»

Que entre los tarascos había especialistas médicos y también cirujanos, nos lo demuestra el encontrar en el Vocabulario Tarasco de Gilberti estas frases: *tsinangaricuhperi*, médico de ojos; *tsinandicuhperi*, médico de orejas. Al Cirujano llamaban *Siripensri* ó *Xurihca mayapensri*; éstos ejercían todo lo correspondiente á su especialidad. Hasta qué grado, cómo ó en qué límites hayan conocido y practicado operaciones quirúrgicas, no lo hemos podido averiguar; queda tan sólo, entre los actuales indios, el método precolumbino para ejecutar la sangría.

Ingenioso y por demás interesante es el instrumento que se usa y el manual operatorio. Careciendo los tarascos del conocimiento y uso del hierro, lo suplían en este caso con las muy cortantes y aguzadas láminas de *tsinapu* ú obsidiana. De ella formaban y aun forman la lanceta (*puretaqua*), que tiene una figura perfectamente triangular, midiendo del vértice á la base dos centímetros.

Para hacer la sangría (*chuhcuhperaqua*) se fija por su base el triángulo de *tsinapu* en un pequeño tallo de madera, afirmándolo por medio de cuñas ó de fibras de ágave. Arreglado así el instrumento —cuya disposición mejor se comprenderá por el grabado adjunto— se procedía á la operación, tomándolo el indio con los dedos medio, índice y pulgar de la mano izquierda, y haciendo descansar la punta de su lámina cortante paralelamente al vaso que se deseaba abrir.



Hecho esto, con una piedrecilla algunas veces, pero lo común con el dedo índice de la mano diestra, da un golpe seco en la parte correspondiente á la base de la lámina, que inmediatamente rompe la piel y vena, quedando así terminada la operación.

En el golpe seco, ó segundo tiempo de esa maniobra, estriba el éxito é inocuidad de ella, pues de no ser así, ó no se consigue lo deseado, ó se astilla la punta de obsidiana, quedando pequeñísimos fragmentos que más tarde acarrearán graves complicaciones.

El pequeño vendaje que regulariza la salida de la sangre, se suple con las manos de un ayudante, y para contener la hemorragia aplican polvos de *chuspata* quemada.

Cuando eran heridos los tarascos en las guerras, á más de los remedios locales de bálsamos y plantas, cuyas noticias leemos en Hernández, usaban de baños de vapor en el *Temaxcalli* y de los imprescindibles conjuros y hechicerías.

Poseo un fragmento de calavera encontrado en las cercanías de *Tzintzuntzan*, y que presenta marcadas señales de haber sufrido una trepanación estando vivo el sujeto á quien tal operación se le hizo. Este dato étnico lo creo de gran valor para el estudio comparativo con pueblos que hoy sabemos usaron tal práctica quirúrgica.

Con respecto á las prácticas obstetriciales son todavía más escasas las noticias que hasta nosotros han llegado.

Parece que el ejercicio de la obstetricia era privativo á las mujeres; y entre éstas lo ejercía aquella que, por su mayor edad y número de partos habidos, se juzgaba la más experimentada. Por la inspección de un barro antiguo proveniente de *Tzintzuntzan* (hoy en el Museo Etnográfico de Roma) se puede conjeturar la actitud en que tal función se verificaba. Llama desde luego la atención la postura ó actitud de la persona allí representada: la mujer está acostada sobre el dorso con las piernas encogidas, la vulva entreabierta y el perineo muy abultado. Se trata, pues, de una mujer en momentos de dar á luz.

LÁMINA 34.^a

Gilberti, en su «*Vocabulario tarasco*,» trae estas significativas frases: «*peuapechan eratatahuanstani; curamehuanstani; mintzinguetacuni,*» cuya significación es: *saludar ó visitar á las mujeres paridas.*

Esto nos revela una costumbre de los tarascos, que podemos interpretar como el pláceme por el nacimiento del nuevo vástago.

Se encuentran allí también el nombre de la partera, que es *peúta-pe*, y el del parto, *peuaqua*.

Sobre enfermedades especiales, higiene y otras prácticas médicas, nada se sabe, ni por inferencia de los actuales usos puede sacarse.

De la sífilis precolombina en Michoacán nada hay que autorice á suponer su existencia.

De ciertas enfermedades propiamente venéreas pudiera creerse existieron, á juzgar por ciertos medicamentos de que adelante hablaremos.

Como queda atrás dicho, los tarascos poseían el conocimiento de muchos vegetales para curar sus dolencias físicas y aun para mitigar las afecciones morales.

El Dr. Francisco Hernández, en su citada obra, nos ha conservado noticias de ello.

El subsecuente extracto de sus escritos dará conocimiento de eso.

Acamba.—El famoso maguey, al que llamara con sobrada justicia el historiador Acosta «árbol de las maravillas,» se usaba entre los tarascos lo mismo que entre los mexicanos y demás pueblos indios de México.

Acánguris ó Phehuame.—Su raíz, aplicada en cataplasmas, cura la diarrea y facilita la concepción; razón por lo que recibe el último nombre.

Acuitze huariracua (La que mata el veneno de la culebra).

Árbol, y de él se usa la raíz principalmente, teniendo calidad fría y húmeda. Su jugo, tomado al interior, calma la calentura, así como también, administrado oportunamente, es remedio efficacísimo contra las ponzoñas, especialmente de los alacranes.

La raíz, machacada y aplicada como emplasto, es un excelente alexitéro y alexifármaco.

Se usa contra los ardores de los riñones, tumores de la boca, dolores del pecho; quita la acrimonia de la orina y excita el apetito.

Acumba.—Puede usarse como sucedáneo de la Pimpinela.

Ahtziri.—Planta herbácea de calidad fría y húmeda; su jugo muy útil contra las fiebres.

Anónima michoacana.—Planta herbácea parecida á la Salvia y de propiedades análogas al Ajenjo.

Antzamisqua.—La semilla pulverizada cura la carie dentaria y calma sus dolores.

Apárecua.—Planta herbácea urticante; sus raíces, administra-

das al interior en cocimiento, curan los dolores del mal venéreo, y en cataplasmas es eficaz contra ciertas parálisis.

Apárequa.—Dos plantas de este nombre cita Hernández bajo el dictado de 3.^a y 4.^a Se aplica su cocimiento para curar los tumores.

Apárecua.—El polvo de su raíz, en cantidad de media onza tomada en cocimiento, cura los dolores del gálico, evacuando los humores.

Aphatze.—Planta herbácea cuyas hojas, dadas en cocimiento, cura los dolores de pecho y las deposiciones.

Aphatze.—Planta herbácea con virtud cálida y seca en tercer grado.

Usada contra la disentería, al interior, y los polvos de sus hojas para curar las úlceras.

Apatzipuntzúmeti.—Su cocimiento cura la disentería y edemas de las piernas, unida con la llamada *Qhumberi*.

Aphatzi Puntzúmeti. (Zorrillo aromático).

Planta herbácea y de naturaleza cálida. Machacada y mezclada con cualesquiera exipiente líquido, con el cual se ingiera, cura la disentería y también las fiebres cuartanas.

Aphatzi sirangua. (Hierba del Zorrillo).

Planta trepadora, herbácea y olorosa; dotada de propiedades ácras, cálidas y secativas. Su corteza, pulverizada y aplicada en emplasto, cura los dolores de vientre.

Aphatzi sirangua (otra).—Arbusto cuyas hojas y raíces son de sabor acre y amargo; de propiedades cálida y seca. Su raíz, machacada y aplicada en el dorso, cura las fiebres intermitentes, provoca el sudor y disuelve los tumores.

Apehtzi.—Sus raíces, en cantidad de cuatro dracmas, remojadas en agua, curan la diarrea.

Apenterisca.—Hierba de naturaleza fría, que untada en el cuerpo extingue las fiebres.

Aránduqua.—Hierba parecida al Gordolobo, de sabor amargo y de calidad seca y caliente. El cocimiento de sus hojas sirve para curar la pleuritis.

Arharhetsini.—Planta herbácea, de la cual se aprovechan las hojas, que solas ó mezcladas con *Huaxáten*, sirven para curar las úlceras.

Araxo.—Especie de Ranúnculo, del cual se usa el jugo contra los dolores de dientes y exuberancia de carnes. Es de calidad ardiente.

Aticpiramocuraqua.—El cocimiento de sus hojas cura la sarna.

Avanandumuqua.—Su raíz, amarga y acre, y el jugo de sus hojas instilado en las orejas, cura la sordera.

Ayaquí Cueramu.—Árbol corpulento cuyas hojas, administradas al interior, curan las enfermedades intestinales. El aceite que destilan estas hojas se usa como el Estoraque.

Cahuastzitziqui.—La maceración de ella en agua sirve para contener las epistaxis y hemoptisis.

Cahuax.—El chile ó pimiento representaba gran papel, tanto en la economía doméstica como en la medicina.

Cahuax.—Los frutos de sus varias especies son emenagogos, laxantes y digestivos, provocando también la orina.

Cahoaxen.—Planta herbácea cuyas raíces en infusión, usadas al interior, curan la disentería.

Cahuaxin.—Su raíz, que es caliente, tomada en cocimiento, alivia los dolores de vientre, limpia los intestinos y purga. Su jugo cura las úlceras.

Caniamoxaqua.—Hierba aromática y acre, cuyo jugo quita la fiebre, los dolores de cabeza y evacua el vientre.

Capancapacua.—El cocimiento de sus hojas cura la locura.

Capangapaaqua.—Hierba cuyas raíces y hojas, lejiadas con su líquido, curan la sarna.

Capitzaruqua.—Su jugo, mezclado con miel de *Acamba*, bien cocido, forma un unguento muy útil para curar la sarna.

Capsáruqua.—El polvo de su raíz aplicado á las úlceras cancerosas, las cura; el cocimiento de ella sirve para lavar las partes tumefactas ó edematosas.

Cuenderi.—El polvo de la raíz, tomado al interior en cantidad de media onza, cura la tos proveniente de frío ó de humores crasos.

Captzaruqua.—Su raíz, que es amarga, se usaba contra el paño. (?)

Carámequa.—Su raíz, pulverizada y tomada en cantidad de una dracma, es purgante.

Caraña.—Muy semejante á la *Tecomaca*, y también produce una gomo-resina con iguales propiedades.

Carátaqua.—Planta herbácea usada como medicina, aunque sin saberse en qué enfermedades.

Carape.—Sus hojas, molidas y aplicadas en cataplasma, alivian el dolor y curan los tumores.

Carátaqua.—Cocida en unión de la llamada *Cotsóngari*, cura el morbo gálico, tomada al interior.

Carátaqua.—Arbusto del cual se usa la raíz en cocimiento para purgativo y quitar las ventosidades.

Cochagua.—Arbustillo cuyas semillas semejantes al trigo, machacadas y mezcladas con agua, curan la disentería.

Cocopitzuruputz.—Sus bulbos curan la disentería.

Cónguera.—El cocimiento de sus hojas resuelve los bubones, evacuando por el vientre los humores.

Coroche.—Aplicada sobre las úlceras y tumores los cura.

Cotzongarica.—Su raíz seca y pulverizada, tomándola en agua, purga; cura la lúe venérea y los dolores provenientes de humores fríos y crasos.

Cuerunendax.—Dos plantas herbáceas de este nombre servían, en cocimiento, para curar la disentería, los cólicos y las enfermedades del pecho.

Cuchicho.—Sus semillas se usan para matar los gusanos de las llagas, y el cocimiento de toda ella para lavar úlceras viejas, y en otros usos como astringente.

Cuendérihuilzaqua.—Sirve para curar los tumores.

Cuentas de Santa Elena.—Véase: *Phatziranda*.

Cueraposirangua.—Tres hierbas reciben en Michoacán este nombre: de la primera se usan las raíces, machacadas y en cataplasmas, contra los dolores venéreos; de la segunda la raíz, cuyo cocimiento, al interior, quita los dolores de vientre, los cólicos y, en general, las enfermedades intestinales; la tercera toda ella, tomada en polvo, cura la diarrea.

Cuerápasirangua.—Su raíz, tomada en cantidad de dos dracmas, cura la disentería.

Cuiniqui cumánchuqua.—Hierba de corto tallo y raíz fibrosa con pocas hojas. Insípida y de calidad fría. Su jugo cura las enfermedades de los ojos, si en ellos se instila.

Cuiniqui cománchuqua.—Su raíz, tomada en dosis de dos dracmas, cura la disentería.

Cundemba.—Sus raíces machacadas en agua y ella tomada, purga; sus hojas curan dolores de cabeza, epístaxis y dolores gálicos.

Cunguriqua.—Dos hierbas tienen este nombre: de una se usan las semillas remojadas en agua, y de la otra los frutos. Ésta sirve, según dicen, para reconciliar á los casados, y la otra para hacer que se odien los amantes.

Cupanda.—Árbol: las semillas de sus frutos y ellos son secos en segundo grado; excitan el apetito venéreo, aumentando el semen. El aceite de las semillas cura los empeines, quita las cicatrices, y por cierta adstricción que tiene, cura la disentería. Es un excelente cosmético para el cabello, cuya caída impide y favorece su crecimiento. Los actuales indios usan la cáscara del fruto como antihelmíntico, y sus resultados son casi siempre buenos.

Cuitziquiendas.—Pulverizada y tomada como rapé curaba las enfermedades de la nariz.

Cuiniquicumánchuqua.—El jugo de sus hojas, instilado entre los párpados, cura las enfermedades de los ojos.

Curicua.—Hierba semejante al Asfodelo.

Sus hojas, machacadas y aplicadas á dientes y encías, calman el dolor de ellos, así como también los del mal francés. Expulsa también á los gusanos.

De idénticas propiedades y usos son las de igual nombre que enumera el mismo Hernández.

Curaqua.—El cocimiento de su tallo se usa contra la fiebre. Se usa más todavía como materia colorante.

Curitzeti.—Con este nombre y los de *Aphátzipuntzúmeti* y *Aphátziscrangua* conocieron los tarascos una hierba, cuya raíz en polvo ó en cocimiento utilizaban como medicina estomáquica, anti-febrífuga, diurética, diaforética, emenagoga y eliminadora de los cálculos renales. Se tenía también como antídoto de toda ponzoña y veneno.

Curitzitziqui.—La raíz, aplicada como cataplasma sobre los tumores, los cura.

Curihcume.—Sus tallos, pulverizados y mezclados con trementina, curan las úlceras.

Curungaríqua.—Su raíz cura las enfermedades del pecho.

Curupenaríqua.—Hierba cuya raíz, extraído el jugo é instilado en los párpados, cura las enfermedades de los ojos.

Curupu.—Planta semejante al Rábano, y la cual, machacada su raíz y mezclada con agua, sirve para curar las enfermedades de los ojos.

Hay otra de este mismo nombre, de la que se usa el cocimiento de la raíz para afirmar los dientes.

Curípahuitzaqua.—Su cocimiento cura el catarro nasal.

Cútacua tzitziqui.—Planta herbácea cuyas raíces tienen olor y sabor de almendra amarga, siendo también acres. Es de naturaleza cálida y seca. Toda ella, machacada y desleída en agua, sirve para curar la disentería.

Cutiriqui.—Sus raíces son de calidad fría y húmeda, y crudas ó cocidas son también comestibles. Se asegura poseen las propiedades de ser afrodisiacas, febrífugas y aptas para provocar el cariño de los casados.

Cutixuri.—La raíz, macerada en agua y ésta instilada, cura las úlceras cancerosas de la nariz.

Cuturi.—Planta herbácea semejante al Junco, cuyo cocimiento en bebida devuelve á los miembros entorpecidos su fuerza primitiva.

Cutzithunata.—Hierba con cuyas raíces, machacadas y puestas en agua, se cura la tos.

Cutziqua.—Su raíz, aplicada en lugar doloroso, lo alivia.

Cutziumu.—Sirve para curar las quemaduras.

Cutzungariqua.—Su cocimiento limpia los intestinos, purga y quita la flatulencia y dolor.

Chacangaricua ó *Pamacua*.—Arbórea: es fría en tercer grado. Sus semillas, bebidas en alguna pósito, mitigan la calentura, curan las cámaras de sangre, repelen los tumores é hinchazones, mitigan los dolores de los dientes originados de causa caliente, confortan y provocan la orina, mitigan la sed.

Es algo astringente, y por ello conforta el estómago, acrecienta la leche; mezcladas con el chocolate y en mixtura con alguna resina, curan la sarna.

Charápeti.—Su raíz es astringente, fría y seca; su polvo cura los tumores y cicatriza las úlceras.

Charápeti tercera.—Hierba semejante á la ortiga ó albahaca. Sus semillas, que son de naturaleza caliente y seca, así como también su raíz, se usan mojadas y desleídas en agua. Bebida, en peso de seis óbolos, cura la sarna y las bubas y mitiga los dolores de vientre.

Charápeti cuarta.—Esta hierba, fresca ó seca, cura las úlceras antiguas y la lúe venérea.

Charaspetacua.—Toda ella es pectoral y reduce los prolapsus del ano, y de tal virtud le viene el nombre.

Charazaacipequaruxequa petacua.—Su jugo, al interior, cura las viruelas. (?)

Chariracua.—Su aromática raíz, macerada en agua y tomada ésta al interior, cura el asma y la disentería.

Chaxaquua.—Planta arbórea semejante al Mezquite, y cuya raíz, en cocimiento, cura los dolores de la lúe venérea.

Chichari.—Aplicada sobre los lamparones, los cura.

Chipequa.—Toda ella, cocida en agua, provoca el sudor y calma los dolores articulares.

Chucunguaricua.—Arbolillo cuyas hojas, de un sabor amargo, son calientes y secas. Su raíz, en cantidad de dos dragmas, provoca el sudor y cura los debidos al gálico.

Chuchímbequa ó *Carihcúmbequa*.—El latex que exuda su tallo y raíces, aplicado en las heridas recientes, las cicatriza «como por milagro.»

Chuchuqua ó *Hierba del perico*.—Árbol semejante al Membrillo, cuyos frutos sirven para curar las enfermedades del intestino.

Chupámequa.—El jugo que destila su corteza goza de muchas facultades curativas.

Chupegua.—Sus hojas, tomadas en polvo y en cantidad de media onza, curan el morbo gálico.

Chupiri.—Árbol que produce un latex acre, cuya administración al interior, en dosis de cuatro óbolos, evacua los humores flemáticos, y por ello se usa en las caquexias, lúe venérea é hidropesías. Es de naturaleza caliente.

Aplicada una cantidad de ella en el ombligo, purga, y en medicina externa sana empeines, lepra, sarna y fiebres intermitentes y resuelve las apostemas.

Deseando el célebre Dr. Francisco Hernández comprobar las virtudes medicinales del latex de esta planta, estuvo á punto de perder la vida por haber tomado una cantidad de él.

Chuprei proprie Chupiri.—Planta subfrutescente, propia de lugares calientes y húmedos. Es de naturaleza seca y astringente. Los michoacanos la tenían en grande estima, y el secreto de sus virtudes medicinales se guardaba rigurosamente. Se usa tomando una onza de su raíz, la cual se pone á cocer en dos arrobas de agua y se deja consumir hasta que reste una tercera parte. De ese cocimiento se toma cada día media libra. Cura el gálico, tumores é hinchazones, llagas y cámaras de sangre; despierta el apetito y hace engordar.

Churimequa.—Sus hojas sirven para curar los antrax y otras inflamaciones análogas.

Dexo.—Su raíz, machacada y aplicada localmente, cura las fracturas de los huesos.

Ehtzemo.—Véase *Cunicho*.

Enguamba.—El aceite que producen sus semillas se aplica como anodino en los dolores del reuma y para curar las llagas.

Eratihueni.—Herbácea; cura la fiebre, evacua los humores morbosos y provoca la orina.

Esqua.—Sus hojas, maceradas y aplicadas á las partes dolorosas, las curan. Sus semillas, bebidas, provocan trastornos cerebrales intensos, y por eso las usaban los brujos (*Siquámecha*) en sus prácticas de hechicerías.

Guanumo.—La corteza de este árbol destila una resina magnífica para conglutinar las heridas.

Harándiqua.—El polvo de su raíz, en dosis de una dracma, tomado con agua, cura los dolores de estómago.

Hoximo.—Su corteza, pulverizada y tomada al interior, en dosis de una dracma, purga de los humores pituitosos y resuelve los bubones.

Huacuicua.—Su cocimiento cura las deposiciones, y el polvo de la raíz, en dosis de dos dracmas, provoca la secreción pulmonar y de la bilis.

Huacux.—Árbol corpulento, cuyas semillas se usan tostadas para quitar las piedras del riñón y contra las afecciones cardíacas.

Huaxaten.—Curan con ella la disentería, los tumores, dolores de los ojos y los forúnculos.

Se le llama también *Curumendax*, *Cuerunetzi* y *Tziniuqui*.

Huasiroz.—Aplicada en cataplasmas sobre el pubis, cura la retención de orina y la hematuria.

Huaxaten.—El polvo que se obtiene de toda ella, cura las úlceras, sarna, gálico, hemorroides é hidropesía. Es usada también para afirmar los dientes.

Hucuiro.—Cura los dolores de vientre, las deposiciones, bilis, y provoca la secreción de la pituita.

Huembérequa.—El cocimiento de su raíz y hojas quita los dolores de dientes. El mismo, concentrado, sana las úlceras provenientes de la lúe venérea.

Huenchuqua.—Cura los tumores.

Huichoquachaqua.—Véase *Acuitzehuariragua*.

Huirápeti ó *Huirapecuri*.—Su raíz, machacada y mezclada con agua, produce un líquido útil en las enfermedades de los ojos.

Huitzicua.—Árbol: sirve para curar la diarrea de los niños y las ulceraciones de la boca.

Hay también una hierba de este nombre, cuya raíz es astringente y sirve contra las diarreas y disentería.

Huitsiqua.—El polvo de su raíz cura los cánceres, úlceras, disentería, tumores, y detiene las epistaxis.

Hungupas.—El polvo de sus hojas cura las úlceras, y sus flores, mezcladas con azúcar y comidas, contienen la diarrea.

Hunpans.—Usada para curar las enfermedades de la piel.

Hurápeti.—Su raíz, que es amarga, dada al interior en cocimiento, cura los dolores del vientre, las diarreas, las enfermedades del pecho y los dolores de cabeza; éstos siempre que se unte en la frente.

Hurápeti.—Machacada y aplicada en los dientes cariados los alivia y calma el dolor.

Huruqueta.—Sus hojas en cocimiento son emenagogas.

Huxucua.—Muy usada en las enfermedades intestinales.

Intzimberagua.—Sus hojas, maceradas en agua, en cantidad de dos dracmas, contienen la diarrea, y en fomentaciones, curan los dolores.

Itzucua tsitsiqui.—Árbol de hermosas flores, cuyas hojas, apli-

cadadas exteriormente, quitan los dolores de cabeza y disuelve su resina los tumores.

Llores.—Toda ella, aplicada como cataplasma, cura las quemaduras.

Macua.—Especie de Junco que nace en los pantanos, con cuyas raíces se pueden curar las fiebres.

Mayápecua.—Aplicada sobre el vientre cura los dolores de éste.

Mintzintzin.—Sus hojas, tomadas en cocimiento, sirven para curar las enfermedades intestinales.

Murápete (Urápete).—Con su raíz se curan las ulceraciones antiguas.

Pameri.—El cocimiento de su raíz curaba las enfermedades de los ojos.

Parasteni.—Su raíz, aplicada sobre tumores y líquen y otras enfermedades cutáneas, las cura; obra también como emenagogo, astringente, antiartrítico y calmante de los dolores de dientes.

Paxárucua.—Curan con ella las enfermedades esplénicas.

Patzitzqua.—Se usa para excitar el apetito, curar las diarreas, calmar las fiebres, expeler el semen y provocar la orina.

Phacan.—Su cocimiento se usaba para adivinar los acontecimientos futuros, es decir, servía para las prácticas de los *siquames*.

Phacao.—Planta vivaz, cuyo cocimiento se usa como la zarzaparrilla.

Phatziranda.—Especie de Junco, cuya raíz en cocimiento calma los dolores del pecho, cura la disentería, excita al corazón y al cerebro, es afrodisiaca y emenagoga.

Se llama también á la raíz «cuentas de Santa Elena.»

Phehuame.—Su raíz y hojas se administraban al interior, en cocimiento, para curar enfermedades venéreas y facilitar el parto.

De esto trae su nombre.

Phexúriqua.—Untada sobre el vientre y dorso cura las deposiciones y dolores de vientre.

Phuguegueni ó Phuengueni.—La raíz, machacada y en agua, al interior, cura los tumores.

Penlamu.—Árbol de gran magnitud y espléndido follaje. Su sabor es amargo y astringente, y con olor suave y agradable.

Es caliente y seco en tercer grado; su resina es la de mayor virtud. Su corteza, quemada, restriñe, sana las quemaduras y lo comido y deshollado de la piel. Cicatriza y limpia las llagas. Aplicado en sahumero, ayuda á la expulsión de la placenta y del feto; restriñe el vientre y provoca la orina. Sus hojas, machacadas y aplicadas como emplasto, curan la sarna y tumores de las piernas; mi-

tigan las inflamaciones, quitan los dolores de dientes si se enjuagan con su cocimiento.

En peso de seis óbolos, quita los bravos temores nacidos sin causa conocida. Sana del hígado, gota y ciática; resuelve las ventosidades, deshace los tumores y apostemas flemáticas, purga y conforta á los que padecen perlesía.

Pemohomo.—Se usa como amargo y astringente.

Perpena.—Especie de chá, que aplicada en los tumores los resuelve.

Pesen.—Su cocimiento cura los exantemas.

Pezo.—Su raíz es pectoral.

Pintzaqua.—Su raíz, tomada en dosis de dos dracmas, purga la bilis y excita el apetito.

Popo.—Dos hierbas reciben este nombre, y de ambas se usa el cocimiento de las hojas. Una cura la fiebre y la otra las punzadas.

Puengua.—El jugo de sus hojas y raíces cura las inflamaciones de los ojos; la raíz, tomada al interior, colube la diarrea y provoca la orina.

Puntzúmete.—Su cocimiento, tomado en ayunas, quita las obstrucciones y pituita.

Pusqua.—Su raíz es purgante y gozó de gran fama en los primeros tiempos de la conquista, compartiendo los elogios con el famoso bálsamo del Perú.

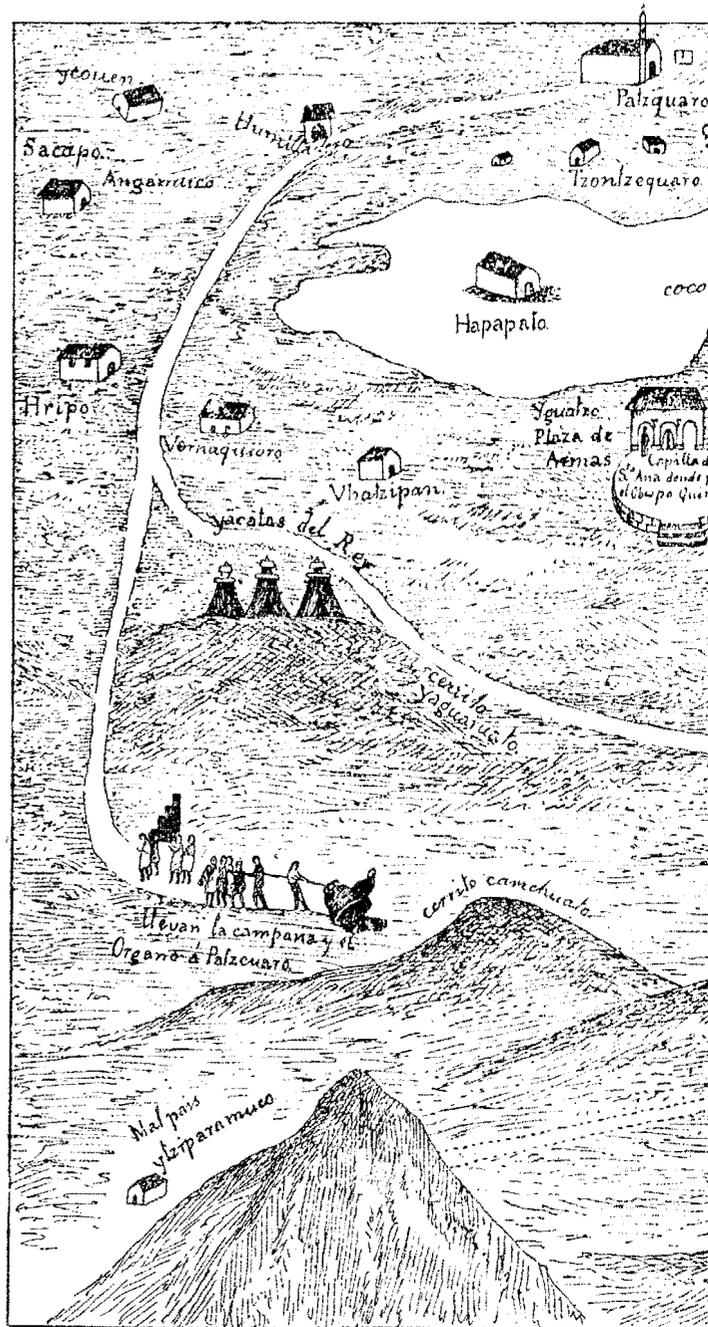
El Dr. Monardés hace un largo elogio de ella y nos da su historia en estos términos:

«*Del Mechoacan*.»—El Mechoacan es una raíz que habrá treinta años que se descubrió en la Provincia de la Nueva España, en las Indias del Mar Oceano. Traese de una region que es adelante de México más de cuarenta leguas que se llama Mechoacan, la cual conquistó D. Hernando Cortes, año de 1524. Es tierra de mucha riqueza de oro, y mayormente de plata, porque en esto es la más rica tierra que hay en todas aquellas partes, y se tiene entendido que toda aquella tierra es plata por más de doscientas leguas. Aquí están aquellas minas tan celebradas y de tantas riquezas, que llaman las Çacatecas, y cada día se van descubriendo en la tierra muy ricas minas de plata y algunas de oro. Es tierra de muy buenos y sanos aires, que produce yerbas salutíferas para sanar de muchas enfermedades. Tanto que en tiempo de los Indios los comarcanos venían á ella para sanar de sus males y enfermedades, por las causas dichas. Es tierra muy fertil y muy abundosa de pan y de caza y frutas: tiene fuentes muchas y algunas de aguas dulces, que tienen mucha abundancia de pescados. Son los indios de aquella tierra

más bien dispuestos y de mejores rostros que los comarcanos, y aun más sanos. El principal lugar de aquesta provincia llaman los indios en su lengua Chincicila, y los españoles lo llaman como á todo el reino Mechoacan, y es un lugar muy grande de indios, situado cabe una laguna, la cual es de agua dulce, y de mucho pescado.

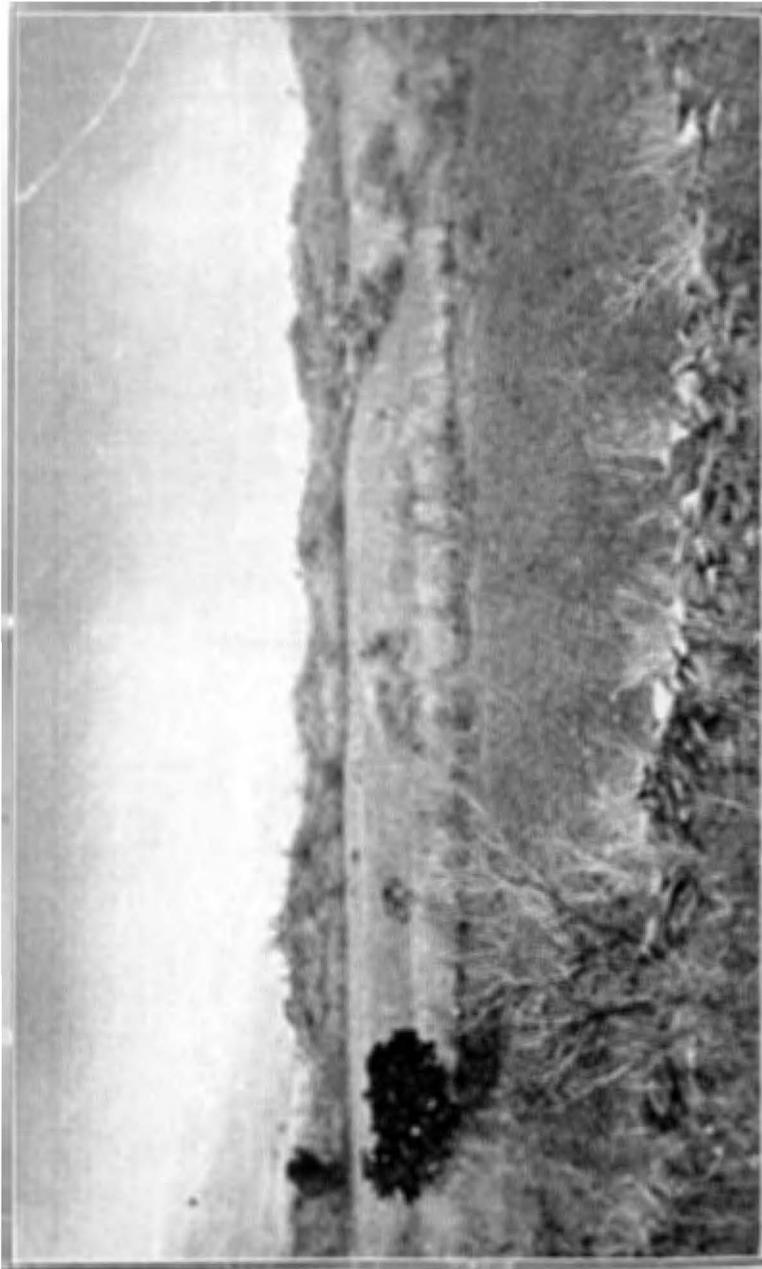
«Es como una herradura, y en la tierra de en medio está asentado el lugar, el cual el dia de hoy tiene gran trato y comercio por las minas grandes de plata que hay en toda la tierra.

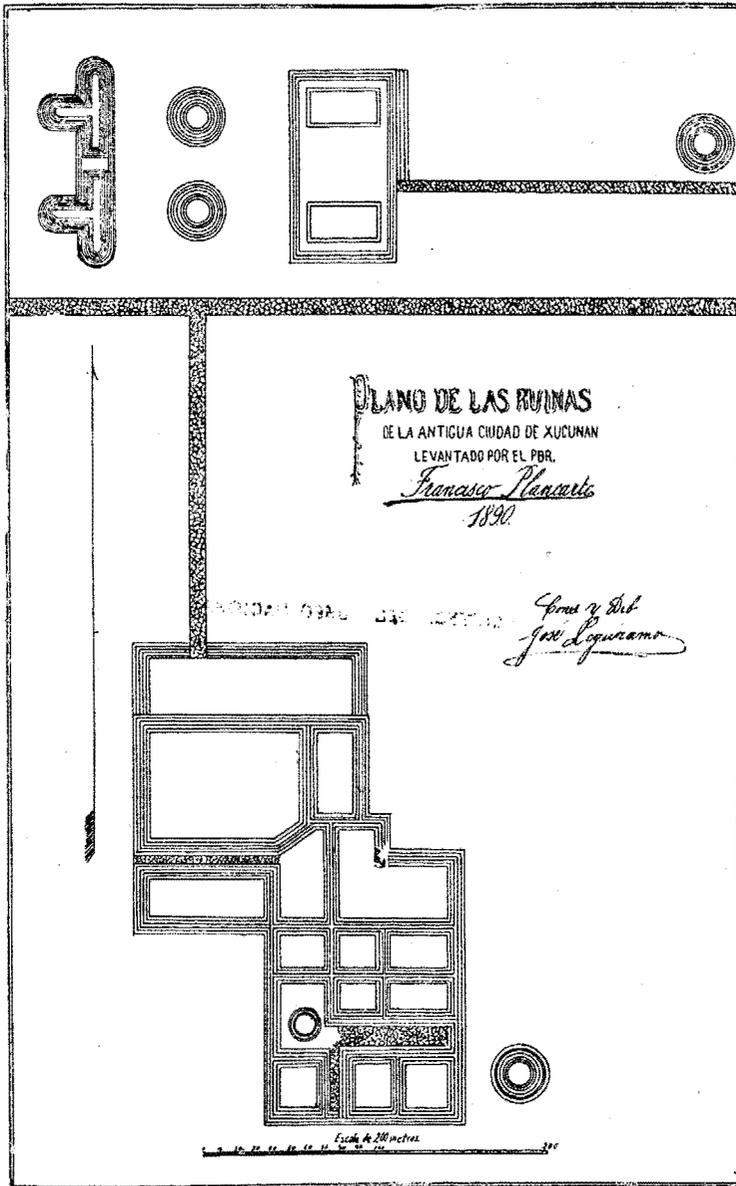
«Luego que aquella provincia de indios se ganó fueron allí ciertos frailes franciscos y fundaron un monasterio de su órden, y como en tierra nueva y tan distante de su naturaleza enfermaron algunos, entre los cuales enfermó el guardian con quien tenia muy estrecha amistad Cazoncín, cacique y señor de toda aquella tierra. El P. Guardian tuvo muy larga enfermedad que le puso en mucho estrecho. El cacique, como viese que su mal iba delante, djole un dia que él le trairía un indio suyo que era médico con quien él se curaba, que podría ser que le diera remedio á su mal. Lo cual oido por el P. Guardian, y visto el poco aparejo que de médico y beneficios allí tenia, agradecióselo y djole que se lo trajese, el cual venido y vista su enfermedad, dijo al Cacique, que si él tomaba unos polvos que él le daría de una raíz, que él le sanaria. Lo cual sabido por el padre, con el deseo que tenia de salud, vino á ello y tomó los polvos que otro dia le dió el indio médico en un poco de vino, con los cuales purgó tanto y tan sin pasion, que se alivió mucho aquel dia, y mucho más de ahí adelante, de modo que sanó de su enfermedad. Los demás padres que estaban enfermos, y algunos españoles que asimismo lo estaban, siguieron al P. Guardian y tomaron de aquellos polvos mismos, una y dos veces, y cuantas fueron menester para sanar, del uso de los cuales les fué tan bien, que todos sanaron. Los padres enviaron relacion de esto al P. Provincial á México donde estaba, el cual lo comunicó con los de la tierra, dándoles la raíz y animándolos á que la tomasen, por la buena relacion que tenia de los de Mechuacan. La cual usada por muchos, y visto las obras maravillosas que hacia, se fué extendiendo su fama, que en breve tiempo toda la tierra se hinchó de sus loores y buenos efectos, desterrando el uso del Ruibarbo de Berbería, y tomándole su nombre llamándole Ruibarbo de las Indias, que así lo llaman todos comunmente. Asimismo le llaman Mechoacan, porque se trae y coge en la provincia llamada de Mechoacan. Y no sólo en México y en toda su tierra se purgan con ello como purga excelentísima, dejadas todas las otras, pero en el Perú y en todas las partes de las Indias no usan otra cosa ni se purgan con otra purga, con





BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL





BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL

tanta confianza y facilidad, que, cuando lo toman piensan tener cierta salud, y así lo llevan de Nueva España como mercadería muy preciada.

«Habrà treinta y cuatro años que yo la ví aquí la primera vez. Que como un Pascual Cataño, ginovés, viniese de Nueva España, cayó en viniendo enfermo, y como le curase, al tiempo que le quise purgar, me dijo que él traía un ruibarbo de Nueva España que era medicina excelentísima, con la cual se purgaban todos en México, que llamaban ruibarbo de Mechoacan, y que él se había purgado muy muchas veces con ello, y le había sucedido muy bien; que si alguna purga había de tomar, que tomaría aquella, de que tenía crédito y experiencia. Yo le abominé el uso de semejantes medicinas nuevas, de que no teníamos cosa alguna escrito ni sabido, y persuadile se purgase con las medicinas que acá teníamos, de que tanta experiencia y conocimiento había, y estaba escrito della por sabios varones. Él concedió á mis palabras, y purgóse con una purga que yo le dí, como le convenía á su enfermedad, con la cual, aunque se le siguió notable alivio y provecho, no quedó libre de la enfermedad, de modo que fué necesario purgarse otra vez, y cuando venimos á la segunda purga, no quiso tomar otra sino su ruibarbo de Mechoacan, con el cual purgó tan bien que quedó sano y sin ninguna enfermedad. Aunque me pareció bien el efecto, no quedé satisfecho hasta que otros muchos que vinieron en aquella sazón y enfermaron, se purgaron con el mismo Mechoacan y les fué muy bien con él, porque eran acostumbrados purgarse con ello en Nueva España. Vistas sus buenas obras en tantos, comencé de usarlo y purgar á muchos con ello, dando crédito á sus buenos efectos.

«Y así con lo que yo experimenté acá, como con la relacion y grande crédito de los que venían de Nueva España, en tanto grado se ha extendido el uso de él, que es ya comun en todo el mundo, y se purgan con él no solo en Nueva España y provincias del Perú, pero en nuestra España y toda Italia, Alemania y Flandes. Yo he enviado grandes relaciones dél casi á toda Europa, así en latin como en nuestra lengua.

«Es ya tanto el uso dél, que lo traen por mercadería principal en mucha cantidad, que se vende por gran suma de dineros, y es tanto, que me dijo un droguero, que allende de lo que había vendido para los de la ciudad, había vendido para fuera de ella en el año pasado más de diez quintales dello, y lo que le piden es Ruibarbo de las Indias, porque ya es tan familiar, que no hay aldea do no lo usan, como medicina segurísima, y de grandes efectos, porque para él no han menester médico, que es lo que á todos dá más contento, como cosa que está ya averiguada y aprobada por buena.

«Yo he investigado mucho de los que vienen de Nueva España, en especial de los que han estado en Mechoacan, la manera de la planta que lleva esta raíz, y qué forma y figura tiene, la cual traen de la tierra adentro, cuarenta leguas adelante de Mechoacan, de una tierra que llaman Colima, y es tanto el descuido de todos, como llevan el principal intento al interés y á sus ganancias, que no saben más della, de que los indios en Mechoacan les venden las raíces secas y limpias, como aquí las traen, y los españoles las compran, y como género de mercaderías las envían á España.

«Y cierto en esto somos dignos de muy grande reprehension, que visto que hay en Nueva España tantas yerbas y plantas y otras cosas medicinales, que son de tanta importancia, que ni hay quien escriba dellas, ni se sepa qué virtudes y formas tengan, para cotejarlas con las nuestras, que si tuviesen ánimo para investigar y experimentar tanto género de medicinas como los indios venden en sus mercados ó tianges, sería cosa de gran utilidad y provecho ver y saber sus propiedades y experimentar sus varios y grandes efectos, los cuales los indios publican y manifiestan con grandes experiencias que entre sí dellas tienen, y los nuestros sin más consideracion las desechan, y de las que ya tienen sabidos sus efectos no quieren darnos relacion ni noticia que sean, ni escribir la efigie y manera que tienen.

«Pues andando investigando la planta de la raíz de Mechoacan, un pasajero que había venido de aquella provincia me avisó que un padre francisco que había venido de aquella tierra había traído en el navío donde él vino la propia yerba verde del Mechoacan en un barril grande, y que con mucho cuidado la había traído desde adelante de Mechoacan, y que la tenía en el monasterio de S. Francisco desta ciudad, de lo cual recibí mucho contentamiento, y así fué luego al monasterio, y en la puerta de la enfermería estaba una como media pipa, en la cual estaba una yerba muy verde, que dijeron ser el Mechoacan que el padre había traído de Nueva España, no con pequeño trabajo.

«Esa es yerba que va trepando por unas cañas, tiene un verde oscuro, lleva unas hojas que las mayores serán del tamaño de una buena escudilla, que tiran en redondo, con una punta pequeña frontero del pezon: tiene la hoja sus nervecitos, es delgada casi sin humedad, los tallos son de color leonado claro; dicen que echa unos racimos con unas uvillas del tamaño de culantro seco, y que este es su fruto, el cual madura por el mes de Septiembre, echa muchos ramos, los cuales se extienden sobre la tierra, y si le ponen cosa en que se envuelva, va trepando por ella.

«La raíz es gruesa, á modo de la raíz de la Nucza, tanto que al-

gunos han querido decir que sea ella, ó especie della. Pero difieren mucho, porque la raíz de la Nueza verde y seca mordica mucho, lo cual no hace la raíz de Mechoacan, antes es insípida y sin mordicacion ni acrimonia alguna, y difieren en la hoja ansfmismo. Lo que vemos al presente que nuestro Mechoacan es una raíz que traen de Nueva España, de la provincia de Mechoacan, hecha pedazos grandes y pequeños, dellos cortados en rebanadas, dellos quebrados con las manos. Es raíz blanca, algo ponderosa, parecen los pedazos ser de raíz grande, sólida, sin corazon alguno.

«Las condiciones ó elecciones que ha de tener para ser buena y perfecta es que sea fresca, lo cual se conocerá en que no esté carcomida ni negra; que sea algo blanca, que la muy blanca no es tan buena, y si fuere algo pardilla, sea la parte exterior de la raíz, porque lo interior della es algo blanco. Gustada y mascada un poco es sin sabor ni mordicacion alguna.

«Importa, para que haga mejor su obra, que sea fresca, porque cuanto más fresca es mejor. Y de aquí es que los que la traen hecha polvo no es bueno, porque se exhalan y pierden mucho de su virtud y obra. Y ansfmismo vemos que si acá se hace polvo y se guardan, no hacen tan buena obra como molida la raíz y luego tomada: la raíz aneja se torna prieta y se carcome con agujeros, y se torna muy liviana. Guárdase bien entre mijo, ó envuelta en un encerado delgado. Cógese por el mes de Octubre: nunca pierde la hoja.

«Su complexion es caliente en el primer grado, y seca en el segundo, porque tiene partes aereas, sutiles, con alguna estipticidad: lo cual parece porque hecha su obra deja corroborados los miembros interiores, sin la debilitacion y flaqueza que dejan las otras medicinas purgativas, antes los que se purgan con ella quedan después de purgados más fuertes y recios que antes que se purgasen.

«No tiene necesidad de rectificacion, porque no vemos en esta raíz nocumento ni daño notable. Solamente el vino le es vehículo y corroboracion para su obra, porque tomada con vino hace mejor obra que con otro licor alguno, porque no se vomita, y obra mejor.

«Dase en todo tiempo y en toda edad: hace su obra sin molestia y sin aquellos accidentes que las otras medicinas solutivas suelen hacer. Es medicina fácil al tomar, porque no tiene mal gusto. Sólo tiene el sabor de la cosa con que se toma, porque es de suyo insípida, y así es fácil para los niños, porque la toman sin sentir lo que es: es asimismo para las personas que no pueden tomar medicinas porque ésta no tiene olor ni sabor.

«Yo he purgado con ella á muchos niños y á muchos últimamente viejos, porque la he dado á hombres de más de ochenta años, y ha-

cer en él obra muy buena y segura, sin ninguna alteracion ni pesadumbre, y sin quedar debilitado ni enflaquecido.

«Evacua esta raíz humores coléricos, gruesos permixtos y humores flegmáticos de cualquier género que sea, y humores viscosos y pútridos y entrambas cóleras: evacua el agua cetrina de los hidrópicos con facilidad. Su aspecto principal es al hígado, mundificándolo y confortándolo, y los miembros conjuntos á él, como el estómago y el bazo. Cura todas opilaciones destas mismas partes, y todas enfermedades causadas dellas, como hidropesía ictericia, porque juntamente con su buena obra, retifica la mala complexion del hígado. Resuelve ventosidades, y con facilidad las expele y resuelve, y abre toda dureza del hígado y del bazo y del estómago. Quita dolor de cabeza antiguo y mundifica el cerebro y los nervios, y evacua los humores que están en la cabeza y partes della. En lamparones ó escrófulas tiene buena obra. En pasiones de cabeza antiguas, como Axaqueca, Vaguidos, gota coral, y en todas distilaciones é corrimientos antiguos. En pasiones de junturas, en particular y en universal, como en gota artethica. En pasiones de estómago, como dolor, evacuando la causa y consumiendo ventosidades. En pasiones de urina y de vejiga, en dolores de hijada, en cólica de cualquiera que sea, hace maravillosa obra.

«Cura las pasiones de mujeres, en especial males de madre, evacuando y quitando la causa, como por la mayor parte provengan de humores frios, ó ventosidades, esta medicina los evacua. En pasiones de pecho, como tos antigua, asma, usada esta raíz muchas veces la quita y sana. En pasiones de riñones causadas de humores gruesos, los evacua y expele.

«En pasiones de bubas hace grande obra, y parece que para estas pasiones la crió Nuestro Señor, evacuando los humores dellas, que por la mayor parte son frios, mayormente cuando son de mucho tiempo envejecidos, los purga y los expele sin ningun trabajo: multiplicando el tomarlo las veces que fueren necesarias.

«Porque en estas enfermedades viejas y antiguas no basta una evacuacion, pero son necesarias muchas evacuaciones, las cuales se pueden hacer con mucha seguridad con esta raíz. Y de aquí es que no se deben de maravillar si con una evacuacion no se consigue luego la salud que se desea, porque muchas veces son menester muchas para desarraigat y expeler todo el mal humor que causa la tal enfermedad. Evacua esta raíz maravillosamente la causa de las fiebres largas é importunas, y todas fiebres compuestas, mayormente en las antiguas, como tercianas nothas, cotidianas flegmáticas y que corren este curso, y en fiebres erráticas, y en las causadas de opilaciones, usando della las veces que fuere menester.

«Porque en semejantes enfermedades largas ó importunas, no se ha de contentar el médico con una evacuacion sino con muchas, poco á poco digiriendo, y poco á poco evacuando, pues se puede hacer la evacuacion con esta medicina tan bendita.

«Usarla ha el que la hubiere menester, con buen ánimo y confianza, que le ha mucho de aprovechar. Lo cual hasta agora hemos visto en tantos; que con justo título se le puede dar entero crédito de sus buenas obras, pues vemos con cuanta facilidad y cuán sin accidentes hace los efectos que habemos dicho, y se espera que cada día se descubrirán mayores que se puedan añadir á éstos.

«El método y orden que se ha de tener en la administracion, y en el dar de estos polvos hechos de raíz del Mechoacan, se tomó del indio médico que dijimos y despues se ha usado en varias y diversas maneras.

«Lo primero que se requiere que haga el que ha de tomar estos polvos es que se prepare con buen regimiento y buen orden en todas las cosas no naturales, guardándose de todo aquello que pudiese ofender á la salud, y usando de aquellos mantenimientos que más le convengan y más dispongan el humor que principalmente pretende evacuar, y con esto use de algunos jarabes que tengan este mismo respeto, que dispongan el humor y preparen las vias por do ha de salir, y para esto es bien tomar consejo de Médico. Usará de clísteres, si no estuviere el vientre obediente, mayormente el día antes que los hubiere de tomar. Si por caso fuese necesaria sangría, harase con el parecer del médico.

«El cuerpo ansi preparado y dispuesto para purgarse, se tomará esta raíz escogida, como habemos dicho, y se molerá haciéndola polvos que no sean muy sutiles ni muy gruesos, sino medianamente molida, y pesarán dellos la cantidad que se hubiere de tomar, como diremos, y echarlos han en vino blanco, en tanta cantidad como fuere menester para beberlos, y tomarse han por la mañana: el vino es el mejor licor con que se pueden tomar, y así los usan en las Indias todos en general, porque el vino, como habemos dicho corrobora y da fuerza á estos polvos; y porque hay algunos que no pueden beber vino, en tal caso se les puede dar con agua cocida con canela, ó con anís ó hinojo, y si por ser el vino puro les ofende, puédesse aguar con cualquier agua; pero es tan poca la cantidad que de vino se toma, que no puede ofender ni dar pesadumbre á nadie. Puédesse aguar con agua de endivia, ó lengua de buey, ó de almirones. Y porque esta medicina no se da en fiebres agudas, sino en crónicas largas y temporales, súfrese el vino más que otro licor alguno, y con éste he visto yo mejor obra.

«Darase así mismo estos polvos mezclados con conserva vio-

lada y con jarabe violado, y es buena práctica, porque con su frialdad y humedad se corrige el poco calor y sequedad que tiene, y tómanse bebiendo encima vino aguado, ó algun agua de las dichas.

«Hácese de estos polvos píldoras formadas con letuario rosado de Mesue, y cierto hacen muy buena obra y purgan muy bien.

«Echanse tambien en pasta de obleas ó suplicaciones, y en mazapanes, y como ellos no tengan mal sabor, no se sienten, que sirve mucho para niños, y para los que no pueden tomar semejantes cosas.

«Las píldoras que destos polvos se hicieren han de ser muy pequeñas, poco más que culantro seco, porque más presto se disuelvan y no calienten, y obran más presto y mejor.

«Puédense dar por la mañana y á la noche.

«Dánse estos polvos con prosperísimos sucesos, echados en jarabe rosado de nueve infusiones, mezclando la cantidad que dellos se hubiere de tomar á dos onzas de jarabe, y ciertamente hace esta mixtion maravillosa obra, porque se vigora y esfuerza mucho la obra de los polvos.

«Evacuan humores coléricos gruesos, y flegmáticos y permixtos y la serosidad de la sangre, y así es grande medicina y de maravillosa obra. Evacua potentísimamente el agua cetrina de los hidrópicos y cacécicos, frecuentándolos muchas veces, dando entre una purga y otra cosas que corroboren y esfuerzen el hígado. En caldo se toman muchas veces y hacen buena obra.

«Hase de tomar esta medicina ó purga por la mañana, bien de mañana, y despues de tomada la pueden dormir media hora sobre ella, antes que purguen, porque el sueño prohíbe el vómito, y hace mejor actuacion el calor natural en la medicina.

«Pero si temiere el que tomase estos polvos ú otra cualquier medicina purgativa y temiere vómito, puede hacer un remedio de que tengo larga experiencia, y es que acabada de tomar la purga, esta ú otra cualquiera, tenga una yema de huevo asada caliente, deshecha entre los dedos, y puesta en un lienzo ralo, y así redonda se la ponga en el hoyo de la garganta que llaman la olla, y ténjala allí hasta que comience á purgar, porque ciertamente prohibirá el vómito, y así mismo los humos que de la purga suben, que no es poco contento.

«Despues de haber algo dormido, si pudiere, en comenzando á obrar, no dormirá ni comerá ni beberá cosa alguna, estando en parte donde no le ofenda el aire ni mucha conversacion, porque todo el intento ha de ser purgar, prohibiendo todas las cosas que impidan la evacuacion.

«Y he de advertir que una de las mayores excelencias que esta

purga tiene es estar en mano del enfermo evacuar la cantidad de humor que quisiere. La cual es cosa que los antiguos consideraron mucho: porque tratando cual sea más segura, la purga ó la sangría, no ponen ser otra causa más principal para que la sangría sea más segura, de cuanto en la sangría podemos sacar la cantidad que quisiéremos de sangre, y en la purga no, porque una vez tomada no es en mano del médico ni del enfermo que deje de hacer su obra, lo cual no hay en esta nuestra purga de la raíz de Mechoacan, pues con tomar unos tragos de caldo, ó con comer cualquiera cosa, haciendo su obra, la deja de hacer totalmente. Y así no pueden exceder, ni se puede desenfrenar.

«Cierto es de tener en mucho que se haya hallado género de purga que con tanta seguridad tan poderosamente haga su obra, y que esté en voluntad del que la toma desque ha hecho lo que le parece que basta, que con unos tragos de caldo no obre ni purgue más.

«Desque el médico ó el enfermo vieren que ha acabado de evacuar, y ha purgado lo que le conviene, danle han de comer, tomando al principio de la comida una escudilla de caldo, y desde á un rato coma de una ave, y en lo demás gobiérnese como purgado, así en el beber como en el comer, como en la guarda que ha de tener de su persona por aquel día que lo tomare. Guárdese de dormir entre día ni beber hasta la cena, la cual será liviana y de cosa de buen mantenimiento.

«Otro día tomará una mediana lavativa y alguna conserva, y de ahí adelante tendrá buena órden y buen regimiento en todo lo que le convenga.

«Y si con tomar una vez estos polvos el enfermo no sanare, ó no evacuar lo que es menester para sanar, puédense tornar á tomar tantas veces como viere el Médico que conviene. El cual tendrá cuidado, despues de purgado el enfermo, confortar y alterar los miembros principales.

«Y en esto yo no puedo dar parecer preciso porque son diversas y varias las enfermedades, y son menester para esto varios y diversos remedios, y mi intento no es más que escribir el uso de la raíz de Mechoacan, como de cosa de tanta importancia, y como de purga y remedio tan excelentísimo como naturaleza nos ha dado.

«Que si el tiempo nos ha quitado la verdadera mirra y el verdadero bálsamo, y otras medicinas que los antiguos tuvieron que en nuestros tiempos no hay memoria dellas, las cuales con el tiempo se han perdido.

«El mismo en lugar dellas nos ha descubierto y dado tantas y tan varias cosas, como habemos dicho que nuestras Indias Occi-

dentales nos envían, en especial el Mechoacan, purga tan excelentísima y tan benigna, que hace su obra con tanta seguridad, blanca en el color, graciosa en el olor, fácil de tomar, sin pesadumbre en el obrar, y sin aquella horribilidad que tienen las purgas, y sin aquellos accidentes y congojas que vienen al tiempo de tomarlas, y sin aquel trabajo con que hacen su obra.

«Tiene esta raíz, allende de lo susodicho, propiedades y obras ocultas que no alcanzamos, que con el tiempo y uso della se sabrán y descubrirán cada día.

«El dosis ó cantidad que se dá de los polvos hechos con la raíz de Mechoacan es conforme á la obediencia del vientre del que los hubiera de tomar. Unos purgan con corta cantidad: que yo conozco un señor destos reinos que con peso de medio real purga muy bien, y otros que han menester peso de dos reales, y otros peso de tres, y en esto debe cada uno variar la cantidad, como tuviere obediente el vientre, más ó menos. Ansimesmo se varía la cantidad conforme á la edad, porque el niño ha menester poco, y el mozo más, y el varon ya robusto mucho más y menos el flaco y más el fuerte. Y por esta causa variará el Médico la cantidad como le pareciere que conviene. Porque al niño le dará peso de medio real, y al mozo peso de un real, y al hombre peso de dos reales, que es lo que comunemente se toma. En las mujeres no conviene dar menos que peso de dos reales, y en esto se puede tener una consideracion, y es que pues está en manos del Médico quitarles su obra cuando viere que exceden, vale más dar un poco más, pues con tomar unos tragos de caldo, si excediere, se puede remediar el exceso.

«Esto es en suma lo que tengo hasta agora entendido de la raíz que traen de la provincia de Mechoacan: lo que más supiere della escribiré como el tiempo y uso de ella lo demostraren.»

Estos elogios de Monardés á la raíz de Michoacán, cuya exactitud no nos es dado aquilatar, debieron haber llamado mucho la atención en la patria de los conquistadores, y así nos lo demuestra la Real Cédula siguiente: «Al márgen—P.^a que embie la Rayz De mechoacan verde.—

EL REY

«Don martin enriquez nro Vissorrey y gour., y capan genal de la nueva spaña, presidente de la audiencia Real que en ella reside, saued que nos ymbiamos amandar al marques de falces nro Vissorrey que asido de esa tierra que nos imbiasse a estos Reynos de la Rayz de mechuacan Verde para que se pudiese Plantar aca, el qual nos escriuió que lo auia dexado de ymbiar en la flota que bino Por general Joan de Velasco de barrio por dos cosas la Vna

Por que el Verano la secaria á Tan Largo Viaje, y la otra por que estebien á Raigada en los mismos nauios que sea de ymbiar no podia llegar con la perfection que fuese menester, y que asi la ymbiaría con el primer nauio que ouiese aproposito Procurando que Venga de manera que llegue Verde y con La fuerza que para prender enesta tierra es menester y por que nos desseamos que esto se cumpla Vos mando que llegando que seays á aquella Tierra os informeis y sepays si el dicho marqs. de falces nos aymbiado La dicha Rayz de mechoacan Verde, y si no lo ouiere hecho nos La ymbieis Vos Por la orden que escriue que tenia acordado de La ymbiar.—fecha en madrid adiez ynueve de Junio, de mil y quinies. y sesenta y ocho aos.—*Yo el Rey.*—Por mand.^o de su magd. *Franco de Erasso.*»

(Primera | y | Segunda | y | Tercera Partes | de la Historia Medicinal. de las cosas que | se traen de nuestras Indias Occidentales, | que siruen en Medicina. | Tratado de la Piedra Besaar, y de la yerua | Escuerzonera | Dialogo de las grandezas del Hierro, y de sus virtudes | Medicinales | —§Tratado de la Nieve, y del beuer Frio §- | —§Hechos por el Doctor Monardes, Médico de Sevilla.—§ | Van en esta impresion | La Tercera parte, y el Dialogo del Hierro, nue- | uamente hechos: que no han sido impresos hasta | agora | Do ay. cosas grandes y dignas de | saber. | Con Licencia y Preuilegio de su Magestad. | En Seuilla. | En casa de Fernando Diaz. | 1,580. 1 vol. en 4.^o Pag. 22 frente y las subsecuentes.)

«Recopilación de Todas las Cédulas. Prouissiones eynstru | «ciones dadas por su Magd., y otros despachos, y Recaudos de | su «Real hazienda, enestanueua, spa, a los offs, ministros, eotras | «personas a cuyo cargo asido enella, por su magd. desde el año, «de | M. d. xxij. que fue el principio de la poblacion, conquista y «des | cubrimto. desta Tierra, en adelante segun parece por los «libros an | tiguos, y modernos de la Real contaduria, de donde se «saca y | Recopila, por su horden y tiempos, porm, do del muy «exte. Señor Don Martin enriqz. Vissorrey guor, y Cappan gene- «ral por | Su Magd. enesta dha. Nueua spa en la manera siguiente.»

(Un volumen folio, ms. en mi poder: comprende de 1522 á 1574.)

Pustengua.—El polvo de toda ella se usaba para curar las úlceras.

Putzute.—Muy útil á los asmáticos su cocimiento.

Putzutez.—Sirve para curar los tumores de la garganta.

Quaranhueca.—Dos vegetales tienen este nombre, aunque pertenecen á diversas familias, á juzgar por su descripción. Es glutinosa y de naturaleza fría una de ellas, y se usa como pectoral,

anodina y astringente. La otra sirve principalmente para curar las luxaciones y fracturas de los miembros, y de esa propiedad se deriva el nombre.

Quardnniqua.—Molida y aplicada en las fracturas de los huesos las cura.

Quarenquequa.—Sus hojas y tallos aplicados en emplasto sobre los huesos rotos ó los miembros luxados, los arregla y cura.

Quraeretape.—El polvo de sus hojas, esparcido sobre las úlceras, las cura por ser muy astringente.

Quatáxcuqua.—Su raíz es fría, seca y astringente. Toda la planta, molida y aplicada en cataplasmas, cura las enfermedades renales.

Quauhverámbeni.—El cocimiento de la raíz de ésta, mezclado con el de la *Aphátzipuntzúmeti*, servía para curar la sarna y las ulceraciones, tumores y demás enfermedades externas.

Quereri.—Véase: *Yuriripitacua*.

Quitihcuqua.—Sus hojas, aplicadas en cataplasma, curaban los tumores.

Sirangua ó Cutzuri.—Con esta hierba decían los indios que podían ver fantasmas; es decir, que ella alteraba la enervación cerebral.

Sihua.—Sus hojas, molidas y aplicadas en cataplasma, mitigan los dolores, aunque sean de lúe venérea.

Sinchene.—Su cocimiento cura la sarna.

Siruri.—Cura los dolores agudos, aplicada en cataplasmas.

Tharepen.—Su cocimiento, mezclado con *Atole*, cura la diarrea, y el mismo, solo, la tos.

Tahtzireni ó Tatsúmaqua.—Sus raíces, parecidas á las del *helecho*, aplicadas en cocimiento, curan la disentería, y las hojas en emplasto, la fiebre de esta misma enfermedad.

Tatzíngueni.—Herbácea cuyos pseudo bulbos se usan en cocimiento contra la disentería.

Tatzirini.—Con ella se cura la disentería.

Tarecho.—El cocimiento de sus hojas, instilado en los párpados, cura las enfermedades de los ojos, entre ellas las opacidades de la córnea.

Tarépeni ó Tuxten.—Sirve su cocimiento para curar la tos.

Tecomahaca.—Árbol de gran tamaño, astringente, caliente y seco en tercer grado.

Mana de este árbol, cortándolo y sajiéndolo, y también espontáneamente, una goma que puede substituir á la mirra. Sana los dolores nacidos de ventosidades, disipa los humores lentos y viscosos; cura las enfermedades uterinas, heridas de los nervios, ciática, gota. Es un remedio santísimo.

Tépari.—Tres plantas reciben este nombre, y parece ser cada una de ellas de diversa familia. El cocimiento de la primera cura las úlceras, aplaca la fiebre, y mezclada con grasa calma los dolores artríticos. La segunda, aplicada en cataplasma, contiene la diarrea y es antídoto contra' el opio.

La tercera sana los dolores y punzadas.

Tistruqua.—Machacada y untada cura los dolores y las fiebres.

Otras dos del mismo nombre sirven contra la diarrea y las enfermedades del pecho.

Tépari sirangua.—Sirve para curar las fiebres provocando el sudor.

Thivimeezqua.—Tomando su raíz en cantidad de una onza, produce alucinaciones y trastornos cerebrales; cohibe la disentería y cura los dolores provenientes de lúe venérea.

Ticutniyahchaqua ó Terendapo.—El cocimiento de toda ella lo usaban en las enfermedades hepáticas y cardíacas, y también para las úlceras.

Tihuati.—Su raíz, administrada al interior en dosis de seis dracmas, purga á los hidróticos y caquéticos, devolviéndoles la salud.

Tirixénduqua.—Toda la planta goza de propiedades astringentes y es apta para curar la diarrea.

Toma.—Su cocimiento cura las llagas antiguas y los dolores del hígado.

Tucuretzqua.—El cocimiento de ella cura la disentería.

Tucuru esqua.—El cocimiento de sus hojas cura los dolores de cabeza.

Tacúpacha tzitziqui.—Hierba semejante al Orégano, cuyas hojas, administradas en cocimiento, al interior, curan los cólicos, expelen el frío y provocan la orina y el sudor.

Tuxten.—El cocimiento de las hojas cura la tos.

Tsinchaqua.—Planta herbácea, y de la cual son varias las especies.

Las hojas verdes y asadas, mezcladas con una grasa, aplicadas al estómago y á la parte correspondiente en el dorso, ayudan á la digestión y curan el ahito. Si se ponen sobre el bazo, resuelven y adelgazan los humores y durezas; mitigan los dolores nacidos de causa fría, limpian las llagas viejas y carnosas; sanan heridas de cabeza, quitan el dolor de dientes. Tomado el polvo por la nariz da resistencia física, acrecienta las fuerzas y pone cierto ánimo y vigor muy increíble para sufrir los trabajos. Los que tomaren de la corteza cuanto cupiere en una cáscara de nuez de tal manera se embriagan, que luego caen en tierra medio muertos y sin juicio, y

así los que usan de este medicamento más á menudo de lo que conviene, pierden el color y traen la lengua seca y escabrosa.

Es gran remedio para los bubáticos; mitiga el dolor de las juntas y la gota; resuelve ventosidades, durezas é hinchazones; quita cualesquiera dolor rebelde y envejecido; estorba las molestias de las pulgas, regando la casa con el cocimiento de esta planta.

Otros muchos usos tiene, tales como el mezclar el polvo de sus hojas secas con cal y traerlo en la boca entre encía y carrillos para tener un sueño ligero y sosegado.

Las hojas secas y arrolladas, metidas dentro de un canutillo de caña ó de papel, y poniendo á él un cabo en la boca y nariz, dando fuego por el otro y tomando el humo por la boca, se siente grande alivio en enfermedades del pecho y otras muchas.

Tzacápeni.—El cocimiento de su raíz calma y quita la inflamación.

Tzacápeni.—Su raíz, machacada y aplicada sobre los tumores, los cura.

Tzaguánguni ó Xeretsi.—Planta herbácea semejante al Ajenjo. Aplicada á las hemorroides, ó llevada bajo el brazo, las seca y las extingue.

Tzahuengueni.—Su raíz se aplica como remedio de la sarna, gomas sifilíticas, flatulencias, y también como pectoral y sudorífica.

Para fines de hechicerías se utilizaba igualmente.

Tzahuénguni ó Zacacucuchi.—Sus hojas, machacadas y aplicadas en cataplasma, curan la sarna. El polvo de la raíz, al interior y en cantidad de dos dracmas, es diurético, emenagogo, pectoral y contra los cólicos é hidropeía.

Tzátzequa.—Su raíz, machacada y aplicada sobre las úlceras de las pudendas, las cura.

Tzátzecua.—Su raíz cura los tumores y consolida la fractura de los huesos.

Tzátzequa.—Machacada toda ella y en emplasto, cura los padidos y otros tumores análogos.

Tzicutpeni.—Hay dos hierbas de este nombre muy parecidas, y sus raíces se aplican contra el morbo gálico y la fiebre.

Tzúpaeti.—Sus hojas, en cataplasma sobre el pecho, curan las enfermedades de esa región.

Tziquípeni.—Sus raíces se usan para curar los dolores del pecho.

Tziquareni.—El jugo de sus hojas cura las enfermedades de los ojos, y mezclado con miel y cera sana las ulceraciones antiguas.

Tziquitsiqua.—Su latex tiene propiedades cáusticas.

Tzinoma.—Su cocimiento cura los exantemas, consecuencia de las fiebres agudas.

Tzirítzecua.—Su goma es muy útil en varias enfermedades.

Tzirúmutahuitzacua.—Su raíz calma los dolores de vientre.

Tzitziqui.—Su cocimiento provoca la orina y cura las afecciones renales.

Tzitzihuangua.—El cocimiento de su corteza cura la disentería.

Tziva.—Su raíz es amarga y caliente, y sus renuevos caulinares curan la sordera.

Tzucureni.—Su raíz quita los dolores, tumores, flato y estreñimiento.

Otra del mismo nombre y quizá de la misma especie, cura la disentería.

Xahuiqui.—Planta herbácea, cuyos bulbos cocidos se comen con gusto por tener sabor parecido á las castañas.

Xangungua.—Toda ella, tomada en cocimiento, cura la disentería.

Xárraro.—Su raíz, mezclada con media onza de *Curítzeti*, purga.

Xárraro.—Planta herbácea. Su raíz, amarga y olorosa, es caliente y seca en tercer grado. Tomada en cantidad de dracma y media, mezclada con la llamada *Curítzeti*, purga y quita la sed y cansancio.

Xarímpsqua.—Toda la planta, que es de sabor ácido como lo indica el nombre, es de calidad fría y seca.

Xaté.—Hierba cuyos tallos y latex se utilizan como purgantes, así como también el aceite de sus semillas.

El jugo lechoso se usaba para curar las oftalmías.

Xátzequa.—El jugo de sus hojas cura las inflamaciones de los ojos.

Xengua.—El cocimiento de su corteza cura la disentería, y pulverizada, sana algunas enfermedades de los ojos.

Xinhuenenchi.—Su raíz, en cocimiento y al interior, cura los catarros y fiebres.

Ucuro.—Planta herbácea parecida á la Escorzonera y con usos semejantes.

Vcaz.—Con propiedades y usos semejantes á los de la *Cupanda*. (Véase.)

Yahuángueni.—El polvo de su raíz, aplicado sobre las quemaduras, las cura; y las semillas, en dosis de dos dracmas, provocan la orina y hacen arrojar las piedras de los riñones.

Yararo.—El cocimiento de su raíz cura los dolores.

Yerba de los Motines.—Aplicada en fricciones sobre los miembros hinchados, los vuelve á su natural estado.

Hay otra del mismo nombre, de aspecto de hiedra, cuya semilla, machacada y desleída en agua, dada á beber en cantidad de una dracma, expelle los malos humores.

Yerba de Juan Infante.—Véase *Yuriripitacua*.

Yhuatitzitzicuqua.—Toda ella, molida y aplicada como emplasto sobre el vientre, cura la disentería.

Yhuatsi tisimecua.—Hierba con olor y sabor de culantro, que sirve para curar las fiebres.

Yhuanytzutz.—Reducida á polvo sirve para curar las ulceraciones cancerosas, y por tal propiedad tiene ese nombre.

Yrépeni.—Su raíz, pulverizada y esparcida sobre las úlceras, tanto de los hombres como de los animales, las cicatriza.

Sus hojas, machacadas y aplicadas sobre los tumores, los resuelve.

Ytzicuqua.—Su raíz, pulverizada y tomada en cantidad de dos dracmas, cura el paño.

Yurehuen.—Hierba que elimina las ponzoñas, y es afrodisiaca y emenagoga.

Yuriri pitacua.—Planta herbácea de naturaleza fría, seca y astringente; mata á los piojos, cura las llagas antiguas y recientes, detiene el aborto y alivia la disentería.

Quita los dolores de la lúe venérea, y aplicada á los ojos cura sus inflamaciones.

* * *

Respecto al cálculo y división del tiempo, así como á la manera de contar por los tarascos, hay pocas y vagas noticias en los escritores primitivos.

Una errónea conjetura de Boturini ha sido causa de que los historiadores á él posteriores hayan aseverado que los tarascos usaban el mismo calendario de los matlaltzincas: nada más inexacto que esto.

La tan citada «Relación de Michoacán» contiene unos cuantos datos referentes á este interesantísimo punto. Refiriendo una embajada que *Tariácuri* envió á su cuñado *Hiuacha*, con sus dos sobrinos é hijo, dice: «Partieron sus sobrinos é hijo todos tres juntos y llegaron donde estaba *Hiuacha* que habia salido del baño, que se habia bañado y estaba asentado á un lado, y saludolos y dí-

joles: «bien seas venidos chichimecas,» y pusieron allí el pescado delante dél, y antes que hablasen ni le dijese lo que les había dicho *Tariácuri*, anticipose *Hiuacha* y díjoles: «¿qué venis á decir hermanos, cómo no venis á hablar de guerra; esperad contaremos los días; *el día de la caña, el día de la agua, el día de la mona y de la navaja*, que yo *Hiuacha* no peco más comantes, compro los esclavos.» Acostumbraban los mexicanos contar sus meses y días por unas figuras que tenían pintadas en unos papeles, una caña y agua, y una mona y una navaja, así hacen veinte figuras, un perro y un venado y contando por allí los días tomaban sus agujeros para pelear y para ver el nacimiento de cada uno, y esta cuenta parece que la tenía este señor *Hiuacha* y *no los chichimecas* (los hoy llamados *tarascos*).

Oyendo que habló *Hiuacha*, *Tangaxoan* no se pudo contener y dijo: «¿quién te dijo que cuente los días?» «nosotros no peleamos contando de esa munera»

Los tarascos llamaban y aun llaman á los meses lunas (*Cutzis*), y éstos constaban de 20 días cada uno, divididos en períodos de á 5 días, y es de creerse que cada uno de aquellos correspondía á una fiesta religiosa de las más solemnes.

En la «Relación» encontramos el nombre de ellas y mención de algunas anónimas.

Son éstas:

- 1 *Ansiñáscuaro*.
- 2 *Caheri Cósquaro*. (La gran *Cósquaro*.)
- 3 *Caheri Vapánsquaro*. (La gran *Vapánsquaro*.)
- 4 *Curíndaro*. (*Curinda*, pan.)
- 5 *Cuindo*. (Fiesta de los pájaros, *Cuini*.)
- 6 *Charapu zapi*. (El pequeño Alacrán.)
- 7 *Izcuata cónsquaro*. (Fiesta de las flechas, *Izcuata*.)
- 8 *Hicuándiro*.
- 9 *Huni peránsquaro*. (Fiesta de los huesos, *huni*.)
- 10 *Mazcoto*.
- 11 *Purecorahua*.
- 12 *Sicuándiro*. (Despellejamiento.)
- 13 *Vapánsquaro*.
- 14 Una fiesta anónima.

De otras dos fiestas instituidas en tiempos muy cercanos á la conquista, nos da noticia el P. Francisco Ramírez, de este modo:

« en las tinieblas de su idolatría tuvieron algunos prenuncios y nuevas (de la Fe Católica) por medio de vn Sacerdote suyo, que ellos mucho veneraban, el qual, (no sin luz del cielo, a lo que

se puede creer) les auisó, que presto vendria quien les enseñase la Verdad de lo que debian creer, y adorar, y para más disponerlos á esto comenzó á celebrar á su modo muchas fiestas de las que nuestra madre la Iglesia celebra, como era la que llamaban de *Peuánsquaro* ó de *Navidad*, y de la del *Tzitaquarénsquaro*, ó de la Resurreccion»

(Historia del Colegio de la Compañía de Jesús, de Pátzcuaro. Por el P. Francisco Ramírez, su rector. Año 1600. La publica el DR. N. LEÓN. México, 1903. Págs. 11-12).

Añadiremos á la lista de la «*Relación*:»

15 *Peuánsquaro* (Navidad).

16 *Tzitacuarensquaro* (Resurrección).

Como se cita la fiesta de *Caheri Cósquaro*, es de suponerse haya existido ésta.

17 *Cósquaro*.

El Sr. Rufz habla de otra que llama *Parandatsícuá*, y creo que es una invención suya, como casi toda su obra.

Suponiendo que cada una de ellas haya sido el nombre de un mes de 20 días, tendremos: $17 \times 20 = 340$, cantidad á la que faltan 25 días, ó sea 1 mes y 5 días; conjeturamos, por analogía, que estos tarascos tuvieron un año (*Véxurin*) de 18 meses (*Culzís*), compuesto cada uno de ellos de 20 días (*Huria*) (dato positivo) ó sea el año común lunar de 18 neomenias y 5 días *epagómenos*.

El Sr. Troncoso (*Calendario de los Tarascos. Morelia, 1888*), se inclina á creer que los tarascos tendrían la costumbre de *intercalar* los días sobrantes cada cuatro años, pues así lo hacen pensar sus agüeros y pronósticos:

«Antes que viniesen los españoles á la tierra, *cuatro años* continuos se les hendían sus cites, dice la *Relación de Michoacán* (p. 67); y en otra parte hace decir al monarca *Zuangua* (p. 74) que el hijo que le sucediere *cuatro años* será maltratado, despues de los cuales sosegará el señorío.»

¿Cuáles eran el *principio* y *fin* del año, y el orden de sus fiestas ó meses?

Ningún dato tenemos acerca de tan interesantes puntos. La «*Relación*» señala solamente las fechas de algunas, y de tal cual su objeto y particularidades.

Con algunas correcciones inserto aquí lo que respecto á esos particulares investigó el Sr. Troncoso:

«*Anónima*. Correspondía con el 14 de Noviembre: se cita en la «*Relación*» (p. 404) con motivo de la ida del cacique D. Pedro á Zacatula: no se sabe cuáles eran las ceremonias que en ella se practicaban.

«*Anziñásquaro*. La fiesta comenzaba, según parece, á la media noche. Invocaban al dios del Fuego y á varios dioses celestes para que les diesen buen suceso en las guerras, porque las emprendían en este mes. (p. 25-27.)

«*Cahericóscuaro*. Caía el 17 de Julio: no se tiene noticia de los ritos que en ella se celebraban. Viene citada con motivo de la llegada de Cristóbal de Olid á Taximaroa. (Op. cit. p. 87.)

«*Caherivapánsquaro*. Se ignora su fecha. Lo que de ella sabemos es, que se hacía un baile y que los individuos que tomaban parte en la danza llevaban unas cañas de maíz á las espaldas. (Op. cit. p. 20.)

«*Curíndaro*. Durante la fiesta, cuya fecha no sabemos, llevaban á la diosa *Cuerauhperi* sus sacerdotes hasta la ciudad de Michoacán (Relación, p. 20), y allí le hacían una ofrenda de dos esclavos para su sacrificio, pues la reverenciaban con los nombres de Creadora y Madre de los Dioses.

«*Cuindo*. (Relación, p. 20 y 108, si no es que se trata de fiesta diferente). Venía de nuevo la diosa *Cuerauhperi* á la ciudad de Michoacán. Durante la fiesta hacían con pan de bledos ciertas figuras de animales. Sacrificaban hombres después de haber peleado con ellos: muertos ya, los desollaban, vestíanse las pieles y bailaban. Aunque tiene analogía con la fiesta llamada *Tlacaxipehualiztli* por los mexicanos, ignoro si se celebraba por Febrero y Marzo como aquélla.

«*Charapu zapi*. En esta fiesta se hacían ofrendas por los sacrificados y desollados en la de *Sicutndiro*: debía caer poco después. (Relación, p. 20.)

«*Izcuatacónscuaro*. (Op. cit. p. 125.) Era la fiesta de las flechas, en que se sacrificaba generalmente á los malhechores. Con motivo de la ceremonia hacía el gran sacerdote un parlamento dando cuenta al pueblo del origen de sus dioses, y de los monarcas, y de los antepasados en general. Ese parlamento es el que se nos ha conservado bajo forma de relación en la obra que se cita.

«*Hicuáñdiro*. Llegada la fiesta se mandaba traer leña para honrar á los dioses antes de ir á la guerra, y se reunía la gente que debía hacer las entradas. Tal vez precedía á la de *Anziñásquaro*, pero la «Relación» nada dice acerca de esto. (p. 29.)

«*Huni perásquaro*. Velaban con los huesos de los cautivos los que los habían prendido. Esto se hacía en los templos, donde los sacerdotes decían *la historia de los huesos*: había cantares y danzas. (Relación, págs. 287 á 289.)

«*Mazcoto*. Se celebraba el 7 de Junio. No dice la «Relación» (p. 197) qué ceremonias se hacían en ella.

«*Purecorahua*. (Relación, p. 85); á 23 de Febrero. Se hace mención de ella con motivo de la venida del primer español á Taximaroa. Se hacía por este tiempo el sacrificio de las orejas.

(Dice el Sr. Rufz (425) que en esta fiesta renovaban los tarascos sus utensilios de cocina.)

«*Sicuñdiro*. Estaba dedicada á *Cueraudhperi* (págs. 19, 20): se hacían á la diosa sacrificios llevando los corazones á la fuente de *Araron* y vistiéndose las pieles de los muertos: cortaban los cabellos á los asistentes para mezclar los mechones con la sangre de los sacrificados y echar todo en el fuego. También dedicaban la fiesta al mayor de sus dioses, *Curicaveri* (p. 27): renovaban en ella los templos del ídolo (p. 205). Los mexicanos hacían también sacrificios con desollamiento en el mes *Ochpaniztli*, que caía por Agosto y Septiembre y estaba dedicado á la Madre de los Dioses. (Sahagún, I.—150, 155.)

«*Txitacuaréncuaro*. Algunos dicen que el nombre mexicano del mes *Iscali* significaba resurrección; la fiesta respectiva se celebraba en Enero.

«*Vapánsquaro*. (Rel. Michoacán, p. 132); á 25 de Octubre. Parece que era fiesta campestre, porque cogían mazorcas de maíz para celebrarla. Otro tanto se hacía en la de *Caheri vapánsquaro*. Por la semejanza de ceremonias y de nombre podía creerse que ambas fiestas eran una misma, pero como en la última entra el elemento *caheri* que significa *grande*, se debe aplazar la solución del punto hasta tener mejores datos. En el calendario mexicano la fiesta de los Señores (*Tecuilhuitzintli*) tenía su gran fiesta (*Huei tecuilhuittl*): la de los muertos (*Miccailhuitzintli*) tenía fiesta grande (*Hueimiccailhuittl*) y otro tanto sucedía con las fiestas del Heno (*Pachtli*) y de la Velación (*Tozostli*). ¿Tendrá también la fiesta *Vapánsquaro* de los tarascos su gran festividad *Caheri vapánsquaro*?

«En varias partes de la «Relación» se habla de algunas fiestas que los tarascos celebraban, y aunque no todas tienen correspondencia con el calendario romano, basta encontrarla en una sola para tomarla como punto de partida y desarrollar la serie. Escogeré con tal objeto la fiesta llamada *Mascoto* que se hace coincidir con el 7 de Junio (p. 107). Estas fiestas caían de 20 en 20 días porque se celebraba una cada mes, como claramente lo expresan varios autores que han estudiado el calendario de Anáhuac. La fiesta siguiente debía caer por lo mismo en 27 de Junio, y la inmediata en 17 de Julio: tenemos de esta última una correspondencia en dicha «Relación» (p. 87) donde se habla de la fiesta *Caheri cósquaro* que caía en la fecha citada. Continuando el desarrollo de la serie tendre-

mos para las fiestas inmediatas las fechas que siguen: 6 y 26 de Agosto, 15 de Septiembre, 5 y 25 de Octubre: ninguna de las intermedias tiene correspondencia con nuestro calendario, pero la última llamada *Vapánsquaro* en la «Relación» (p. 132) queda referida á la fecha que indico. Partiendo del 25 de Octubre la fiesta siguiente debía caer en el 14 de Noviembre, y justamente en esa fecha registra la Relación expresada (p. 104) una festividad anónima. Prosigamos del mismo modo para obtener todavía otra correspondencia que considero decisiva en el caso que analizo: desde el 14 de Noviembre y contando de 20 en 20 días llegaremos sucesivamente al 4 y 24 de Diciembre, 13 de Enero, 2 y 22 de Febrero: con diferencia de un día, que puede atribuirse á algún error de la copia ó del indio computista, corresponde la fiesta *Purecoragua* con el 23 de Febrero (p. 85). Si los días intercalares cayeran á fines de Diciembre la diferencia debía ser de 5 días, y la fiesta hubiera quedado retrasada hasta el 27 de Febrero.»

No sabemos cómo dividían los días, á los que llamaban *Húria*: indicaban la mañana ó madrugada con el nombre de *Tzipa*, á la tarde decían *Inxdtiro*, á la noche *Achuri*.

El tiempo, en general, era *Sónagua*, el mes *Cútzis*, por ser lunar, y el año *Véxurin*.

Las estrellas recibían el nombre genérico de *Hóscua*, las Pléyades *Van* (muchas), el Sol *Huriata*, la Luna *Cútzis*, y la Conjunción lunar *Cútsi variqua*, es decir, *Muerte de la Luna* ó *Luna muerta*.

Las estaciones se conocían con estos nombres: Primavera, *Tzitziquicuravenscua* (época de flores); Verano, *Hosta* (estrella); Otoño, *Haniscua* (lluvia); Invierno, *Yauánsqua* (helada).

Con respecto á los puntos cardinales, que bien distinguan y conocían, así les llamaban: Oriente, *Terúchuqua*; Poniente, *Huriata-miachácuaro* (descanso del Sol); Norte, *Tariata yangua* (Sol helado); Sur, *Tzacapendo* (lugar pedregoso). Gilberti señala al Oriente con el nombre de *Huriata verácuaro* ó *Teruhchuqua hahchurini*.

Fr. Juan Baptista de Lagunas señala una división de las «horas del día y de la noche,» pero éstas «conforme á la sagrada escritura» y no según uso de los indios tarascos. Aunque en ello ha de haber muchos neologismos, debe existir algo del caudal precolombino.

Nótese, dice, que cuando amanece, se entenderá por Hora de prima. Y diráse: *Erande*, porque aparece alguna claridad por diversas partes ó *Thupuchurhácuaro*, de *thuputhupus*, cosa ó lugar muy blanco en alguna parte baja ó al oriente: ó *Tzipaco*, muy de mañana, que quiebra la mañana, ó florece el día, vel *Ahchurequahco*;

que el día sigue á la noche, ó que la noche es ahuyentada del día.

Cuando sale el sol dicen: *Huriata verátiro* vel *Eteramótiro*; cuando comienza á asomar cuasi como fuego amortiguado; *Piriramótiro* cuando del todo acaba de asomar.

Como á las siete dicen: *Çantarhanchemótiro*, cuando viene un poco subiendo. Entre siete y nueve: *Çantarhancheniótiro*; muy subido el sol. Desde las nueve hasta las doce se dice *Çanharhahtacupátiro*; un poco apartado del medio día.

Desde el medio día llaman *Teruxutini*; estar en medio del cielo. Á la una llaman *Tehtehcamátiro*, que se ladea, reclina ó recuesta el sol. Á las dos, *Çantehtehcamátiro*. Á las tres *Çan*; un poco ó mucho ladeado el sol. Á las tres, exactamente, dicen *Vecorhimátiro*; lugar de la caída del sol. Á las cuatro, *Çanharhamucupátiro*; un poco apartado del Poniente, y *Etemucupátiro*, cuando le falta al sol muy poquito para esconderse del todo. *Inchátiro* es la puesta del sol. *Sichamandecua* ó *Sinchámando* es el crepúsculo; entre blanco y pardo. *Tirimanhádecua* ó *Tirihpando*; alobreguecer. *Kuipoquarho* ó *Kamanguenscuaro*; duermen ó se recogen.

Yónequa, la media noche.

Vanaphátiro, entre media noche y alba.»

(*Lagunas*. Arte y Diccionario tarascos. 2.^a d.ⁿ pág. 62. *Morelia*, 1890). (*Gilberti*. Arte en lengua de Mechuacan. 2.^a d.ⁿ fols. 169-173 vto. *México*, 1898).

Ningún documento precolombino se ha encontrado hasta ahora que gráficamente muestre el *Calendario tarasco*.

En la «Genealogía de los Caciques *Cuara Irecha*, de Pátzcua-ro,» pintada en los primeros años del siglo XVII (circa 1601) que en estado fragmentario agencié de uno de sus descendientes, para el Museo Michoacano, se encuentra una hoja rota é incompleta conteniendo una rueda ó Calendario, y es la que muestra la adjunta lámina.

Como en ella se mira, los meses están divididos al estilo europeo y son de 30 días; como indicante del mes, á más de su nombre latino, hay la imagen de la Luna en creciente, ó sea lo equivalente á *Cutzis*, denominación en lengua tarasca con que se distingufan los períodos de tiempo en que ellos dividían el año.

En la parte central quizá estaría pintado el Sol, pues se dejan ver algunas puntas de rayo, pintadas de rojo, y á más una estrella. En uno de los ángulos aparece el número XX que será referencia á la antigua división vigesimal del año.

* *

De la aritmética y arte de contar entre los tarascos precolombinos nos da Gilberti las noticias subsecuentes:

«SIGVE SE EL MODO DE contar en esta lengua de Mechuacan.

«Nota, que en esta lengua ay. 4. numeros, es a saber menor, mediano. mayor, y vltimo. El menor es de vno, a. x. El mediano de diez. a. xx. que llamā maequatze. Exemplo, vn. xx. ij. xx. &c. hasta cccc. que es el numero mayor, que dizen, mayrepeta, que son. cccc. y de aqui tornan a principiar numero, hasta otras cccc. &c. Y afsi desta manera van contando. j. cccc, ij. cccc. iij. cccc. &c. hasta llegar al vltimo numero y principal, que es. maequatze y repeta, que son. viij, mil. El mayor numero que tienen, es este: y de aq̄ tornan de principio hasta llegar otra vez.

«Tambien es de notar, que para contar vno, dos, tres. &c. tienen dos maneras de cōtar, hasta veynte. Primeramēte p̄ cōtar cosas aīadas, cosas q̄ fō menudas: como narājas, legumbres. y cosas femejātes. arboles, ringlones, cuchillos, palos, panes, tortillas, mantas, y cosas femejantes, dizen.

| | |
|---------------------------|---------------|
| Ma. | vno. |
| Tziman. | dos. |
| Tanimu. | tres. |
| Thamu. | quatro. |
| Yumu. | cinco. |
| Cuimu. | seys. |
| Yuntziman. | fiete. |
| Yuntanimu. | ocho. |
| Yunthamu. | nueve. |
| Temben. | diez. |
| Tembe ma. | onze. |
| Temben tziman | doze. |
| Temben tanimu. | treze. |
| Temben thamu. | quatorze. |
| Tembe yumu. | quinze. |
| Temben cuimu. | diez y seys. |
| Tembe yuntziman. | diez y siete. |
| Tembe yuntanimu. | diez y ocho. |
| Tembe yunthamu. | diez y nueve. |
| Maequatze, vel, macatari. | Veynte. |

«Y llegādo al numero de xx. menester es mirar si la cuēta es de cosas añadas, o de mātās, ropa, cargas, çapatos, cacles, cāpos, çauāas; pueblos, fuētes, rios, lagūas, cuentas, o cosas enhiladas para todas estas cosas, el numero de veynte es Macatari: y para lo de mas, dizen. Maeqtze: afsi como de mançanas, piedras, o cosas redondas, palos agujas, tomines, libros, esteras, panes, tortillas, &c. El 2. modo de contar enesta lengua, es para cargas o cosas amon tonadas, çapatos, cacles, fuentes, rios, campos, çauanas, pueblos, palabras, articulos, mandamientos, virtudes. &c. En la dicha cuenta entra, pares, partes, lenguajes, cosas como arboles, &c. y dizen vn par, dos pares. &c. vna parte, dos ptes, vn lenguaje. ij lenguajes. vn genero de arboles. ij. generos. Et fic de alijs.

«Para estas cosas cuentan por el numero menor, desta manera.

| | |
|---------------------|---------------|
| Maro. | Vn, o vna |
| Tzimoro. | dos. |
| Taniporo | tres. |
| Thaporo. | quatro. |
| Yuporo. | cinco. |
| Cuiporo. | seys. |
| Yuntzimoro. | fiete. |
| Yuntaniporo. | ocho. |
| Yunthaporo. | nueue. |
| Temboro. | diez. |
| Temboro maro. | onze. |
| Temboro tzimoro. | doze. |
| Temboro taniporo. | treze. |
| Temboro thaporo. | quatorze. |
| Temboro yuporo. | quinze. |
| Temboro cuiporo. | diez yseys. |
| Tēboro yuntzimoro. | diez yfiete. |
| Tēboro yuntaniporo. | diez y ocho. |
| Tēboro yūthaporo. | diez y nueue. |
| Macatari. | veynte. |

«Y afsi siempre multiplicando por el numero menor, hasta llegar al numero de quatro cientos, que dizen. Mayrepe, o mayrepeta: como ya arriba esta dicho.

«Y si preguntaren por el numero que empieça, ma. tziman. &c, diran. Namupe? y responderan, mahco, vno, o vna, folamēte, Tzimaneti, tanipeti, thapeti, yūpeti, euſ peti, yuntzima neti, yuntanipeti, yunthapeti, tembeneti, maequatzeeti.

«De cosas buias, Namuchex.

«Mahco, vno, o vna solamente. Tzimanetix, vel, tzimanetix. Tanichetix, thachetix yuchetix, cuichetix, yuntzimanetix, yuntaniche-tix, yunthachetix, tembenetix, macatari.

«Namuporo. R. Mároeti, tzmóroeti. thaniporo, thaporoeti, yu-poroeti, cuiporoeti, yuntzimoro, yuntaniporo, yunthaporo, temboro, macatari.

«Y si preguntaren de cosas redondas, dizē.

«Namun yraqua. R. Mayraquahco, tziman yraquahco, tanim yraquahco. &c.

«Y si preguntaren de cosas largas, dicen.

«Namun ycháqua, R. ma ychaquahco. &c.

«Y si preguntaren de cosas anchas, dicen.

«Namun echuqua. R. ma echuquahco. &c.

«Si preguntaren de cosas floxas, como ropa, mantas, cintas, o flores, enhiladas dicen.

«Namun cherequa. R. ma cherequahco. &c.

«Cuenta para dezir lo. 1. lo. 2. &c.

«Y tihqui ma, ytihqitziman, no es menester mas de anteponer al numero del ytiHQi, maro ytiHQ tzimoro, ytiHQ taniporo, ytiHQ thaporo.

«Cuenta para dezir, a cada vno, vno.

Manda mandan. A cada vno vno.

Tzimandan tzimandan. acada vno dos.

Tanichan tanichan. acada vno tres.

Thachan thachan. acada vno quatro.

«Y luego yuchan yuchan. cuichan cuichan. yuntzimandan yun-tzimandan. yuntanichan yuntanichan. yunthachan yunthachan. tem-bechan tembechan mandan. tzimandan. &c.

«Ynfhuahe mandanequatze. acada vno veinte, Tzimandane-quatze &c.

«Cuenta para dezir vna vez dos veces.

«Men, vna vez. Tzimanda. dos veces. Taninda. tres veces. Thā-da. q̄tro veces. yūda Cinco veces yuntaninda, ocho veces: yun-thanda. nueue veces: Tēbenda: diez veces. y afsi profiguiēdo la cuenta de men, tzimanda: taninda: &c. Añadiendo da acadacuēta hasta a veinte veces: maequatzen da camen, catzimanda cata-ninda: &c.

«Cuenta para dezir de dos ē dos, de tres en tres, de quatro en quatro.

«Tzutin tzutinandepahe. vel. tzihmādehchura pahe. yd de dos en dos.

| | |
|-------------------|--------------------------------|
| Tanidehchurapahe. | yd de tres en tres. |
| Thandehchurapahe. | yd de quatro \bar{e} quatro. |
| Yundehchurapahe. | yd de cinco en cinco. |

«Y pafsando este numero dizen.

| | |
|------------------------|-------------------------|
| Nihe yuntzimandan. | yd de fiete en fiete. |
| Nihe yuntanichan. | yd de ocho en ocho. |
| Nihe Yunthachan. | yd de nueue en nueue. |
| Nihe tembechan. | yd de diez en diez. |
| Nihe mandan catari. | yd de veinte en veinte. |
| Nihe tzimandan catari. | &c. |

«Cuenta para dezir poneldos de dos en dos, de tres en tres, de quatro en quatro.

«Tzutin tzutinantzihuaha. poneldos de dos en dos.

«Tzutintzutinantzihuapahe. yldos ponēdo de dos \bar{e} dos. Vmban vmbanantzihuapahe, tanichan tanichan. Yldos poniendo de tres \bar{e} tres.

«Vmban vmbanantzihuapahe. thachan thachan. Yldos poniendo de quatro en quatro.

«Vmban vmbanantzihuapahe. Yuchan yuchan. Yldos poniendo de cinco en cinco. &c.

«Cuenta para poner algunas cofas menudas de dos \bar{e} dos mōtones: de tres \bar{e} tres mōtones. &c.

«Vmban vmbanātzihuapahe. tzimorochan.

«Vmban vmbanantzihuapahe taniporochan. yuporochan, cui-porochan. Siempre reiterando. vmban vmbanan. &c.

«Para dezir vna palabra. 2. 3. 4. 5. &c.

«Ma. cutumuqua. Tziman Tanin. Than, yuncutumuqua. &c.

«Para dezir la primera palabra. 2. 3. 4. 5. &c. Ytihquima. ytihqui tziman. tanin. than. yun. cutumuqua. &c.

«Para dezir es el primero. 2. 3. 4. 5. &c. en orden.

«Tarucuti. 1. Tamucuti. 1. Pimucuti. el primero.

«Tzimanetā hati. tanipetan hati. thapetan hati. yupentan hati. cuipetan hati. yuntzimapetan. yuntanipetan. yunthapetan. Tembetan tēbetanma hati: y afsi de lo de mas para quales quieras cofas.

«Para dezir es el primero por de cofas viuas.

«Hihchaquix tarucuca. vel. tamucun tzutimucuca. &c. vt. supra.

«Hihchqaxtzimādarequa haca tzutixurin.

«Hihchaquixtanindarequa, thandarequa, yūdarequa. &c. Mas para dezir que aquellos pares de cofas biuas estan en renglera de dos, como fuelen poner a los caados que se quieren tomar las ma-

nos dizen, tzutintzutinandetix. Y si no es mas de vn par, dizen tzu-tixuritix.

«Para dezir lo mesmo de cosas inanimadas largas.

«Maro hindequi tamucuca, tarucuca, pimucuca, eq̄mucuca, tamucuni.

«Maro hindequi, tzimandarequa, equapeca: y asfi.

«Maro hindequi tanindarequa, thandarequa yundarequa. &c.

«Para mantas cogidas o dobladas.

«Maro h̄ideq̄. tarucuca, tacumucuca, tamucu.

«Maro h̄idenitzimandarqua, tacuxurica (ni. y affi. &c.

«Para cosas anchas.

«Maro hindequi tamucuni, echumuca. &c.

«Para cosas redōdas como xicaras, o escudillas.

«Maro hindequi tamucun, paramucuca.

«Maro hindequi. tzimādereq̄ parapeca &c.

«Para dezir vno de los dos 3. 4. 5. 6. que ayer vinieron.

«Thfimingates. vel. th̄fimis vitzindequa. &c.

«Aunque no se ve mas de vno: como si vno preguntasse a otro, quien es aquel: y le respondiessse th̄fimis vitzindequa huti: vno de aquellos que vinieron. &c.

«Para dezir que vino vno de los cantores sacristanes. &c.

«Pirecha ma huti. vel. vuacha ma huti varucha mahuti.

«Para dezir que vinieron dos de los señores.

«Achaechax maro huti. &c.

«Para dezir en el primer. 2. 3. fue lo o sobrado.

«Ma. vel. men ch̄uicuriquaro hati. tzimandarequa, tanindarequa, chuncuicuriquaro.

«Cuenta para dezir de dos ē dos dias, de tres en tres dias. &c.

«Tzimandan huriatequa. de dos en dos dias. .

«Tanichan huriatequa. de tres en tres dias.

«Thachan huriatequa. de quatro en quatro dias.

«Y affi. yuchan. cuichan. yuntzimandan. yuntanichan. yunthachan Tembechan. mandanequatze. vel. mandan tacacurin.

«Cada veinte dias. o de veinte en veinte dias.

«Manda vexurini. cada año. Tzimandan vexurini. lo mesmo como de mandā. Tzimandan Tanichan huriatequa.

«Cuēta para dezir otros dos: otros tres, otros quatro. &c. dizen en la manera siguiente.

Matero. otro o otra.

Tzimandero. otros dos.

Tanindero. otros tres.

Thandero. otros quatro.

| | |
|----------------|-----------------|
| Yundero. | otros cinco. |
| Cuindero. | otros seis. |
| Yuntzimandero. | otros siete. |
| Yuntanindero. | otros ocho. |
| Yunthandero. | otros nueve. |
| Tembendero. | otros diez. &c. |

«Y esto se dice de cosas inanimadas, la primera cuenta dicen ma, tzimantanimu: thamu. &c.

«La misma cuenta para cosas vivas.

| | |
|-----------------|---------------|
| Matero. | otro o otra. |
| Tzimantero. | otros dos. |
| Taninxtero. | otros tres. |
| Thanxtero. | otros cuatro. |
| Yunxtero. | otros cinco. |
| Cuinxtero. | otros seis. |
| Yuntzimanxtero. | otros siete. |
| Yuntaninxtero. | otros ocho. |
| Yunthanxtero. | otros nueve. |
| Tembenxtero. | otros diez. |

«Y después haber que a esta cuenta de cosas animadas o inanimadas siempre se le ante o pospone algún verbo, como diciendo. Huatero ma, trae otro o otra. Ninxtero tziman. vel. Tzimanxtero niue. vayā otros o otras dos. &c.

«Para decirlo que nosotros decimos: cada uno fendas, cada uno dos: cada uno tres. &c.

«De cosas redondas.

«Mandan yraqua. Tanichan yraqua, thachan yraqua, yuchan, cuichan, yuntzimandā yuntanichan, yunthachan yraqua.

«La misma cuenta sirve para cualquier cosa añadiendo ychaqua, para cosas largas, Y echuqua para cosas anchas: ycherequa, para cosas flojas. como manta. &c.

«Para decir, cada fendas veces, cada dos veces, cada tres veces, dicen desta manera.

| | |
|---------------|--------------------|
| Mendechan. | Cada fendas veces. |
| Tzimandechan. | cada dos veces. |
| Tanindechan. | cada tres veces. |
| Thandechan. | cada cuatro veces. |
| Yundechan. | cada cinco veces. |
| Cuindechan. | cada seis veces. |

| | |
|-------------------|--------------------|
| Yuntzimandechan. | cada siete vezes. |
| Yūtanindechan. | cada ocho vezes. |
| Yunthandechan. | cada nueue vezes. |
| Tembendachan. | cada diez vezes. |
| Maequatzendachan. | cada veynte vezes. |

«Para dezir otra vez, otras dos vezes. &c.

| | |
|------------------|--------------------------|
| Mendero, | otras cada fendas vezes. |
| Tzimandatero, | otras cada dos vezes. |
| Tanindatero, | otras cada tres vezes. |
| Thandatero, | otras cada quatro vezes. |
| Yundatero, | otras cada cinco vezes. |
| Cuindatero, | otras cada feys vezes. |
| Yuntzimandatero, | otras cada siete vezes. |
| Yuntanindatero, | otras cada ocho vezes. |
| Yunthandatero, | otras cada nueue vezes. |
| Tēbendatero, | otras cada diez vezes. |

«Para dezir lo que nosotros dezimos en vna parte, en dos partes, en tres partes. &c. dicen affi.

| | |
|-----------|-------------------|
| Maro. | En vna parte. |
| Tzimoro. | En dos partes. |
| Taniporo. | En tres partes. |
| Thaporo. | En quatro partes. |
| Yuporo. | En cinco partes. |

«Para dezir en otras partes ē otras dos partes, en otras tres partes. &c. dicen affi.

| | |
|------------------|-------------------------|
| Marotero, | en otra parte. |
| Tzimirotero, | en otras dos partes. |
| Taniporotero, | en otras tres partes. |
| Thaporotero, | en otras quatro partes. |
| Yuporotero, | en otras cinco partes. |
| Cuiporotero, | en otras seis partes. |
| Yuntzimirotero, | en otras siete partes. |
| Yuntaniporotero, | en otras ocho partes. |
| Yunthaporotero, | en otras nueue partes. |
| Temborotero, | en otras diez partes. |

«Para dezir lo que en castellano dezimos en cada vna parte: en cada dos partes. &c: dicen affi.

| | |
|------------------|------------------------|
| Marochan, | en cada vna parte. |
| Tzimorochan, | en cada dos partes. |
| Taniporochan, | en cada tres partes. |
| Thaporochan, | en cada quatro partes. |
| Yuporochan, | en cada cinco partes. |
| Cuiporochan, | en cada feis partes. |
| Yuntzimorochan, | en cada siete partes. |
| Yuntaniporochan, | en cada ocho partes. |
| Yunthaporochan, | en cada nueue partes. |
| Temborochan, | en cada diez partes. |

«Para dezir lo que en castellano dezimos, otro tanto, dos tantos, tres tantos. &c. dizē affi.

| | |
|-------------------|----------------|
| Xandero, | otro tanto. |
| Tzimanda xani, | dos tantos. |
| Taninda xani, | tres tantos. |
| Thanda xani, | quatro tantos. |
| Yunda xani, | cinco tantos. |
| Cuinda xani, | feis tantos. |
| Yuntzimanda xani, | fiete tantos. |
| Yuntaninda xani, | ocho tantos. |
| Yunthanda xani, | nueue tantos. |
| Tembenda xani, | diez tantos. |

«Para dezir lo que en castellano dezimos. ambos a dos: todos tres, todos quatro. &c. dizen affi.

| | |
|------------------|---------------|
| Tzimarán, | ambos ados. |
| Taniperaran, | todos tres. |
| Thaperaran, | todos quatro. |
| Yuperaran, | todos cinco. |
| Cuiperaran, | todos feis. |
| Yuntzimaperaran, | todos fiete. |
| Yuntaniperaran, | todos ocho. |
| Yunthaperaran, | todos nueue. |

«Haſta aqui ſolamente, y lo de mas es xaperaran.»

En la primera ſerie, ó ſea de 1 á 10, hay una radical, *ma* ó *man*, cuya ſignificación equivale á *entero*: es una palabra ſimple. *Tzi-man* eſtá compueſta de *tzi*, palabra que ſignifica, unida á cualesquiera otra, *resolver* ó *mezclar*.

Tzi+man, es, pues, mezcla ó unión de uno con otro, es decir, 2.

Tanimu (3) compuesto de *ma* ó *mu* y *tani*; *Thamu* (4) contiene *ma* ó *mu* y *tha*; *Yumu* (5) formado por *ma* ó *mu* y *yu*; *Cuimu* (6) le forman *ma* ó *man* (uno) y *cu*, partícula que unida á otras indica *mano*. Así es, que la idea es significar *una mano*.

Este dato nos autorizaría á suponer que el origen de la numeración tarasca es digital, por más que los otros nombres no den el de cada uno de los dedos. Tocante á esto encuentro en el *Vocabulario tarasco* de *Gilberti* estas noticias: «dedo de la mano, *munchuhcuraqua*; dedo pulgar, *hahqui cahequa*; dedo índice, *huntzicutaquahahqui*; dedo de enmedio, *munchuhcuraqua teruhcani*; dedo meñique, *handi tendicuqua*. Ninguno de estos nombres contiene las raíces de los de los cinco primeros numerales, salvo la partícula *cu*.

Yuntziman (7) se compone de *yumu* (5) y *tsiman* (2)=7.

Yuntanimu (8) contiene: *yumu* (5) y *tanimu* (3)=8.

Yunthamu (9) lo componen: *yumu* (5) y *thamu* (4)=9.

Temben (10) es primitiva y puede significar mujer (*temba*) casada, ó guedeja de pelo.

Temben, según *Lagunas*, es «menor número, ó sea un radical, con auxilio del cual se continúa contando en la forma dicha, dándonos las cifras $10+1=11$. $10+2=12$. $10+3=13$. $10+4=14$. $10+5=15$. $10+6=16$. $10+5+2=17$. $10+5+3=18$. $10+5+4=19$.

Maequatze ó *Macatari*=20 son palabras compuestas: la primera de *ma*=1 y *equatze*, que significa poner cosas de dos en dos en adelante, razón por la cual en lo sucesivo se cuenta por veintenas; la segunda está compuesta de *ma*=1 y *catari*, que expresa un atado de dos dieces ó dos dieces una vez, esto es 20. *Lagunas* dice que es término ó número mediano, y es la verdad, puesto que viene á ser el principal de la serie y la base de los sucesivos.

$20+1=21$, $20+2=22$, etc. etc.

De 40 en adelante se cambia el orden de los numerales simples ó primitivos, y así tenemos: *Tziman equatze*=2 veces $20=40$.

Tembenenequatze ca Yumequatze, 10 veces 2 y 5 veces 20=300.

Mayrêpeta ó 400 es otro de los números principales ó radicales de la subsecuente serie, y es palabra compuesta de *ma* ó *man* 1, é *yrêpeta*, de *Iveri*, señor, dueño; es decir, el número mayor ó superior á todos los otros.

Á este propósito dice *Lagunas*: «I de aquí tornan á principiar número hasta otras *ccc* &c. Yassi desta manera van contando *j.cccc*; *jj.cccc*; *jjj.cccc*. &c. hasta llegar al último número y principal, que es *Maequatze yrêpeta* que son *viiij Mil*, el mayor número

que tienen en éste. Y de aquí tornan de principio hasta llegar otra vez.»

La formación de los números intermedios entre cada decena, se practica adicionando á la cifra radical los números fundamentales, y agregando al producto los números complementarios que se le unen por medio de la conjunción *ca* (y): v. g. 38 se dirá, *Maequatze temben ca Yunthanimu*.

Multiplicando la radical *Mayrépeta* (400) por los términos de la serie fundamental, resultan veinte compuestos, múltiplos de la radical hasta el último $20 \times 400 = 8,000$ que da «el último número y principal,» *Maequatze yrépeta*.

Á este número 8,000, el Obispo *Moxo* le asigna otro nombre, y es, *zutupu* (bolsa): yo nunca he oído á los indios esta acepción ni la encuentro confirmada en antiguos escritores; he llegado á creer que él la inventó, inspirándose en el *xiquipilli nahua* que significa y representa lo mismo.

El desarrollo continúa con este nuevo elemento, multiplicándolo por los términos de la serie primera, «y como este mismo método se puede seguir hasta donde se quiera, resulta que la numeración es indefinida, pudiendo expresarse con ella las cantidades que se pretendan.» (*Orozco y Berra*.)

Por lo expuesto se ve que la base de numeración es la *veintena*, formándola *ma* (1), *ma equatze* ó *macatari* (20), *mayrépeta* (400) y *maequatze yrépeta* (8,000). Forman, pues, esta progresión por cociente: $\div 1: 20: 400: 8,000$; ó las diversas potencias de veinte de cero á la tercera, así: $:: (20)^0: (20): (20)^2: (20)$.

En vano he investigado, buscando la manera cómo hallar expresados los números quebrados; exceptuando la palabra *terúcan*, que significa mitad, del verbo *terúcani*, partir ó fraccionar, no hay otro modo de indicar fracciones.

Dicen los actuales tarascos: *materúcan*, una mitad; *tzimate-rúcan*, dos mitades, etc. etc.

Vemos, en último resultado, que los tarascos no conocían ni practicaban sino la suma y la multiplicación.

Como hayan expresado las cifras numéricas en sus pinturas jeroglíficas, no me ha sido dado saberlo.

El Calendario de la genealogía de los caciques *Cuara Irecha*, de Pátzcuaro, señala los días por medio de puntos: quizá éste sería el método.

En la 3.^a Parte de este estudio diré cómo lo practican hoy.

* * *

La «Relación» consigna lo que los tarascos juzgaban y creían de los españoles, en los primeros tiempos de la conquista, de este modo:

«De lo que decían los yndios luego que vinieron españoles y religiosos y de lo que trataban entre sí.

«Luego como vieron los indios los españoles, de ver gente tan estraña y ver que no comían sus comidas de ellos, y que no se emborrachaban como ellos, llamábanlos *Tucúpacha* que son Dioses y *Tepárracho* que son grandes hombres (de *Tepari*, grande y *Achá*, señor) y también toman este vocablo por Dioses y *acacecha* que es gente que trahe gorras y sombreros, y despues andando el tiempo los llamaron *crístianos*, decían que habían venido del cielo; los vestidos que trahían decían que eran pellejos de hombres como los que ellos se vestían en sus fiestas: (es de notarse aquí la semejanza de la fiesta *Sicuúndiro* con la mexicana *Tlacaxipehuallistli*); á los caballos llamaban venados y otros *tuycen* que eran unos como caballos que ellos hacían en su fiesta de *Cuúndo*, de pan de bledos, y que las crines que eran cabellos postizos que les ponían á los caballos.

«Decían al *Cazonci* los indios, que primero los vieron que hablaban los caballos, que cuando estaban á caballo los Españoles que les decían los caballos, por tal parte habemos de ir, cuando los españoles tiraban de la rienda; decían que el trigo y semillas y vino le habían trahido (porque) la madre *Cuerahudperi* se lo había dado cuando vinieron á la tierra; cuando vinieron los españoles y cuando vieron á los Religiosos con sus coronas y así pobremente vestidos y que no querían oro ni plata, espantábanse y como no tenían mugeres decían que eran sacerdotes del Dios que había venido á la tierra y llamábanlos *curítiecha*, que eran sus sacerdotes que trahían unas guirnaldas de hilo en las cabezas y unas entradas hechas; espantábanse como no se vestían como los otros Españoles y decían o dichosos éstos que no quieren nada; despues unos sacerdotes y hechiceros suyos hicieronles creer á la gente que los Religiosos eran muertos y que eran mortajas los hábitos que trahían y que de noche dentro de sus casas se deshacían todos y se quedaban hechos huesos y dejaban allí los hábitos y que iban allá al

Infierno, donde tenian sus mugeres, y que venian á la mañana: y esta ironía duroles mucho hasta que fueron más entendidos; decian que no morian los Españoles, que eran inmortales; tambien aquellos hechiceros hicieronles en creyentes que el agua con que se bautizaban y que les echaban encima las cabezas, que era sangre y que les endian las cabezas á sus hijos, y por eso no los osaban bautizar, que decian que se les habian de morir; llamaban á las cruces Santa Maria, porque no habian oido la doctrina, y tenian las cruces por Dios como los que ellos tenian; cuando les decian que habian de ir al cielo no lo crehian y decian: nunca vemos ir ninguno; no crehian nada de lo que les decian los Religiosos, ni se osaban confiar de ellos; decian que todos eran unos, los Españoles y ellos; y ellos pensaban que ellos habian nacido asi los Frailes, con los hábitos, que no habian sido niños: y duroles mucho esto y *aun ahora aun* no se lo acaban de creer, que (no) tubieron madres.

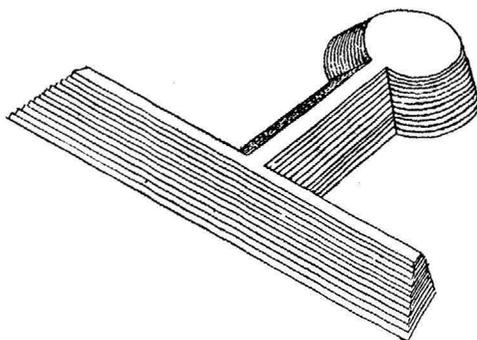
«Cuando decian Misa decian que miraban en el agua, que eran hechiceros; no se osaban confiar ni decir verdad en las confesiones, pensando que los habian de matar, y si se confesaba alguno, estaban todos asechando como se confesaba y mas si era muger; preguntábanles despues que les habia dicho ó preguntado aquel Padre y ellos decíanlo todo.

«A las mugeres de Castilla llamaban *Cuchaecha*, que son Señoras y Diosas; decian que hablaban las cartas que les daban para llevar á alguna parte, y por esto no osaban mentir alguna vez; maravillábanse de cada cosa que vehian, como que son amigos de novedades; las herraduras de los caballos decian que eran cotaras y zapatos de hierro, de los caballos. Lo que les predicaban los Religiosos, espantábanse de oirlo y decian que eran hechiceros que les decian lo que ellos hacian en sus casas ó que alguno se lo venia á decir, ó que era lo que ellos les habian confesado.»

A



B





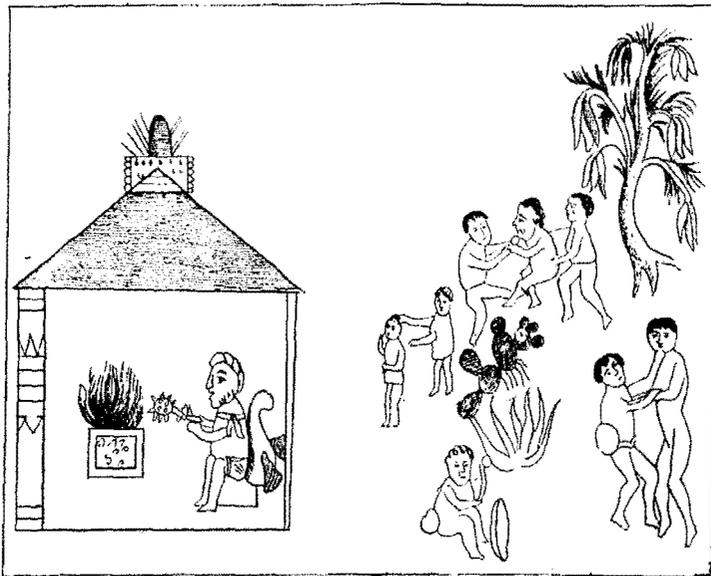
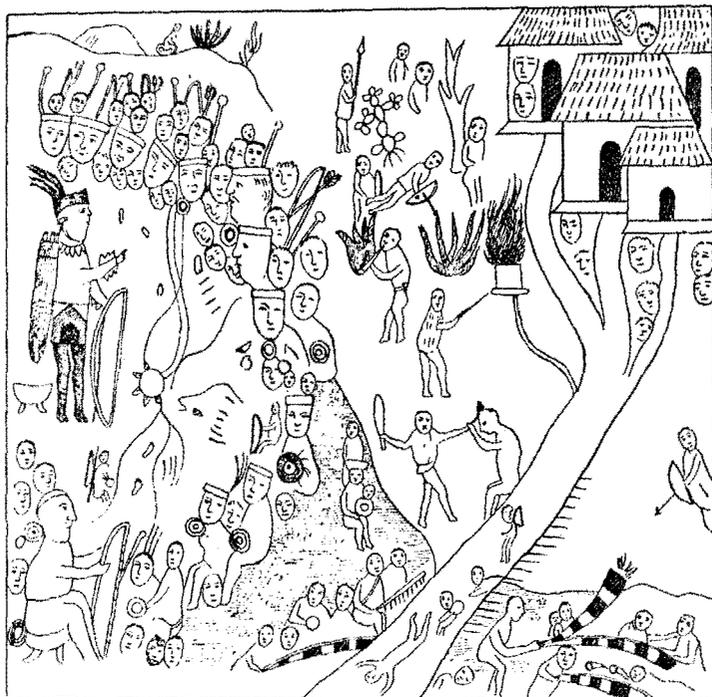
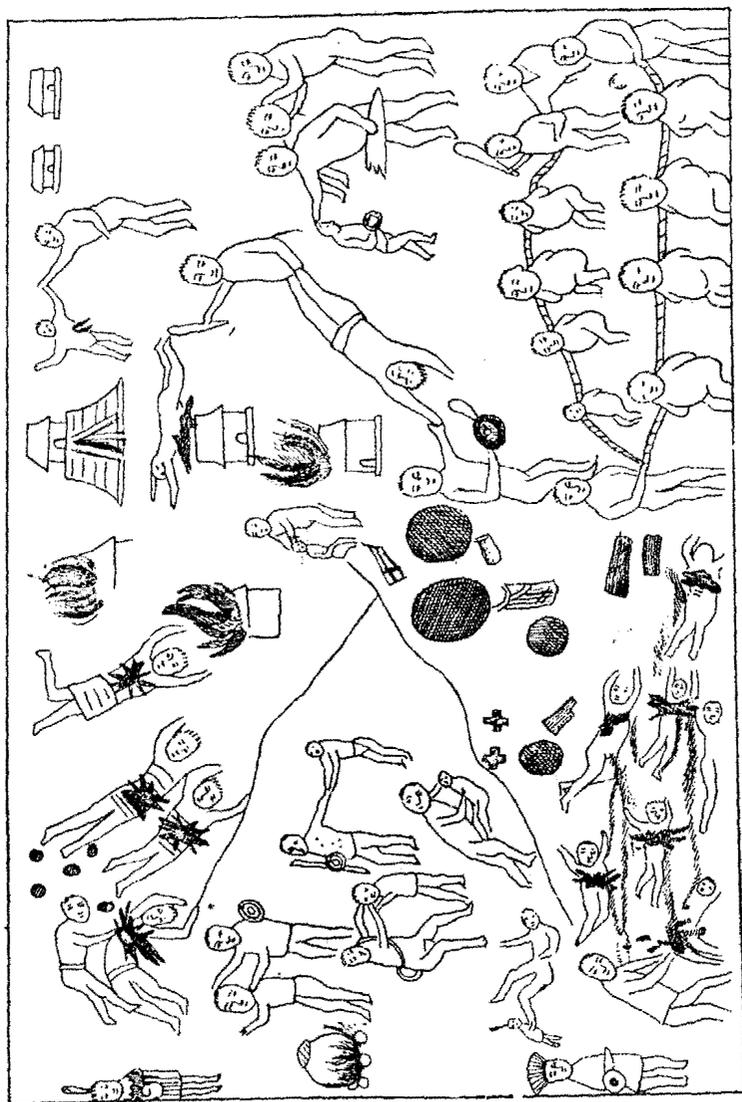
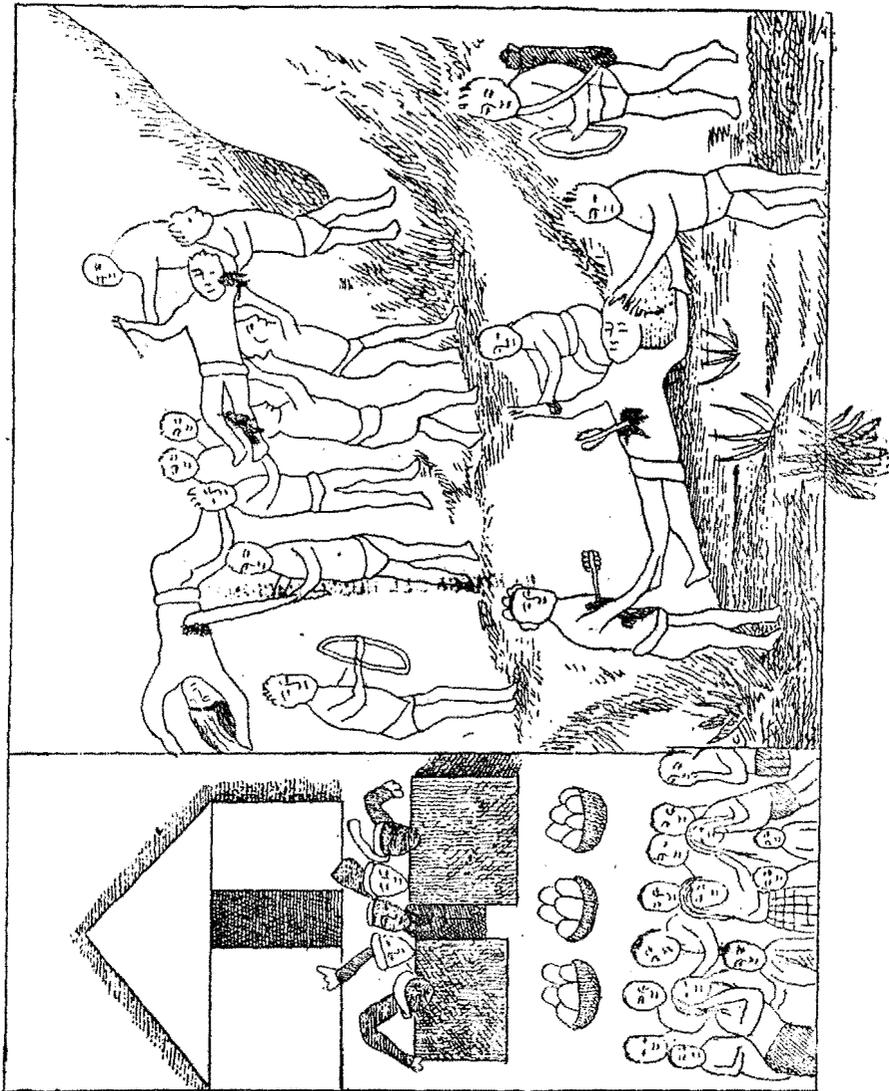


LÁMINA 14.^a

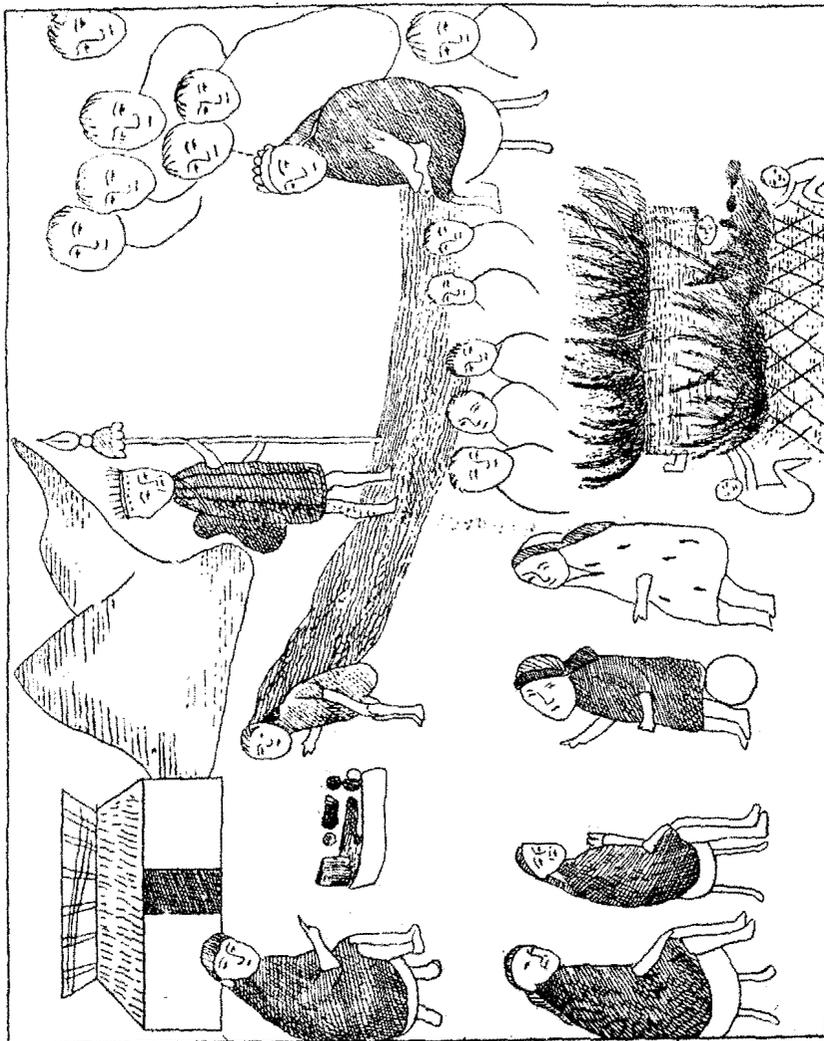




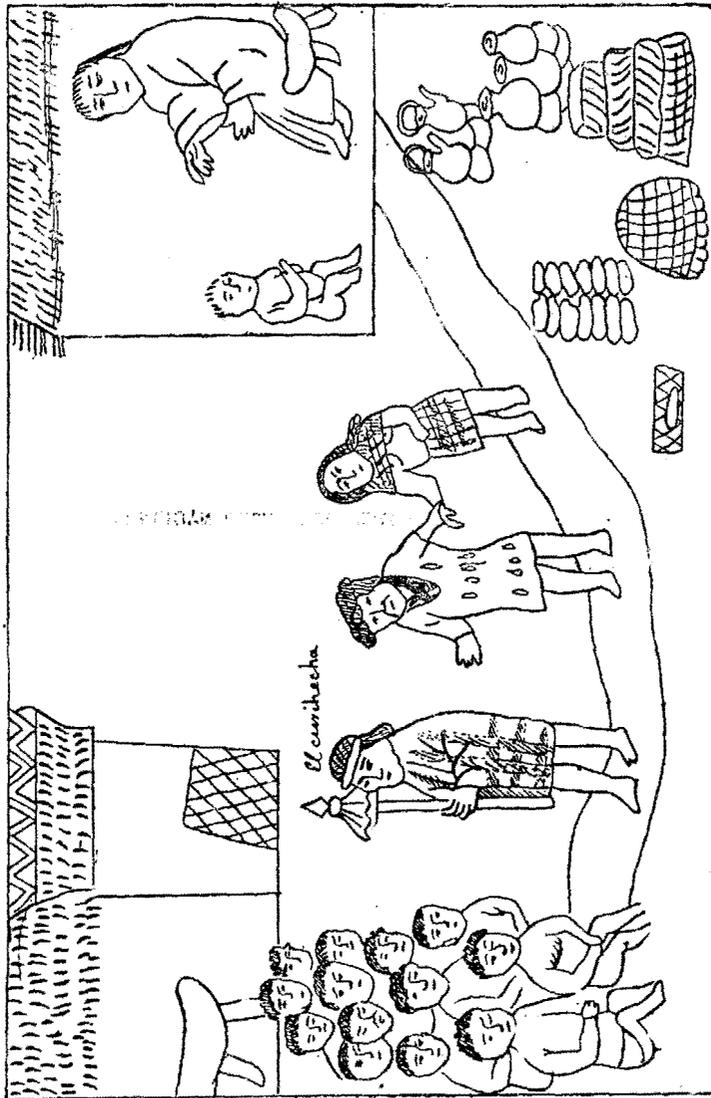
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



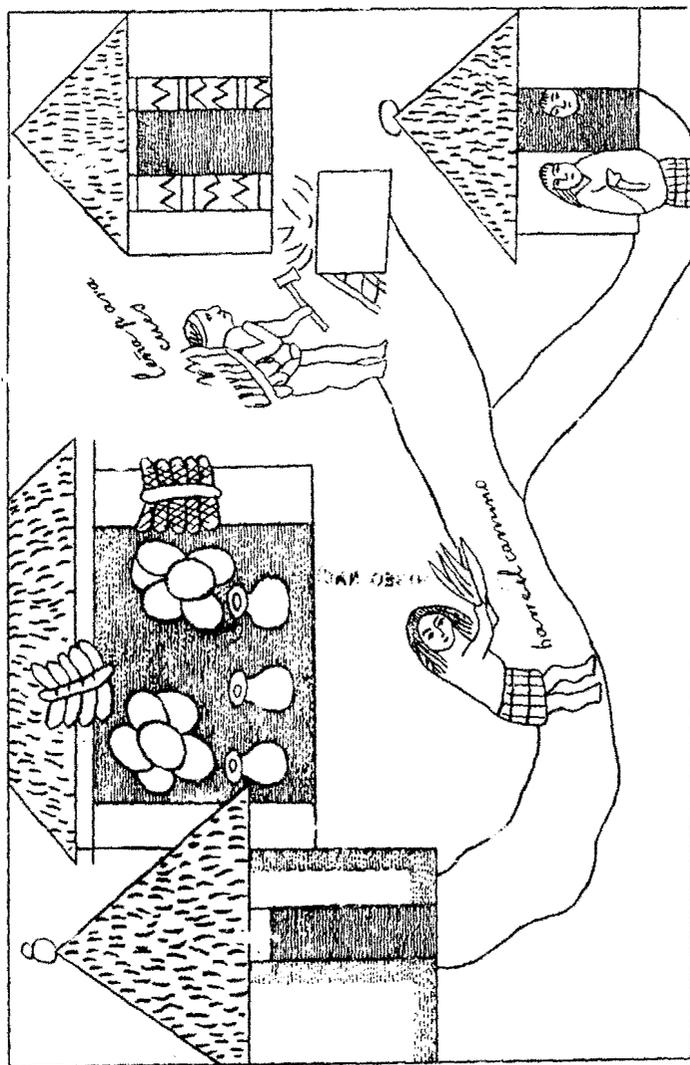
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



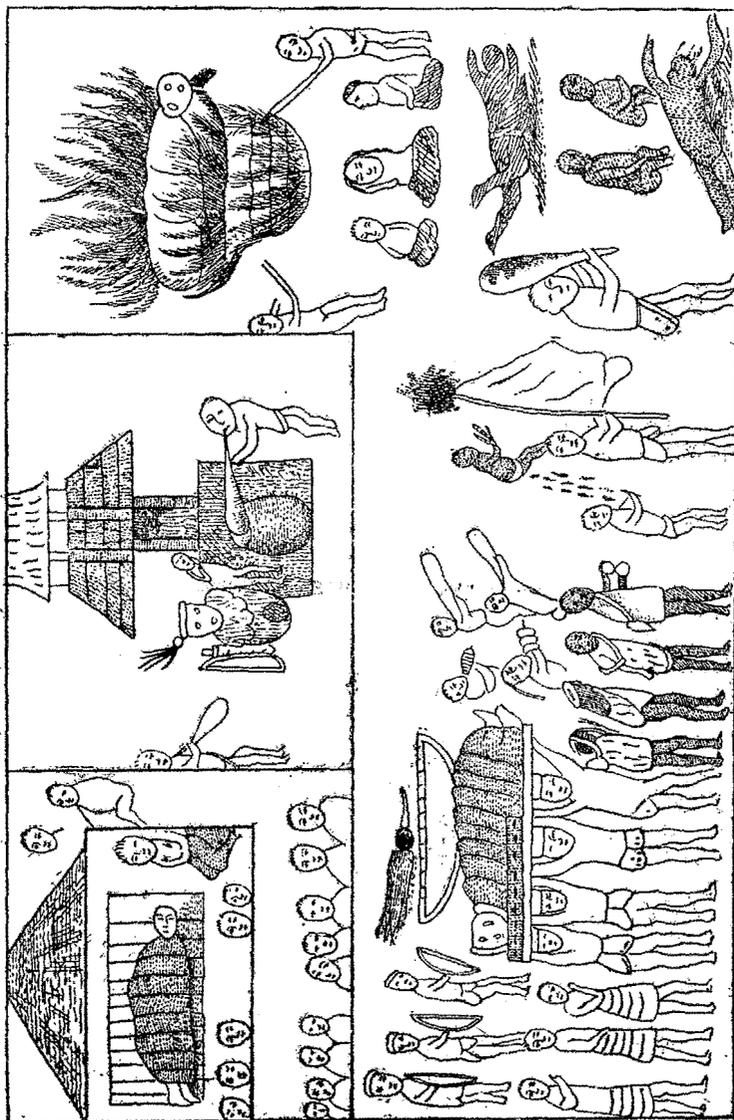
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



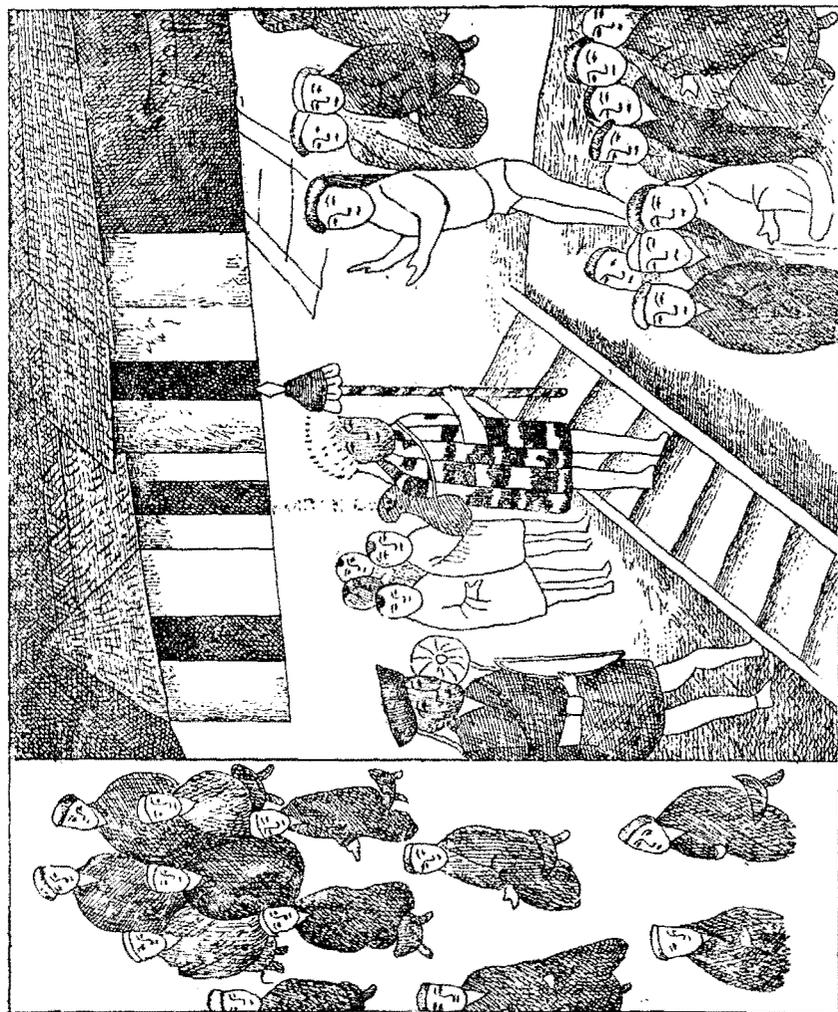
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL

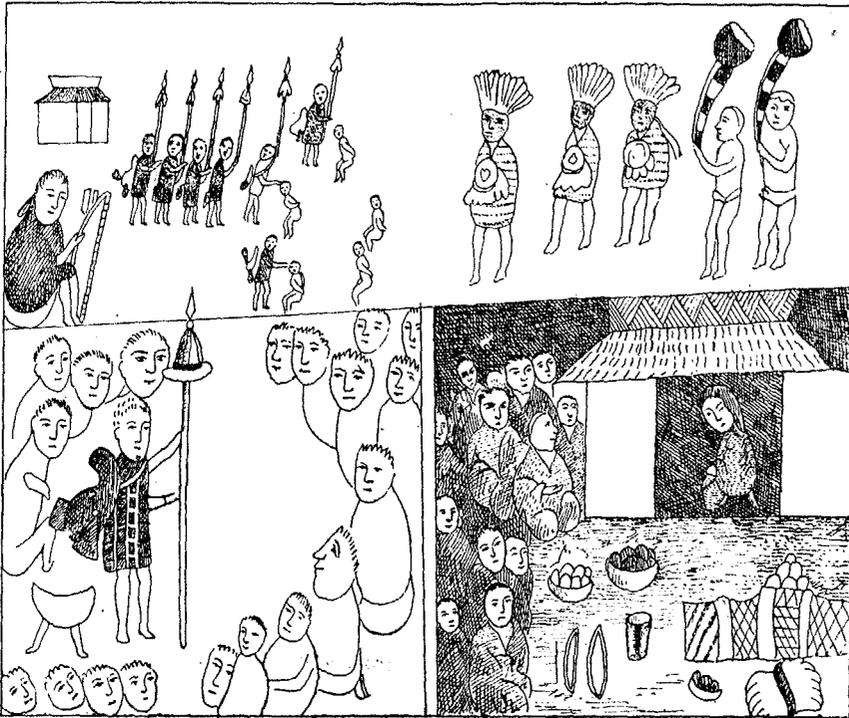
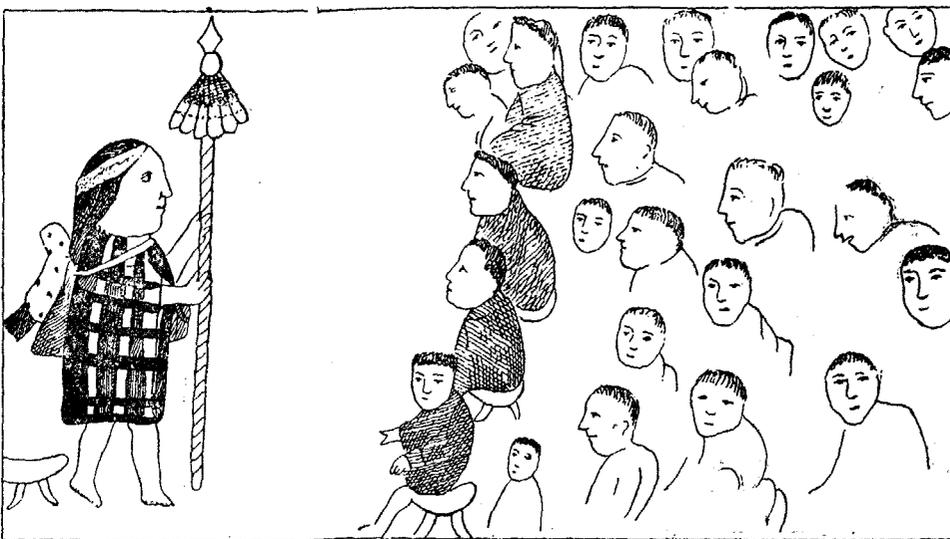
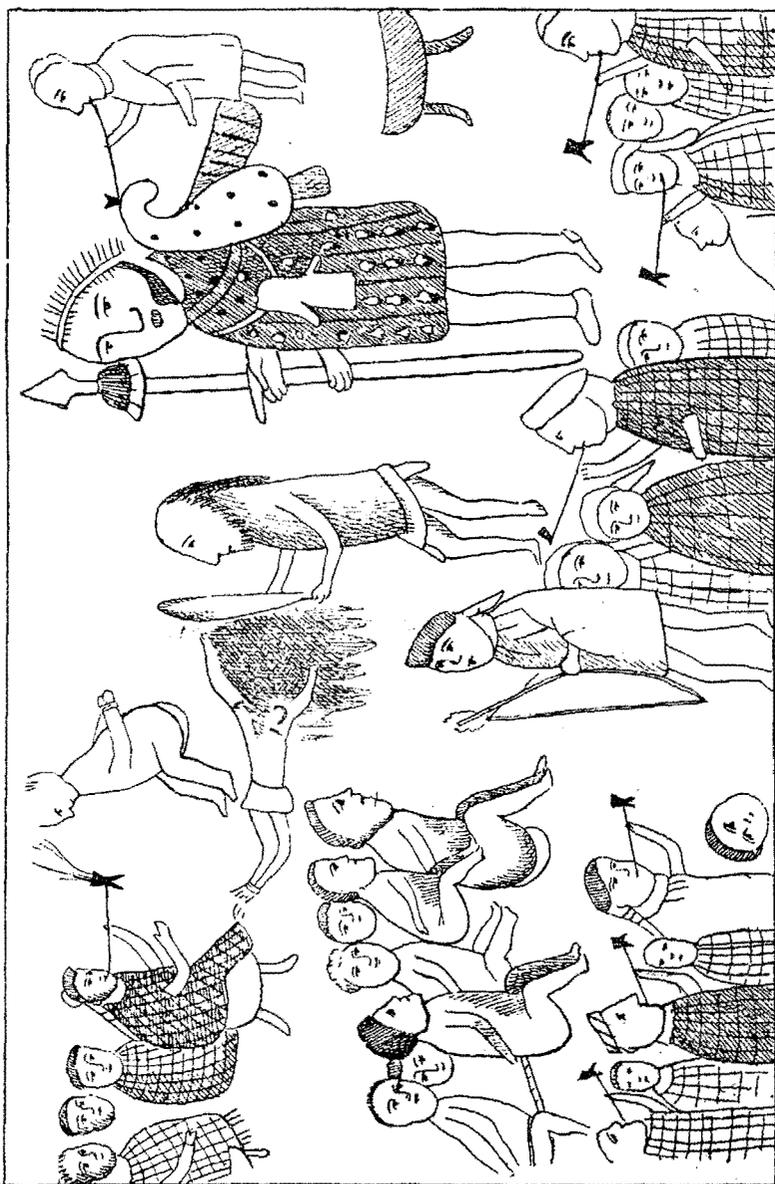


LÁMINA 23.^a



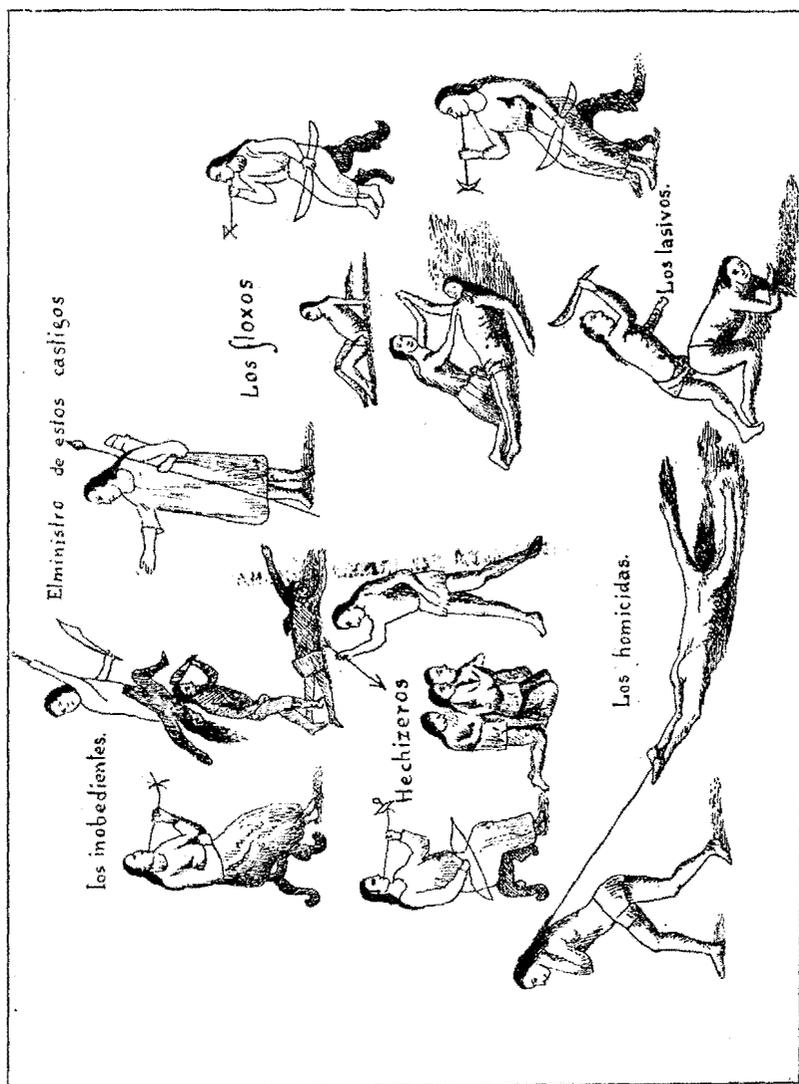
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



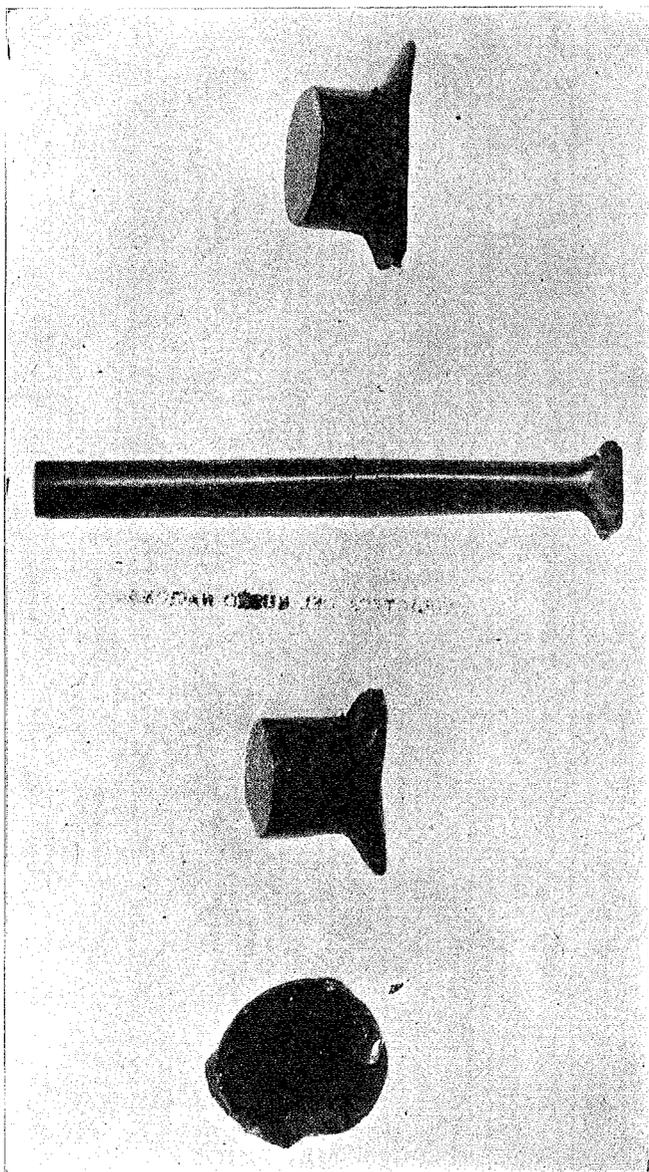
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



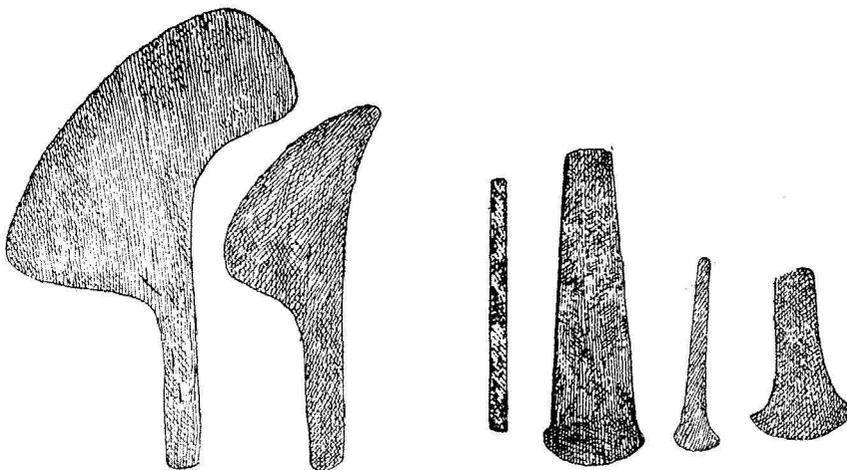
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



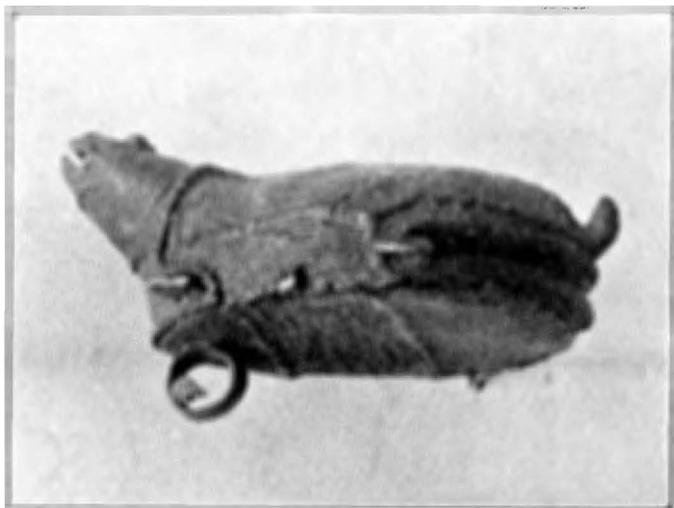


ALFONSO GARCÍA Y RIVERA

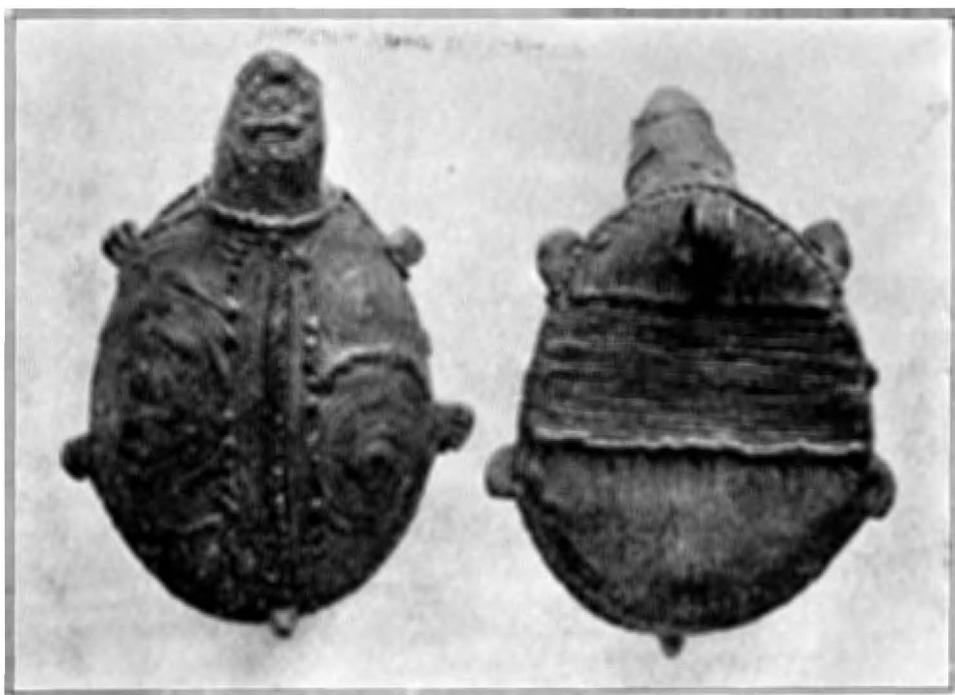
LÁMINA 28.^a



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



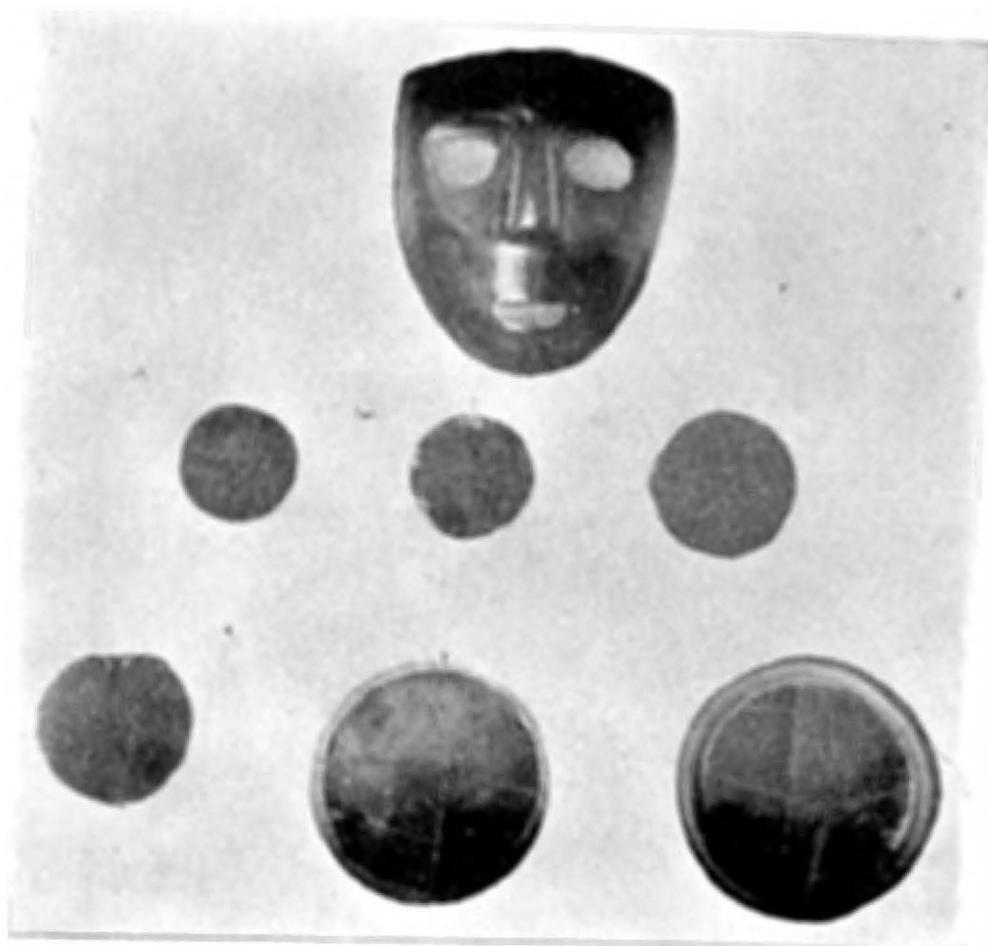
De lado.



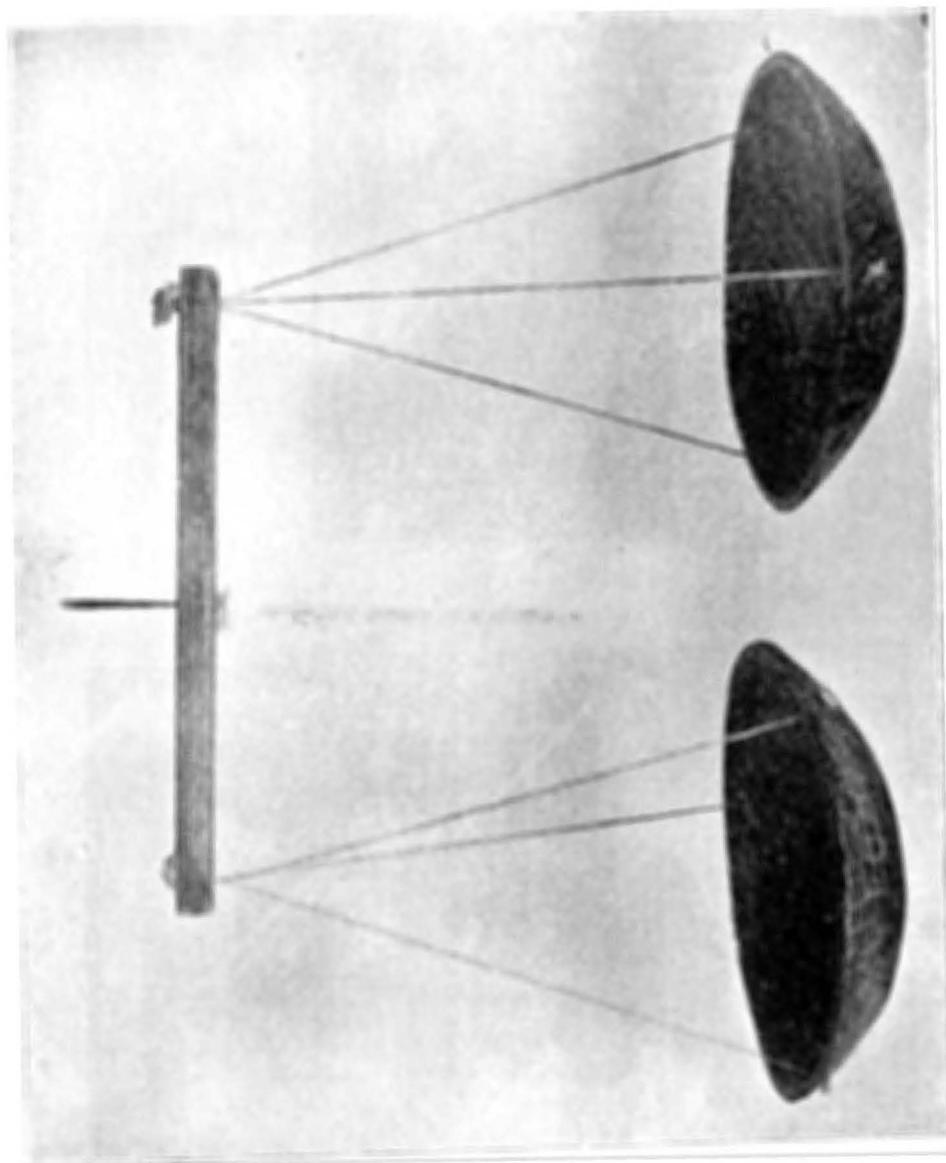
Por arriba.

Por abajo.

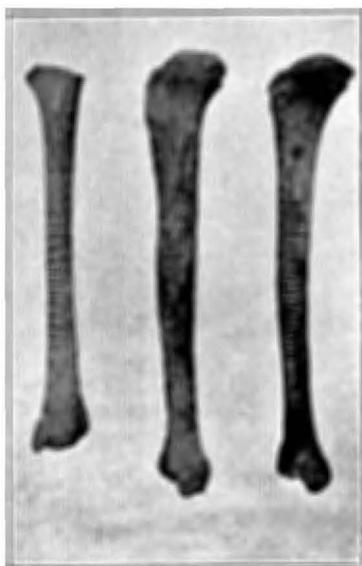
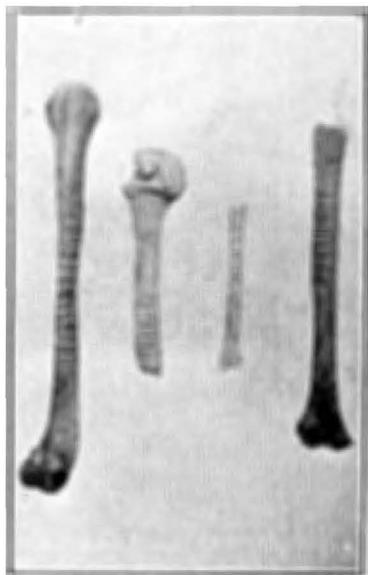
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



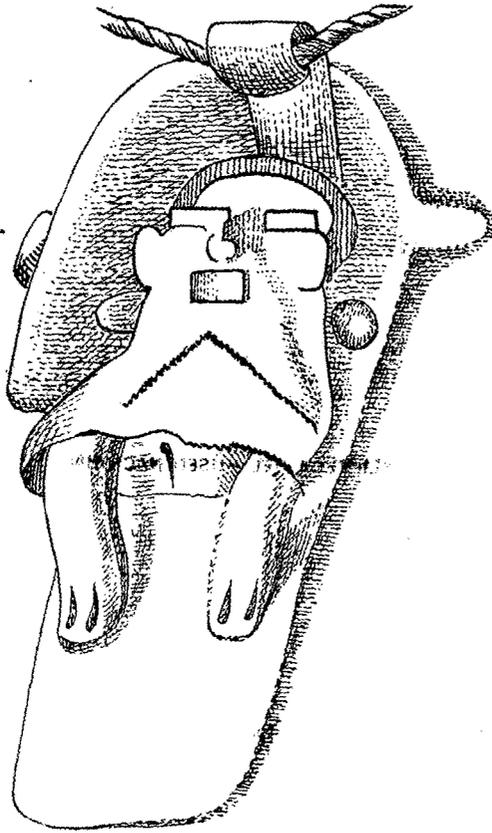
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



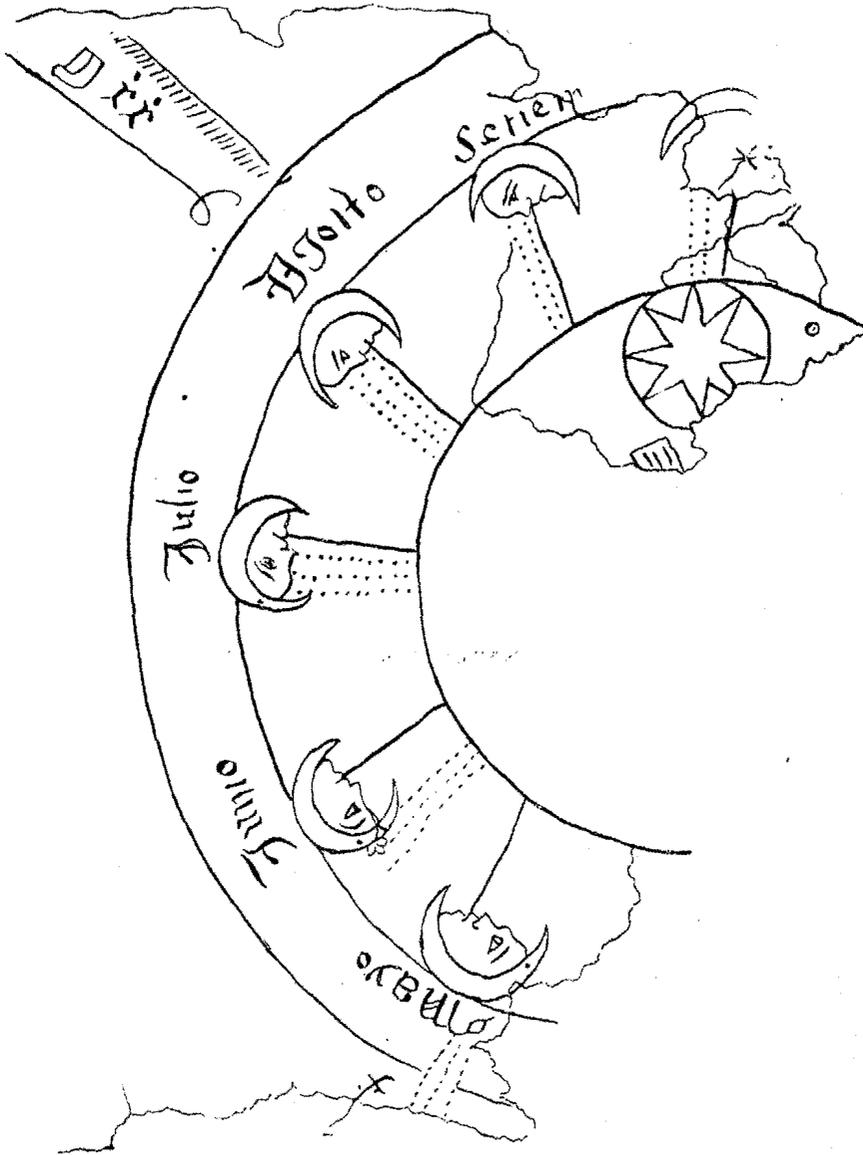
BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL



BIBLIOTECA DEL MUSEO NACIONAL